

Al doctor Gabriel Arango
afectuoso recuerdo de

Fernando Ortiz Crespo

Quito,
Julio 30. 1942.

Entonces fué el Ecuador

G. Cevallos G.

Entonces fue
el
Ecuador

1942

986.6
C434

**Impreso en los Talleres de la
EDITORIAL AUSTRAL**

A342

Libertad, Igualdad, Alternabilidad.
La buena nueva de la Revolución ha fracasado y vive en virtud de inercia.

Es un inmenso cadáver que no cupo en la fosa abierta en 1914.
¿Habrá en la fosa que viene abriéndose desde septiembre de 1939?

"Las democracias" no salvas por el sortilegio de una pluralización pueril, pueden triunfar en la actual contienda. Pero no serán vida ni siquiera movimiento.

El mundo exige otros horizontes. La vulgaridad es un tóxico que ya no está de moda. La nivelación igualitaria de los hombres por el plano más bajo, la nivelación que se hizo demostrando la equivalencia política del hombre-élite, con el hombre-masa, gracias a Dios toca a su fin.

Puede prolongarse la agonía por años y décadas. Pero los muertos acabarán por enterrar a sus muertos.

Horizontes de limpieza pide el mundo. Horizontes de selección y, por qué no decirlo, de aristocracia.

Libertad, Igualdad, Alternabilidad, exigen un fin de farsa, un dramático fin de farsa.

E. E. E.

Capítulo Primero

Contra erranza, violencia

LO QUE ahora se llama Ecuador, antaño fué residencia social y política de una Real Audiencia, al modo colonial de España.

Siglos atrás, fracción de Imperio, del Tahuantinsuyo fabuloso, denominado luego Perú, por Pizarro y compañía, anónima hasta entonces.

Y antes, más atrás todavía, nuestra región sirvió de regazo a muchas tribus, muchos cacicazgos, régulos y principados, esparcidos en distintas etapas de evolución social y económica. Pues mientras algunos apenas llegaban a la edad de la piedra pulimentada, minúsculos reinados hubo donde las artes dieron fruto de avanzada sa-

zón. Como se sabe, desde entonces, aparece típica la variedad y la disimilitud de los grupos humanos que, andando el tiempo vendrían a integrar el Ecuador, sometido, hasta hoy, al caso molesto y retardatorio de la ausencia de homogeneidad.

El Hijo del Sol, subyugó estas tierras, antes como ahora, objeto de la voracidad imperialista. Túpac-Yupangui se aventuró a dar el primer paso, y todavía los ecuatorianos no sabemos quién dará el último. Porque si hemos de creer en el valor del pretérito, es en esta forma como se siente su repercusión en el presente: la codicia expansiva hacia el Norte, no la pierden los imperialistas de ahora, porque las tradiciones de poderío o de grandeza, aunque sean tradiciones de grandeza y poderío puramente materiales, son atractivos impercederos en la conciencia secular de las muchedumbres.

Victimada por la codicia peruana, quedó la tierra adjunta a la heredad del Hijo del Sol. Y junto con la tierra los habitantes también sucumbieron, esclavos de un sistema político y administrativo que constituye la curiosidad más digna de notarse entre todas las instituciones de la América Precolombina. Obligados los hombres al éxodo y a la cautividad, perfectamente orientales por sus métodos, tribus

y pueblos enteros abandonaron la comarca, el paisaje, la choza, el medio, tan íntimos y queridos por el habitante sencillo y primitivo. Y rodaron el peregrinaje hacia el Sur, hacia tierras generosas en el abrojo de la inhospitalidad.

Quedaron atados por la coyunda de oro del gran Monarca. Y se instauró algo que bien puede denominarse Estado planificado, con el consiguiente cortejo de imposiciones. El idioma oficial declaró guerra a muerte a los idiomas y dialectos regionales. Mucho antes de la llegada de los primeros españoles se perdió, de este modo, la mayor parte del espíritu preincaico. Aunque en esto no se haya reparado lo suficiente, echando la culpa de la muerte de tradiciones y de principios, enterrados hace fecha, a los fanáticos conquistadores de raza blanca. El incaísmo y su política de conquista integral, son una de las principales causas de la ausencia de solución al sinnúmero de enigmas con que tocan, a poco andar, por los vericuetos de los siglos idos, prehistoriadores y arqueólogos de las cosas de América.

Con la invasión sobrevino el sistema socialista agrario, a la manera de los Incas, para quienes era esta la fundamental institución del Estado. El Monarca, señor y padre, procedía dando lo de to-

dos, para todos y cada uno. Incorporada la idea del Estado en la persona misma del Monarca, único y dueño absoluto, el régimen se deriva como la consecuencia lógica del principio.

El imperio florecía materialmente. Artes, industrias de orfebrería y textiles, arquitectura suntuosa, vialidad desarrollada, sistemas y servicios de correos, comunicaciones y transportes correctamente establecidos. Pero en el fondo, la llaga purulenta de la esclavitud, buscaba salida para la interna descomposición. Sobrevino el pretexto de la legitimidad de Huáscar, atacada por el usurpador Atahualpa, llegado al trono, no por el derecho divino del Sol, mas por el simple capricho de Huaynacápac. El Perú se levantó orgulloso, pretendiendo hacer un dique contra semejante audacia. Contra el Norte protestó con la agresión. Pero el Norte y su Monarca autóctono, tomaron el desquite. Humillaron al poderoso descendiente de los conquistadores enseñándole el camino, no solamente del retorno, sino del fracaso. Al Ombligo del Universo sojuzgó el vástago de los quitus.

La hora fue inoportuna, pues cuando la vindicta del Norte decía sus últimas palabras, llegó a las playas del Tahuantinsuyo el nuevo señor para el Mundo

Nuevo. Castilla se ensanchaba cuando Quito acababa de romper el muro de sus prisiones de piedra. Los dos afanes chocaron entonces, con terrible impulso. Hasta que la victoria se decidió, no sin tremendas sacudidas, a favor de los hombres de tez blanca.

Comenzó la otra conquista. Y después de ésta advino un nuevo ser, semilibre y semiesclavo. La Colonia operó la amalgama de sistemas y razas. Surgió el tercer elemento, el criollo, primer paso del mestizaje. Poco después, el criterio caritativo aun que mal orientado del Padre Las Casas, nos legó otro elemento etnográfico, el negro importado de tierras ardientes.

La población pronto quedó matizada con todos los tintes de la gama racial. Desde los extremos del blanco europeo y el negro africano, la escala tenía por término medio el cobrizo naturalizado en estas regiones y el amarillo ascendiente legítimo del matiz americano. La complijidad que pesa aún casi en toda Sudamérica, y pesará mientras no se acrisole el elemento definitivo a través de los siglos, nació de la mezcolanza de razas, y de esta mezcla agravada con las taras de los progenitores.

La semiesclavitud nacía no tanto de España, en auge intelectual entonces. Era

originada por la ambición de los venidos tras el sueño de la conquista, en primer término y luego después por los enviados para la función de gobierno. Exacciones, persecuciones, trabajos forzados, todo, inclusive la obligación de echar oro en el despeñadero de la codicia, constituyó el orden de las relaciones primordiales entre los recién llegados y los habitantes, durante las primeras horas de la fusión americano-europea.

Sin embargo, para bien de los desventurados cobrizos, el espiritualismo español vino igualmente en el fondo de las carabelas. Una extraña combinación de espiritualidad y codicia, posible solamente en la raza que culminó en Cervantes, llevó a cabo la elaboración de un sistema de coloniaje, también extraño si se leen con atención las Leyes de Indias, monumento de la época, y fresco todavía de muchas novedades jurídicas y sociales.

Mas, así como en la anterior conquista, la acción sabia y la tutela paterfamiliar del Inca no logró tapizar de contento los muros de la prisión dentro la que encerrábanse los sojuzgados, en este segundo sometimiento a un poder más extraño y menos concedor de la naturaleza americana, el cobrizo y el criollo recién nacido, tampoco dejaron de ver junto a la

mano benefactora del misionero o del legislador metropolitano, el puño amenazante del conquistador. El conquistador era, ante todo, hombre de fuerza y se aplacaba con el botín de la campaña o con los rendimientos pingües del agio y las finanzas. La India Occidental, para la mentalidad española y aventurera de aquel entonces, significó nada menos que un inmenso tesoro abandonado sobre una tierra de promisión y en la espera del primer ocupante. En efecto, los primeros ocupantes llegaron por batallones, venían del otro lado de los mares a recibir la crueldad del desencanto que les proporcionaba la realidad, demasiado diversa de los sueños. En compensación buscaban la manera de enriquecerse a toda costa. La aventura les trajo y en ella habían de proseguir, empuñando a cada paso batallas campales con los molinos del viento al que hacían sus peticiones de locos. Y si no eran las batallas campales, era la atormentada timidez de los nativos la que debía suplir, con fábulas e inventos, el fracaso de los sueños. Sobre el primer fracaso levantaban castillos, aunque sea para verse nuevamente en el amargo trance de saborear realidades. Pero esos españoles eran hombres de fe robusta, y seguían amamantando fantasías. Solamente que la fábula

de la India Occidental debieron sostener los indios. Y la sostuvieron a precio de esclavitud y tormento.

Esclava por segunda vez, esta tierra habría dado de sí el fruto del servilismo más innoble, a no ser por el germen de dignidad sembrado en la conciencia americana por los mismos invasores. La Religión de Cristo, gran móvil del alma castellana, propagada con el ardor de los misioneros españoles, salvó para siempre la obra de expansión latina que emprendieron los Reyes Católicos.

El catolicismo impidió los excesos del conquistador, al mismo tiempo que elevó al conquistado a la categoría del creyente, igual que todos los demás creyentes de la tierra. La actividad del misionero atrajo al indio esquivo y le capacitó, además, para nuevos órdenes de vida desconocidos por el cobrizo hasta ese entonces. El misionero rivalizaba con emulación encomiable y dejaba atrás al contendor representado por el aventurero. Mientras éste desplegaba incansable actividad por atesorar bienes materiales, el sacerdote y el fraile ejercían otra dinámica de superior motivo y finalidad perdurable, ya que sembraban verdades en la conciencia y ensanchaban los horizontes vitales del nativo subordinado. Aves y animales para el servicio y la

aplicación doméstica y agrícola. Semillas y herramientas con las que se comenzó a obligar a la tierra a rendimientos más variados y prácticos. El hábito del trabajo inculcado con el ejemplo y por diversos medios. Y por sobre todo, la labor de simple utilidad inmediata, la obra de la dignificación moral, como meta de la tarea proseguida por los conquistadores del Crucifijo a la mano que, con tanta complacencia, enviaba a las tierras jóvenes, la delicada conciencia de las soberanas de España. Si Isabel no echara los cimientos del Imperio, quién sabe si la obra española hubiera franqueado los límites vulgares y rudos de la conquista.

Débase, pues, confesar con integridad que el fermento de dignificación moral impidió al criollo caer en la abyección, al mismo tiempo que defendió hasta donde le fué posible la persona del indio, vil instrumento productivo, como ocurre en las primeras horas de la evolución económica.

El misionero, por inspirar mayor confianza al neófito, familiarizóse con él, aprendió sus costumbres y su idioma. Sobre todo consignó el idioma por escrito, salvando así del naufragio al débil idioma quichua. De este modo, por obra de los misioneros vive, mecánica y orgánicamente, el idioma antiguo, junto al culto

idioma de procedencia europea el cual, a veces, no por eso deja de teñirse con el fuerte matiz regional que le presta su tímido compañero. Porque, hay que decirlo, el desvalido quichua, vive en las expresiones populares salpicadas de gracia intraducible, como también a veces ha reivindicado sus fueros asomando imponente en el escenario político e histórico, como escapado de los repliegues íntimos de timidez, donde le custodia el campesino de la sierra ecuatoriana, hombre fuertemente conservador. Y en horas de trascendencia, el vocablo primitivo incursionó la modalidad expresiva de manera solemne o tragicómica, como lo atestiguan las páginas de nuestra Historia. El quichua más de una vez llevó el compás burlesco en medio de nuestras danzas macabras. ¿La revolución de los **chiguaguas** y el partido de los **curuchupas** no representan casos típicos de la modalidad bilingüe?

Sea de ello lo que fuere, merece gratitud el misionero que, al escribir el idioma de los sojuzgados por la espada, salvó para el futuro el nexa lógico de unión con el pretérito. Y roto hubiera quedado si el conquistador llegara solo. Gracias a éste, como tantos otros, habría pasado a la tumba de arqueologías imposibles, el

secreto lingüístico, que es como el camino movedizo y cristalino por donde se va al más oscuro rincón de la psicología de los pueblos.

Pero España no solamente conquistó. También civilizó. No negó a la progenie colonial ni la sangre ni el idioma. Dióla creencia y cultura. No estableció en este sentido gradaciones de inferioridad. Hasta que, al fin, llegó a integrar la Colonia en la totalidad del Estado, concediendo personalidad política y representación ciudadana a los americanos agrupados en Virreinos, Capitanías Generales y Reales Audiencias, perfectamente delimitadas.

España merece el título de civilizadora, antes que el de expansionista. En pos de España comenzaron los periplos de intención utilista, se entiende en el sentido puramente utilista. Los intereses materiales fundaron los Imperios posteriores al de los Reyes Católicos, Imperios en los que no tuvo sentido sino el afán de explotar al vencido y atarlo por siempre al carro de la grandeza de las metrópolis. Estos Imperios no han tenido, hasta ahora, otro anhelo que la explotación del patrimonio personal y económico de millones y millones de esclavos. Lejos es esto, España, muy poco hizo por conservar las joyas más valiosas que hayan ornado Imperio

alguno en Occidente.

En sentido estricto y en puro Derecho Político, el coloniaje, como sinónimo de sojuzgamiento, estaba aniquilado antes de la separación de los países como resultado de las luchas emancipadoras. La Monarquía Constitucional, al conceder representación y al reconocer la integridad de la persona jurídica, fundó el gobierno sobre bases nuevas y no pudo mirar a América como tributaria, sino en cierto sentido, porque acababa de colocarla en relativa igualdad en el plano constitucionalista. Desapareció de esta manera el Estado de facto, y la España americana comenzó a saborear la personalidad política. Las guerras de la independencia, no son tanto luchas por la libertad y otros cánones del constitucionalismo hirviente en aquel entonces. Son, ante todo, luchas por la mera separación. De este modo, la mayoreadad política y social de Sudamérica por nadie fué reconocida, antes que lo fuera por España misma.

Reconocidos en su valor político los criollos que mal podían olvidar la prosapia quijotesca, quisieron y de hecho salieron a correr las rutas de la Historia.

La hora fué del todo favorable. Las doctrinas racionalistas incrustadas hasta la medula de los hombres, y de sorprenden-

tes resultados, y los individuos como si fueran predeterminados, llegaban a la hora precisa. Mientras tanto España agonizaba. La casi perdida realeza hizo comprender, en esa hora, al imperio Carlino la dura crueldad de los ocasos. Un sol enrojecido se ponía en los dominios del Monarca, mientras en el otro Hemisferio amanecía.

El Contrato Social y más teorías liberales dieron fin a la monarquía absoluta, y casi al régimen monarquista, en la patria del absolutismo arrogante, para que no hubiese sido factible acabar con los principios tradicionales en el Nuevo Mundo. Los hombres de este lado del maridos, en aquel tiempo, con uno u otro motivo al continente europeo, regresaban convertidos a la brillante doctrina republicana, cuya fe jurada en aras de la admiración más romántica a los héroes de la Roma clásica, hizo en América mayor número de prosélitos que lo que era de esperarse.

Estalló el chispazo. Los prodigios se contaban por el número de días y, entre hazañas de brillo magnífico, una constelación de repúblicas argumentó en favor de los grandes principios de la democracia absoluta. La Revolución francesa había triunfado indiscutiblemente, y los a-

póstoles de la doctrina se aprestaban a recoger la cosecha de la simiente fecundada con tanta sangre.

Bolívar se prodigaba en proclamas y convocaba congresos. Proponía Constituciones a los Estados brotados de su actividad creadora. A cada paso le aclamaba el pueblo, esta nueva deidad de las doctrinas libertarias. Y todo, en fin, parecía marchar hacia la conquista del futuro. El Perú llegó a adormecer la fiebre de ideal que atormentó la existencia de Bolívar, mientras en Colombia, el árbol de la libertad sazónaba, al calor de las pasiones desbordadas el mejor fruto del liberalismo, la demagogia, hecha carne en Santander y sus secuaces.

La constitucionalidad no se amoldaba con el temperamento de los generales de la Independencia, la mayor parte de ellos levantados desde el campo de batalla. Eran hombres tan amantes de las ideas democráticas, como ignorantes de los principios de las mismas.

Sin duda alguna, el mayor daño sobrevino a causa de la atmósfera de libertinaje creada al rescoldo de libertades gritadas desde todos los puntos-cardinales. Porque es de tal condición el culto de la libertad y la práctica de ella que, como droga peligrosa, requiere prudente admi-

nistración y dosis indispensables.

Todo fermentaba en Gran Colombia. El militarismo de distinto matiz ideológico y diverso tinte regional. El clero que jamás podía avenirse con un patronato de tipo criollo y usurpador de una verdadera concesión regalista. La falange de bolivariistas que, llevados de fanatismo, hasta pretendieron coronar al Héroe. Las tendencias agudizadas por idiosincrasia de cada departamento. Y, principalmente, la Carta Política, la Constitución de Cúcuta, hecha ad-hoc para descontentar a muchos y disolver el Estado poderoso que soñó el el Libertador. Pero todo esto ocurría en nombre y por autoridad de la libertad.

La demagogia ganaba terreno día a día. La autoridad del Padre de la Patria decrecía mientras tanto. Hasta que luego de sorpresas inusitadas, entre las que se contó el relampagueo del salutífero puñal de septiembre, el demócrata desengañado declinó el poder en los primeros días de mayo de 1830. Bolívar emprendió en seguida la ruta del ostracismo, la misma que sarcásticamente quedó cortada por el mar Pacífico. Como si la suerte hubiera querido aleccionar en la paz con el baño de las eternas aguas de amargura, a un hombre que se llamó a sí mismo el genio de la tempestad. Frente al Océano en el

que abriera surcos de idealismo, supo lo del Ecuador que, después de llamarle infructuosamente, se despidió muy cortés de la Nueva Granada, víctima en alma y cuerpo de los tumbos de la codicia. Supo también que el acero de septiembre había degenerado en el plomo de Berruecos, para la inmolación de la ofrenda, la primera en la sucesión continua de ofrendas de esta naturaleza. Revelan la calidad de nuestra historia estos ritos de la demagogia, en distintas escalas y en significados hasta contrapuestos: Sucre, García Moreno, Alfaro y otros.

El alcaloide de la libertad hacía efecto en el cuerpo de la Gran Colombia. Demasiada dosis de liberalismo en naturalezas que nada tenían de egoístas. Los caudillos eran inexpertos en la dosificación política de la ideología. Pero no fueron inexpertos para interpretar al modo bizantino el artículo primero de la Constitución de Cúcuta: "La Nación Colombiana es, para siempre, libre e independiente de la Monarquía Española, y de cualquier otra potencia o dominación extranjera; y no es, ni será nunca, patrimonio de ninguna familia ni persona." Aquello del patrimonio no se refería a una clase o casta, o a lo que ya desde entonces pudiera llamarse partido. Luego, a la casta militar no le esta-

ba vedado, ni absoluta ni relativamente, el predominio sucesivo sí, pero no interrumpido de los exponentes de uniforme, aptos o nó para la función de mando.

Mas como el solio era uno solamente y las ambiciones muchas, se impuso el fraccionamiento y se crearon varios solios, hechos a la medida, que realizaron los sueños de hombres incapaces de sostener la enorme estructura bolivariana.

El Ecuador se desligó de la Gran Colombia. Aunque lo hizo con timidez, conservando la apariencia de imposible federalismo con la Nueva Granada. Flores, el primer presidente, y también el primer caudillo de uniforme, astutamente consideró la psicología de los tonantes que, sable en mano, retaceaban el latifundio grancolombiano, y se puso al paio de la tormenta que pudieran desatar los dioses menores, engañándoles con una apariencia de subordinación o, cuando menos, de anexión.

De este modo la República nació de manera poco precisa y sin cabal definición política. Como también careció de completa demarcación territorial. Se llamó Estado del Ecuador y formaba parte de la República de Colombia, teniendo por límites los del Antiguo Reino de Quito. Además el primer estatuto político del nuevo Estado, derogaba de antemano cualquier ley

o decreto, como también dejaba sin valor todo acto que, posteriormente, se opusiera a la integridad federativa grancolombiana.

Se dijo que el Ecuador vió la luz pública de la comunidad internacional sin completa delimitación geográfica. Es menester decirnos esta verdad que agrava, junto con tantos otros factores, la falta de unidad histórica y social que pesa sobre nosotros. El territorio es como el contorno exterior de la persona jurídica. Es como si se dijera la integridad biológica de la persona de derecho privado.

— ¿Hasta dónde somos el Ecuador, y desde dónde dejamos de ser por el Sur? Los hechos dicen cosas tan distintas de la teoría.

El Monarca español bien pudo, de acuerdo con los principios que mantienen la teoría absolutista de los reyes, anexas o separar las fracciones de sus dominios, como quien dispone de la propia heredad. Pudo estar perfectamente de acuerdo con las necesidades de la administración y las atribuciones del Soberano de Castilla, el deseo de adjuntar la Real Audiencia de Quito, ora al Virreinato de Lima, ora al Virreinato de Santa Fé. Pero no dejaron de ser nocivas al espíritu criollo en formación y a la sociedad en proceso de conformarse y adaptarse, estas conexiones y desco-

nexiones históricas que cortaban una modalidad para añadirla a ótra distinta. El sistema de gobierno y administración era el mismo en los dos Virreinos, pero los hombres y la peculiaridad limeños diferían notablemente de los hombres y de la peculiaridad santafesinos.

Emigrante nuestro medio social, sometido al flujo y reflujo de la marea administrativa, careció de aquella solidez que demanda la unidad. Y tan nocivas fueron las andanzas geográficas de la Real Audiencia de Quito que, ni la integridad territorial salió ilesa de este juego de quita y pon. La simple fundación de un Obispado misional fué la semilla de la cizaña que no se ha extirpado en un siglo. Todos los medios posibles no han logrado arrancar, en cien años, la planta de veneno internacional, sembrada por el Monarca engañado por un geógrafo de dudosa moralidad. Requena obtuvo la orden de anexar el Obispado en cuestión a la sede eclesiástica de Lima, y el Monarca, según su leal saber y entender, ni supo ni entendió lo que hacía. Pero bien lo supo Requena, hombre olvidado por los hombres del Sur y merecedor de cien estatuas, si éstos conocieran las obligaciones que impone la gratitud.

Cuando advino la República, el Ecu-

dor recibió como herencia un caudal de inestabilidad que principió a desbordarse luego después de 1830.

Razas diversas, opuestas en costumbres y tendencias. Grupos sociales desparrramados a largos intervalos, poco afines y algunos de ellos fortificados tras la inaccesibilidad del páramo o la selva, lugares a donde casi no llega la civilización en su marcha, de suyo pesada en las topografías hostiles y en la heterogeneidad racial. Pasiones acrecentadas por la calidad de los hombres, las doctrinas de moda y las circunstancias del momento. Militares engreídos por las hazañas de la víspera y muy pagados de su plusvalía. Un pasado secular donde se olvidó toda gestión administrativa y política autónoma, lo que originaba la consiguiente ineptitud de los gobernantes, tanto en materias de índole interna, como internacional. Una economía pordiosera, sin industrias, sin base agrícola, entregada a la incipiente iniciativa de comerciantes sin relaciones con la importación. Es decir, el Ecuador heredó lo estrictamente necesario para disgregarse o matar los ocios en crueles riñas fratricidas.

Lo que sucedió después de 1830 confirma la ausencia de espíritu nacional. Y la anarquía producida por la inconformidad de tendencias irreductiblemente opues-

tas, es el mejor exponente de nuestra unidad. La historia republicana, salvo pocos años de administraciones de carácter nacional, no es ótra que la ilustración de las tendencias del partido en preponderancia, listo a descargar la masa sobre la cabeza vigilante del otro partido subyugado, también celoso guardián de sus finalidades exclusivistas.

o.º

No nos admire, pues, nuestra desgracia. Nada hemos hecho todavía por robustecer el espíritu nacional o continuar la obra que con tanto dolor impuso Gabriel García Moreno.

La filosofía de nuestra historia puede encerrarse en esta palabra de gitanos: erranza.

Viene el Inca y los pueblos son transportados en masa hacia el Sur, a los confines australes del Imperio. Se borran las instituciones y hasta los idiomas nativos.

Poco después, el intento de liberación queda ahogado en la sangre que derraman los conquistadores. Estas tierras no serán de América. Serán de España.

España nos echa a trotar por la vía

de las anexiones. Unas veces somos del Norte, ótras del Sur. Pero nunca somos nosotros mismos.

Llega la República, joven y fulgente, pero la erranza prosigue. Ora el Ecuador es liberal, ora conservador. Entre las dos etapas media el minuto garciano, intensamente nacional. Y luégo el país vuelve a sufrir los tormentos de la libertad. La Restauración le redime, pero para nada. La última cincuentena es la contorsión definitiva de la agonía de una víctima que siente junto con la caricia del tentáculo, la de una música primitiva que le canta libertad.

Y la erranza proseguirá mientras no queramos darnos cuenta de nuestro deber de integrar nación. Aunque haya escándalo: no somos nación, apenas somos retazos heterogéneos, mal acondicionados, dentro de un marco abierto por uno de los costados, a la rapacidad de quienquiera.

Las páginas que siguen, sin alardes de petulancia, pretenden deducir lecciones de nacionalismo de la vida del ecuatoriano, realmente ecuatoriano, que fué Gabriel García Moreno, hombre de responsabilidades acentuadas en la patria de la abulia erigida en sistema muscular, de la falsedad convertida en verdad política, del delito entendido como única virtud republicana.

Estas páginas no son de política. Mucho menos de lo que entre nosotros recibe el cognomento desprestigiado por los mirmidones de las banderías reconocidas y respetadas en calidad de partidos políticos. Son páginas de observación, con fuertes dosis de pasión, si se quiere. Pero llenas de sinceridad e imparcialidad. La imparcialidad no está reñida con la pasión, si no es para aquellos que confunden indiferencia con veracidad.

Quien pretenda encontrar en estas expresiones el vilipendio inconsciente -como es costumbre cuando se trata de García Moreno- no prosiga la lectura. Mucho peor quien crea que para el autor, aún las quiebras de esta recia personalidad de roca, se le presentan como virtudes.

Si se ve en García Moreno al representante del orden, al tipo de gobernante constructor, al hombre moderado, al patriota abnegado, no se habrá visto sino la parte menos interesante de una psicología complicada, que reunió en sí al revolucionario, al destructor implacable, al maniático de la grandeza, al rectilíneo de una lógica erizada de artillerías, al hombre de los extremos. García Moreno no es el tipo de los términos medios. Todo lo que refleja mediocridad está divorciado con él. Es el hombre superior, aún por la violen-

cia de sus pasiones.

Violento en el estilo y en la acción, es el panfletista, el perseguidor, pero todo genialmente. Si una sola palabra pudiera contener una biografía, la de García Moreno fuera ésta: Violencia.

Sin duda alguna, los morigerados dirán que esta es una exageración. Pero la realidad es que no sabemos dar con la escala exacta de los valores. Siempre se nos habló de la violencia con susto o con desprecio. Muy pocos hombres en la vida se han detenido a meditar sobre la trascendencia de esta modalidad espiritual. Modalidad asequible a muy pocos. Modalidad propia de muy pocos. Por que violencia no es estulticia ni actitud de término medio. Los violentos a la manera garciana, son los aristócratas de la acción.

¡Si los ecuatorianos aprendiéramos a hacernos violencia! Con ella se conquista hasta la más difícil de las conquistas, el Reino de Dios. No se diga el reino de lo simplemente humano.

La carrera ciega de la historia nacional se detendría si es que aprendiéramos la práctica de esta difícil actitud. Violencia exige la apatía de la casi totalidad que mira con indiferencia, es decir con estupidez, la gestión de los negocios públicos relegada a mano del irresponsable malaba-

rismo, Violencia exige la posposición de los intereses minúsculos y exclusivistas de las llamadas entidades políticas o ideológicas. Urge la violencia como remedio al mal económico, para la cura del burocratismo, de la ineptitud, de la pereza encerrada en el burgo y repleta de prejuicios contra el agro. La violencia se impone como medida drástica contra la falta de moralidad en todos los órdenes de la vida política, administrativa, financiera y comercial.

El Ecuador se salvará, cuando pueda hacerse violencia.

Capítulo Segundo

García Moreno, conservador?

Hay que comenzar por el principio, localizando el problema. ¿Cuál fue la posición de Gabriel García Moreno, entre la dinámica y la estática social de su tiempo? Se ha dicho que fué un conservador, lo cual no es cierto. Se le ha apodado de espíritu contrarrevolucionario, lo que también es falso. Es preciso aclarar que el espíritu garciano manifestóse francamente revolucionario.

Y, ahora, precisa establecer el concepto: en el sentido material, revolución significa un movimiento circular, un volver a empezar, un siempre repetir. En el sentido político adopta distintas acepciones: indica trastorno, subversión, cambio de

ideas o sistemas. En sentido racionalista, Revolución, con mayúscula, señala una etapa, el triunfo de los renovadores franceses, la abolición de los privilegios aristocráticos y la más enfática proclama de igualdad.

La Revolución, entendida de este modo, es sinónima de un **andante maestuoso**, incontenible, avasallador. Es una proclama en acción, una energía actualizada en ciento cincuenta años de historia. Es una magia, un relámpago, una alquimia poderosa. Es, en fin, la democracia creída y obrada en todos los pueblos y latitudes.

La Revolución amamantó la libertad, hizo la independencia de las repúblicas americanas, asistió a los primeros momentos de naciones niñas, pese al origen de ella, en gran parte debido a hombres de negocio. El Ecuador no se sustrajo a lo que constituía ley histórica del instante: también él fué concebido, dado a la luz y amamantado por el vientre racionalista. Los primeros años de la República son de ensayo de la democracia, ensayo vestido con sonrisas, en la fugaz administración de Rocafuerte, pero también opulentamente rociado de sangre y aspergiado de plomo.

El modo racionalista dominaba el país y nadie presintió la endeblez de su textura. Se le creía sempiterno y omniscien-

te, vivía como vive lo llamado a la inmortalidad, con plena conciencia de su proyección sobre el futuro, con la firmeza de lo perfecto que se siente perfecto. Y esto no sucedía solamente aquí: todo el mundo respiraba dentro de la atmósfera liberalista.

La tradición pregarciana alentaba racionalismo en la administración y en los principios ideológicos de aquellos años. Un caudillo apenas conocido, en un país diminuto iba a levantar la voz, cincuenta años antes de que hubiera sonado la hora de prueba de la democracia liberal. La audacia del agresor y la magnitud del agredido, debieron, sin duda alguna, provocar la risa entre los políticos serios de la época.

Un contendor del dogma más humano entre todos los nacidos en la historia del pensamiento. Un reto lanzado desde el corazón de América, por un americano, contra las ideas redentoras del Nuevo Mundo. Esa es la política garciana: rudo golpe a fondo en la medula de las enseñanzas liberales, golpe prematuro y no previsto en la hora del cenit doctrinario.

Y el desacato fué, como antes fueron las luces. Porque la hoguera garciana y la revolución de García Moreno, iluminaron muchos años de futuro. En el Parlamen-

to francés, en la propia incubadora del sistema liberal, hubo una voz, mejor dicho un eco, implorando se imitara al gobernante ecuatoriano.

La Revolución comenzó por ser obra de rebeldes. Mas aconteció lo que suele suceder siempre que hay cambio de ideas. Los primeros, o sean los rebeldes, alzan el pendón. Pero luego la mayoría va por el nuevo sendero y casi todos caminan del mismo modo, hasta que, en nombre de la rebeldía, se instaure el rebaño. Es entonces cuando los rezagados, si es que tienen valor, pueden reclamar para sí el dictado de hombres fuertes. Supieron resistir la avalancha, afrontaron la burla de los presurosos de la forma innovadora y, a la postre, resultaron ser los auténticos rebeldes. Aunque, si bien es cierto, a tales hombres se les ha galardonado con el despectivo nombre de reaccionarios, como si así se deshonrara la roca o se afligiera al bronce.

García Moreno revistió su temperamento con una túnica de bronce, y su vigor llegó a la temeridad, si consideramos que se erigió en jefe de un ejército que aún lleva trazas de formarse en estos días. El hecho es innegable, la política del terrible "reaccionario" logró hacer impacto en el cuerpo de una política pres-

tigiada por el éxito y las campañas emancipadoras, dando, así, el primer paso en el camino de una modalidad distinta, y sin tener a la vista la suma de desastres que sublevan al presente contra siglo y medio de liberalismo.

Pero hay que anotar: García Moreno no se empeñó en hacer su revolución por el vanidoso deseo de manifestarse capaz de hacerla. En él se debe reconocer la intuición futurista propia de la genialidad, la que le impelía a jugar un papel profético, erigiéndole vaticinador de la ruina de un sólido edificio intelectual. El orientador antiliberal, antes que la lucha política, inició el combate ideológico; comenzó rompiendo fuegos en las trincheras de la prensa y con un aliento desconocido entre los hombres de su época.

Cuando García Moreno anunciaba el fracaso del sistema racionalista, estamos seguros, tuvo la mirada en lo que ocurriría cincuenta años después.

°°

García Moreno resucitó viejas doctrinas, porque en verdad el Syllabus no vino a estatuir nada original en política.

Mas, en el curso de los siglos, ¿cuántas doctrinas pueden vanagloriarse de originales? El racionalismo no fue invento del siglo XVIII, Grecia tuvo abanderados de él en la escuela de Jonia, Francia sus precursores en Lutero y los hombres de su doctrina.

Luego, para alinear a los hombres en la fila conservadora o en el rango revolucionario, antes que de los principios, hay que partir de los hechos.

En todo lo que vive existe una armonía, un equilibrio de dos fuerzas que hacen del individuo un ser perpetuable y mejorable: la fuerza de conservación y la de renovación. En el área social la primera se llama lo conservador, la segunda lo revolucionario.

Las fuerzas nombradas deben actuar de modo equivalente o equidínámico, de lo contrario queda herida la armonía vital y se produce una crisis. Por otra parte, ambas fuerzas están sometidas a la evolución social y, por tanto, ni en todo tiempo ni en todas partes valen lo mismo: cuando una u otra queda rezagada, hay también motivo para una crisis. Además, se produce crisis, cuando uno de los principios -el conservador o el revolucionario- aumenta la intensidad interventiva o agresiva frente al otro.

García Moreno es el hombre revolución. Su vida es una crisis interminable, un trastorno demoledor y edificador. Levantó una formidable oposición, grande por la cantidad, pero mucho más por la calidad de los opositores. Despertó adhesiones y odiosidades tan profundas que, ahora como hace décadas, no se puede hablar de él sin promover una borrasca.

Un ser estático; en quien predomina el instinto conservador, nunca suscita problemas de complejidad apasionante. Despertará la admiración, pero no encenderá el fuego. Llamará la atención, pero no organizará en batalla a los partidarios frente a los enemigos. El hombre conservador, quizás se atrevió a llegar a los umbrales de la renovación, mas no se atreve a franquearlos.

El revolucionario cambia, cuando puede, normas e instituciones. Extirpa las costumbres, anatematiza la rutina. Y no halla satisfacción sino cuando todo reverdece en derredor. La primavera es el clima o la estación espiritual de estos temperamentos.

El revolucionario no discute los medios. Va a los extremos por medios extremos. Si triunfa, inicia obras nuevas. Si fracasa, reinicia el intento hasta conseguir el éxito soñado. En esto, como en todo,

no conoce el término medio, la equidistancia prudencial, la vacilación hacia un sentido u otro sentido.

Sin duda alguna, esta actividad exagera a la mayoría humana, dispuesta hacia el esfuerzo menor o mínimo, de temperamento reposado, tímido, mediocre.

La polaridad psíquica juega papel importante en casos como éste, en que junto a los hombres centros, llegan a formarse núcleos, o frente a ellos otros núcleos adversarios. Con García Moreno, como con muy escasos hombres de nuestra historia, -González Suárez, Montalvo-, ocurre el hecho de agrupar amigos integrales o afrontar enemigos integrales también.

Con más, toda personalidad meteórica absorbe ella sola la atención y eclipsa la valía de quienes la rodean. Junto al magistrado dominador, sí hubo personajes descollantes, pero quedaron en segundo término, haciendo el fondo del retrato de un hombre dramático. Por esta manera dramática, impresionante, teñida con grandeza de tragedia, por toda esa aparatosidad garciana cabe, también, colocar al gobernante en la hilera de los innovadores.

Temperamento inconforme, no temió llegar a la demostración más audaz de su personalidad, cuando levantó sobre los hombros un fósil desenterrado de las ca-

pas más profundas del subsuelo político: la teocracia que paseó ufano ante el terror de los espíritus libres y la mofa de los hombres de avanzada. Y que cumplió a satisfacción el cometido, no hay duda, pues, cabe suponer que no existe un solo espíritu penetrante a quien no se le ocurra que la superioridad del régimen teocrático fué plenamente demostrada por García Moreno, sobre los sistemas de su tiempo.

En la hora más solemne del culto a la mayoría popular, sonó un cañonazo: el pueblo no es el origen del poder político, es tan sólo depositario de la llamada soberanía. Entonces, el andamiaje levantado sobre el derecho absoluto de los pueblos, crujió como atormentado por la misma fuerza que mueve los astros en el cosmos. Todo obedece a una causa y ésta no puede causarse a sí misma. Luego, el pueblo no es la causa de su poder y soberanía.

El impromptu hizo blanco en la línea de flotación, la armadura, tambaleante desde entonces, no ha cesado de anunciar el fracaso. El racionalismo enciclopédico sigue recibiendo golpes rudos, desde que el revolucionario ecuatoriano hizo en él la primera herida, no sólo en la densa protección teórica, sino también en la textura práctica.

La vida de García Moreno es una in-

surrección constante. Primeramente insurgente contra la propia persona, sometién-dose a un trabajo progresivo, luchando hora a hora, minuto a minuto contra la más humana de las tendencias y la más tentadora de las flaquezas, la del menor esfuerzo. La compleja psiquis garciana se orientaba cada día hacia el esfuerzo mayor. Es el empedernido estudiante: concluye una carrera y, en seguida, abraza ótra. Sigue cursos disímiles, reúne en su cerebro poderoso las ciencias jurídicas, las matemáticas, la química, la especulación filosófica y, sin dejar de ser estudiante, asume la tarea de luchador. Ni después de haber acumulado sobre sí la gestión de los negocios públicos olvidó la vieja tendencia de conocer más. Después de la fundación del Conservatorio, siguió un curso de armonía, no tanto por alentar a los escasos alumnos del plantel de reciente creación, cuanto por satisfacer su sed de disciplina mental. Y en las horas de mayor faena, no rehuó arrebatarse el quehacer ajeno y recargar el propio, de suyo exorbitante.

Uno de los más íntimos de él, en horas de recogimiento doméstico, le propuso cambiarse de actividad y escribiese la historia del Ecuador. Como perplejo, don Gabriel García Moreno le miró fijamente y luégo le dijo: "¿Cómo? ¿Escribir la his-

toria del Ecuador? Yo soy el llamado a hacerla“.

Hacer la historia no es propósito vulgar. Exorbita la trayectoria del hombre mediano, del ecuánime, del burgués. García Moreno que es y seguirá siendo para los ecuatorianos la piedra de toque o la hoguera de muchas pasiones ardientes, no cupo dentro de la modesta trayectoria. Si es dable el símil: García Moreno no rodó como el planeta, sino que irrumpió como el cometa.

°°

Sin embargo no se ha colocado al presidente revolucionario dentro del marco político nacional. Llamarle antiliberal no es declararlo ipso facto conservador en el sentido que tiene este término en la historia ecuatoriana.

Ciertamente a García Moreno se le atribuye la fundación del partido Conservador. Pero hemos de reconocer en él, en Dn. Gabriel, la falta de organización en esta materia. O reconoceremos, mejor, la imposibilidad de haber podido continuar la obra del grande hombre.

Desde luego, no corresponde la deno-

minación de partido conservador a un grupo de hombres que surgieron tras la revolución garciana. Hacen mejor en llamarle partido del orden, se entiende siempre que practique los postulados de justicia y Catolicismo Social, puesto que la doctrina política que nos ocupa arranca de los principios del Evangelio, la Patrística y la Escolástica.

El catolicismo social, como que es disconformidad con el imperio de la injusticia, no es tratado de paz ni aceptación del régimen imperante. Y este género de pacifismo jamás pudo anidar en el cerebro de un hombre turbulento. El orden, bajo el régimen potestativo de las mayorías, no es una cosa que está o es de por sí. Hay que hacerlo, comenzando por romper con lo que existe, tal como sucedió en el lapso que media entre 1860 y 1875, o sea el período de la vida política predominante de García Moreno.

¿Qué diría este hombre sí, resucitado, llegara a contemplar hacia dónde ha evolucionado su doctrina? No por desarrollo lógico, connatural con toda idea, sino en virtud de ciertas conveniencias económicas, hallaría transformada una obra que él la quiso de perduración. Porque, dolorosa confesión es ésta: los principios del Catolicismo Social más de una vez han sido ante-

mural de vandalajes de mal gusto. Y en este sentido, el Conservadorismo ecuatoriano, juntamente con el liberalismo, son demasiado conservadores.... Y aquél, mal hace invocando la memoria de un hombre que hoy le hiciera, sin duda, blanco de sus tremendas diatribas por la condición de liberalizado, o sea de custodio del liberalismo económico. García Moreno nunca fundó un conservadorismo capitalista, porque todas las horas de su existencia fueron un programa vivo y radiante, rectilíneo y perfectamente definido de Catolicismo Social y Político, ceñido a los dictámenes de la más pura doctrina Pontificia y a la realidad ecuatoriana.

¡Si tantos rebeldes aprendieran de este gran revolucionario!

¡Si tantos católicos comprendieran la distancia que media entre la pura caridad y la estricta justicia y, en nombre de García Moreno, pospusieran la economía a la creencia, cómo se repeliera del Ecuador la sombra del mal!

¡Si tantos conservadores apasionados por su caudillo aprendieran de él a ser revolucionarios, no en el sentido cruento, sino en el sentido cristiano: si tienes dos túnicas, dásela una a tu hermano!....

Capítulo Tercero

El Ecuador nació en 1861

EL ENTE amorfo nacido en 1830 a la vida republicana, no alcanzó a realizarse en totalidad de Estado sino treinta años después, a la hora del primer período garciano. El Ecuador, nominal hasta ese entonces, es la presa en las fauces insaciables del desenfreno. El Ecuador, nominal hasta entonces, es la carroña que la interesada misericordia de dos vecinos trataba de suprimir a toda costa. El Ecuador nominal hasta entonces, es apenas el feudo de Urvina, Franco o cualquier ótro, cuando no la perspectiva risueña del presidente Castilla del Perú, o del General Mosquera de Colombia.

Interiormente debilitado y menestero-

so de fuerza en lo exterior, el país se contorsionaba con muecas ridículas o llamaba esperanzas cada vez más lejanas. El país que nació al golpe militarista, casi muere del mismo mal.

Cuando la espada autónoma dice la primera y última palabra, seguramente no se va a encontrar en ella la expresión del poderío. Por el contrario, cuando predominan moldes de fuerza, moldes enfermos de una anemia que así misma quiere fingirse fuerte, es porque la espada se ha tornado supletoria de otros moldes más firmes que se asientan en el Derecho o en las tendencias interiores de las colectividades.

Estas tendencias internas explican el por qué de la vida social prolongándose en la continuidad histórica, y por tanto son lo contrario de la mera exterioridad presentada en el militarismo de horca y cuchillo.

El militarismo, el predominio político de la fuerza ciega o ensoberbecida, es la interrupción de dicha continuidad temporal. Es paréntesis de superficialidad, corte brusco de las tendencias humanas, artificiosa trayectoria desviada, que arranca de un confuso punto de partida y limosna inútilmente un objetivo que no alcanza. El punto de partida es confuso, porque

presupone negación de la base jurídica del orden público y atrofiamiento del criterio político que hace posible tamaña negación. Y el objetivo no se alcanza, debido a la ceguera connatural a la fuerza desprovista de razón.

Las tendencias internas representan para la sociedad sus fines. Y estos fines están custodiados por el Derecho. Luego, cuando el puro hecho destrona lo jurídico, se interrumpe el curso histórico del orden social. Entiéndase: el curso histórico normal, la unidad de cultura, la evolución política.

Mas ésto no significa una detracción de la fuerza o una propaganda de pacifismo u otras menguadas opiniones de empobrecimiento vital. La fuerza tiene valor suficientemente demostrado y el exacto conocimiento de ella hace posible cualquier acción sobre la mecánica social. La fuerza es el fundamento de lo que se llama evolución creadora, siquiera en el sentido dinámico. Aunque, como la libertad, sea droga muy peligrosa.

En estas líneas se trata de hacer referencia a otro género de fuerza, a aquél que, olvidando muchos principios de orden superior, se erige en módulo del edificio político. Se requiere hacer mención de la fuerza detentada por los exclusivos fal-

sificadores del Ecuador, por los que antes del garcianismo jugaban con los harapos de una república niña y ya desvencijada.

En esta vez hay intención de referirse a la fuerza entendida al modo urvinista. La brillante carrera del general Urvina se resuelve en diecisiete golpes a mano armada contra la seguridad del Estado. Algunos de estos intentos fracasaron en germen, aunque la voluntad del ejecutante los contó como ya cumplidos. Algunos son de poco alcance, y otros asumen dimensiones de fantasía, como los intentos de aniquilar el Oro y el Guayas, en beneficio exclusivo del Perú, o el incalificable golpe que eliminó, con sigilo y drama, al presidente don Diego Noboa. El atentado es, talvez, el más curioso de nuestra historia, no tanto por la magnitud de los actores, cuanto por la audacia suprema con la que supo ejecutarlo Urvina. Éste general tuvo a bien levantarse en armas y proclamarse en Guayaquil, en contra del gobierno legítimo que el mismo militar apoyara calurosamente pocos días antes. Urvina fué quien hizo el triunfo de Noboa, contra los arrestos del partido elizaldista, y fué Urvina quien se sublevó contra el presidente de su hechura y, cuando éste llegaba a Guayaquil con la esperanza de aplacar la sedición, lo hizo apresarse silenciosamente y, por

cuenta y riesgo de la desventura, remesó rumbo al sur, en un barco preparado para el efecto, al ridiculizado presidente convertido en mercancía sin valor declarado. El pueblo se dió cuenta de la insolencia de Urvina, cuando el mandatario se encontraba lo suficientemente lejos para escuchar el grito de indignación. Hay que notar que la táctica de separarse de los adversarios con barreras de mar, la empleó Urvina con García Moreno, cuando no quiso reconocer a éste en calidad de senador electo por los notables del Guayas.

La hazaña de Jambelí, al lado del secuestro del presidente Noboa, no es la más hermosa, pero sí la más criminal. Puede decirse que es el cuadro final del militarismo de aquel entonces, acosado en sus últimos reductos por la tenacidad de García Moreno. Urvina que vociferó contra Flores por los intentos de invasión planeados por el primer César de la República, el paladín nacionalista que derrocó a Noboa acusándole de timidez ante una de las supuestas invasiones floreas desde el Perú -éstas sí supuestas, al contrario de la invasión planeada en España y fracasada en Inglaterra-, el militar magnífico de patriotismo que era Urvina, no vaciló en manchar las aguas nacionales con un capítulo novelesco de filibusteros. El gobierno del Ecu-

dor declaró piratas a los invasores, los puso fuera de la ley y los escarmentó con espectáculo de sangre. Veintitrés o veintiséis fusilados-entre ellos el intruso Viola- quedaron dando lección de nacionalidad a los futuros vendepatrias que pudieron haber nacido bajo la sombra de Urvina. Sin embargo hubo timoratos que disculparon al incalificable traicionero y tacharon de chacal al mandatario que supo cumplir con los deberes de la legítima defensa.

°°

Inscrito dentro de un polígono de pasiones bastardas, el Ecuador iba a sucumbir. Nacionales y extranjeros cooperaban con asiduidad en realizar obra tan importante.

El vallecaucano general Mosquera, trataba con Seoane, ministro del Perú ante el gobierno de Bogotá, a fin de eliminar de manera eficaz la cuña que Bolívar clavó entre dos repúblicas cuyos linderos, al decir de los interesados, se llamaban recíprocamente. Mosquera, desde aquellos tiempos, sentía el afán de su país por llegar a la categoría de nación amazónica. Colombia en ese entonces no tenía acceso al

mar interior de América, y no consiguió su intento sino muchísimos años más tarde. Tamaña intención de llegar a la amazonía, nos explica muchas tortuosidades de la diplomacia bogotana. En aquel entonces, en la época a la que nos referimos, la política expansionista neogranadina estaba representada, no oficialmente, por Mosquera.

Las inteligencias arteras del general colombiano y Seoane recibieron el curioso cognomento de "polonización del Ecuador." Seoane expresó paladinamente las pretensiones de Castilla y no tuvo reparo alguno en escribir al vallecaucano que él era el hombre necesitado por el Perú para eliminar una nacionalidad molesta y destinada a servir de obstáculo a toda tentativa de engrandecimiento de dos potencias llamadas a destino muy próspero. Y, en efecto, la correspondencia de estos descarados dueños de una tercera nacionalidad, produjo como resultado el protocolo Mosquera-Selaya, protocolo irrito y risible por su informalidad, pero que es una especie de acto testamentario de un país que jamás hizo declaraciones de muerte.

Castilla, uno de los más comediantes entre todos los de la gran farsa democrática del Perú, mientras sucedían estas cosas en Colombia, se dedicaba afanosamente a sitiar el puerto de Guayaquil. Franco,

amo político del Guayas por propio derecho y por desconocimiento del derecho legal de Robles, con su actitud grosera ahondaba los regionalismos y empeoraba la crisis nacional e internacional. El general Guillermo Franco, al desconocer la unidad jurídica del país, lo llevó al precipicio, y allí lo habría arrojado con todo su entusiasmo, a no ser por la presencia de un hombre de energía que apareció encabezando el gobierno provisional organizado en Quito, para hacer frente al caos. A no ser por García Moreno, Franco habría entregado el país al aventurero del sur.

El tratado Franco-Castilla, firmado en Mapasingue, es el repudio que hace el general ecuatoriano, del Ecuador y sus derechos a la integridad territorial. Es el descarado testimonio de la peruanofilia del militarismo de tipo urvinista.

El litigio originado por la pretendida adjudicación de terrenos que quisiera el Ecuador realizar, en bien de algunos extranjeros, tuvo como fin el rechazo de aquello mismo que se defendía. Y no pudo ser de otra manera, si se toma en cuenta que las tropas peruanas, bloqueadoras de Guayaquil, fueron las que impusieron sobre un sector ecuatoriano la dictadura desleal de un militar que recurrió, en hora suprema de codicia, al apoyo de los ene-

migos. Franco fué jefe supremo, porque así lo quiso él, y lo quiso con la benevolencia del presidente peruano, Castilla.

El espectáculo absurdo se completaba con la actitud criminal de Urvina, quien en éstos momentos de agonía y vergüenza, halló suma complacencia hiriendo a puñaladas a la víctima postrada en tierra. Urvina, astuto siempre, comprendió desde el principio que la presencia de García Moreno en el gobierno provisional era la guerra a muerte entre la civilidad honrada y el militarismo sin freno.

El gobierno provisional se enfrentó con Urvina y sucumbió. Pero no se dejó intimidar por las primeras derrotas. Por el contrario, midió las responsabilidades y las consecuencias. Repuesto de los golpes asesados por el general Urvina, llegó a derrotar a éste y, luego después, a Guillermo Franco, y en ellos a todos los victimarios del Ecuador.

Urvina huyó a donde debió huír, al Perú. Buscó el amparo propicio y propio. Y desde el Perú no dejó de verter y hacer verter sangre ecuatoriana. Desde su segunda patria, Urvina, hizo campañas antinacionales. Desde allí organizaba expediciones por tierra y mar, con hombres y barcos facilitados por el Perú. Desde su segunda patria mataba, hería, calumniaba,

saqueaba y se ponía de acuerdo con Mosquera, el general colombiano, en contra del Ecuador. Desde el Perú, su nueva nacionalidad, partió Urvina para la última de sus gloriosas actuaciones, Jambelí.

La situación de Franco no fué menos airosa. Pese a la cláusula final del tratado de Mapasingue, en la cual Castilla se comprometía a prestar hombres, armas y municiones al general Guillermo Franco, siempre y cuando quiera que éste necesitara de la ayuda peruana en contra de los ecuatorianos, Franco, el héroe, fué también reducido a la impotencia. Cabe observar que el tratado de Mapasingue resultó inútil, hasta en este primer móvil que lo determinara: el peruano Castilla no prestó jamás ayuda a su aliado y súbdito ecuatoriano.

Nunca el Ecuador vivió mayor peligro. Gobierno de Robles, gobierno dictatorial de Franco, gobiernos autónomos de las provincias australes, gobierno provisional de Quito, todos ellos actuando conjuntamente. Franco con el intento de entregar el país al Perú, o siquiera una parte del mismo, las provincias de Guayas y El Oro. Urvina desgarrando la última esperanza de salvación, al perseguir al gobierno provisional que trataba de representar la voluntad popular. Castilla y Mosquera acordando definitivamente la "eliminación

del pequeño país" que se interponía entre dos potencias llamadas a grandes gestos.

El intento garciano, el loco intento de hacer república y república de primer orden, no pudo llegar en hora más propicia. El Ecuador comenzó a ser, precisamente cuando los verdugos querían que dejara de ser.

°°

García Moreno expresa el nacionalismo de aquel período del caos. Enemigo de los enemigos del país, arremete ciegamente contra todos. No persigue más que un objetivo: la unidad de los fragmentos que amenazan divorciarse y derrocar para siempre el edificio político.

El Ecuador iba a dejar de ser. Antes de esta hora, apenas vivió durante el recio período de Rocafuerte. Pero, descontando a este hombre, los ambiciosos que se habían sucedido en el poder, no supieron que los países tienen potencia vital, en cuanto son dueños de finalidad.

La unidad nacional no se funda en el pretérito, sino en el porvenir. Las homogeneidades racial, idiomática, histórica, no tendrían sentido ni duración, si es que los fines de la colectividad no determinaran la

tendencia unitaria y futura.

Y si algo desconocieron las caudillos pregarcianos es, precisamente el destino del Ecuador. Y si algo reconocieron los caudillos pregarcianos es la preponderancia de los egoísmos bastardos.

Ahora bien, destinos nacionales y pretenciones egoístas bastardas, se excluyen. Como se contraponen el futuro con la actualidad. Los destinos son porvenir y los egoísmos, puro presente. Y quien quiera que resuelva el más allá de la cultura en el aquí de la pretensión egoísta, es un criminal monstruoso, es el asesino de la nacionalidad.

No exagero al afirmar que Flores, Robles, Urvina, Franco y ótros, nada supieron de los fines internos de la colectividad denominada Ecuador.

A los revoltosos de tipo militar -al grosero soldadote Ayarza, por ejemplo- ¿qué podía importarles fuera de la soldada, la preeminencia, el derecho al abuso, la insolencia engalanada de uniforme?

Y los mismos "ideólogos" que combatieron a García Moreno, ¿comprendieron, acaso, el sentido futuro del Ecuador? El intento de reducir los problemas nacionales a dimensiones de partidatismo sectario, los pone fuera de excusa.

Nadie quiere restar el valor de los o-

positores "ideólogos" que tanto combatieron a García Moreno. Pero se debe afirmar con claridad esta posición histórica: nacionalmente no significan nada. Si se descuenta del acervo antigarciano uno que otro libro político o histórico, el resto apenas ha servido para indigestar el criterio de algunas generaciones.

La literatura antigarciana será todo lo culta y altisonante que se suponga, pero no tiene finalidad ecuatoriana, ni objetivo nacional. Es antigarciana y no pasa de eso.

°°

Hay, sin embargo, un esguince en la actitud nacionalista de García Moreno en su primera etapa de mandatario.

Llevado por la impetuosidad connatural en él y, en algún instante de angustia, cuando la campaña de reconquista parecía totalmente fracasada, el jefe del gobierno provisional pensó en un protectorado europeo. En este sentido cruzó varias notas de carácter diplomático con el representante de Francia, M. Trinité, en las cuales notas se trataba de la protección política de Napoleón III. Las intenciones no pasaron de simples palabras y los hechos posteriores

ni siquiera permitieron recordar estos negocios nacidos de la desesperación. Un acto semejante es imperdonable, ni se diga si es cometido por un hombre fuerte como García Moreno, quien encontró preferible el protectorado de una nación culta, antes que la entronización de dos héroes de sainete ridículo, como eran los oportunistas de uniforme, los que echando tajo y mandoble sobre el cuerpo de la patria indefensa, pretendían el triunfo de sus aspiraciones.

o°o

Indudablemente, pese a la cuestión con Francia, García Moreno fundó la nacionalidad, es decir tradujo en sucesos tangibles la corriente interna del sentido futuro del Ecuador, que hasta ese momento no tuvo cauce ni expresión.

El garcianismo es la voz de aquella corriente que sin conciencia cabal permaneció indefinida hasta 1861. Voz nueva, tremenda, airada como toda voz que surge amenazadora contra los verdugos.

El sentimiento ecuatoriano es tan profundo, que ni la heterogeneidad de los factores que determinaron el Ecuador como tal, ni el caudillismo sin rienda, lograron bo-

rrarlo del alma popular.

A la voz de García Moreno, la multitud del caos se redujo a la unidad orgánica. Y el ente aforme que vió la luz política en 1830, acabó de nacer, treinta años más tarde, en 1861.

Capítulo Cuarto

Teocracia y Clerocracia

CLERICALISMO. He aquí un término sospechoso. Y he aquí, también, lo más sospechoso del programa de García Moreno.

Efectivamente, mucho se ha perdonado a este hombre. Ha habido transigencias con varios aspectos suyos, pero el clericalismo demostrado por García Moreno en la hora política de él, aún implora, como de limosna, clemencia o comprensión.

El término clericalismo es más sospechoso que el hecho. Porque bajo la denominación de clerical, los fautores de nuestra menguada política comprenden cualquier aspecto religioso de la vida social, en relación mediata o inmediata con la agencia administrativa o los actos de la autoridad.

Y de este modo se llama clericalismo hacer justicia a un religioso, dar al clero lo que es suyo, tolerar o permitir la opinión, casi siempre más ilustrada, de los hombres de sotana.

Esto nos lleva, como por la mano, a un terreno asaz confuso, donde dos cuestiones perfectamente distintas, tienen la suerte de ser presentadas bajo el mismo rótulo. Tales cuestiones históricas, políticas, doctrinarias, son la Teocracia y la Clerocracia.

Se acostumbra confundirlas por el hábito de establecer comparaciones entre ciclos o instituciones históricas aparentes o semejantes en la mera forma exterior. Este método muy en uso entre los profesionales de la Historia, siempre fué nocivo para la crítica. Por ejemplo: cuando se dice Teocracia, traemos el molde de la India, y dentro de este molde vaciamos el contenido de la expresión, venga o no al caso. Cuando se dice Clerocracia, en vez de distinguir la cuestión, en vez de discriminar si se trata del predominio de la clase o casta sacerdotal, o si se trata del predominio de las ideas de Dios, el Absoluto u ótra, tan trascendentales como éstas, aplicadas a sistemas de gobierno, cuando se dice Clerocracia, vaciamos el contenido interno del concepto dentro del molde preformado y que lo fabricamos

cuando estudiantes de Historia de la Filosofía.

Sin embargo las dos cuestiones son tan distintas, como es radicalmente distinta la esencia del concepto de Dios y la de una clase social como el clero o los sacerdocios. Y así en los años, la Historia, ha visto convivir sistemas Teocráticos dentro de los cuales no predominaba el clero o los sacerdocios. Y también regímenes de predominio de estas clases, sin que declaradamente la Teocracia fuera el fundamento del gobierno. También es frecuente, y quizás muy frecuente, encontrar reunidos los dos predominios. O sea encontrar la Teocracia actuando por intermedio de los sacerdocios. Pero aún en este caso, la diferencia entre los dos predominios es la de medio a fin.

Pero la distinción mayor que se encuentra al comparar la historia de los hechos con la de las ideas—se entiende hechos políticos e ideas filosóficopolíticas—es ésta: los teócratas fueron principalmente ideólogos, mientras las clerocracias acentuaron el paso sobre las organizaciones sociales. Cuando aparecieron los defensores de la Teocracia, talvez tuvieron mayor influencia en los tiempos venideros que en los suyos propios. Cuando actuaron las clerocracias, siempre dejaron huella precisa, material, traducible en realidades sociales como la

organización de clases o castas diferenciadas, por ejemplo.

El caso de García Moreno es este: gobierno de Teocracia, sin predominio de la organización sacerdotal. Dios fué, en aquel entonces, el principio declarado fundamental por el sistema jurídico y político, pero no fué el clero el llamado a validar o respaldar dichas instituciones.

Así planteada la situación garciana frente a la discutida cuestión, será más fácil encontrarle como le necesita la crítica histórica y la verdad ecuatoriana.

Pero hay un hecho curioso que bien podría contradecir la tesis anterior, si se lo elude con malicia. En la época garciana el clero tuvo opinión, y recia opinión, desde la cátedra de la Universidad, el colegio, la escuela, o desde las curules parlamentarias, como ilustrando la exactitud de lo que niegan las líneas anteriores.

No se debe eludir el argumento, sino resolverlo con firmeza. Los sacerdocios como clases o castas de selección, siempre o casi siempre, representan la porción más pulimentada del bloque humano, la faceta más trabajada por el tiempo o el estudio. Por tanto, cualquier gobernante de inteligencia superior sabe aprovechar dicha fuerza de cultura, sabe recoger y aplicar el caudal impetuoso que tranquilamente esconden en

su seno los sacerdocios.

Pero se dice que el clero representa un peligro político, sobre todo allí donde imperan instituciones fundamentadas por la libertad o la indiferencia. La verdad es que el clero representa el mismo peligro, no mayor ni menor, que el capitalismo, el oficialismo y hasta el rastacuerismo de no sabemos qué género de pujanzas mestizas. Con la diferencia específica de que el clero es, o por lo menos esencialmente debe ser, superior a los demás espantajos de la turba liberalizante.

E individualizando el problema, yendo del clero a cada uno de los miembros que lo forman, ¿por qué el sacerdote o el clérigo no han de tener opinión en lo relativo al orden social y a lo públicamente moral, como es lo doctrinario político? La simple tonsura no equivale a la castración mental. El liberalismo que tanto afán demuestra por el individuo, no valora este rebajamiento impuesto a la personalidad del clérigo. Porque es muy cierto que tarea propia del individualismo es olvidar la personalidad.

El clérigo debe opinar, personalmente se entiende, porque la opinión de él equivale a muchas opiniones sumadas y, si se quiere, multiplicadas. Porque la opinión de él es, relativamente, algo mejor que la de muchas gentes. Porque la opinión de él, per-

sonaje vedado para los cargos públicos, tiene el valor de la independencia. Y la independencia no cuenta para nada entre los profesionales, es decir beneficiarios de la política ecuatoriana.

La opinión del clérigo pesa más, o a lo menos debe pesar mucho más, cuando el clero es la clase que corresponde al concepto de la primacía mental. A esta categoría trató García Moreno de elevar al clero de su tiempo. Pero ya se verá en qué sentido el mandatario fué "clerical".

Ciertas formas de libertad no se compaginan con el pensamiento de los sedicentes hombres fuertes. Entonces, es preciso que, en nombre de la misma libertad equivocada, hallen muerte la libertad, el pensamiento, la conciencia o la acción de respetable sector social.

Sin embargo, el "dad al César lo que es del César", acaso no puede tener mejor aplicación que cediendo a los sacerdocios el sitio que les corresponde. La preeminencia intelectual junto a los mejor preparados, les es propia, en muchos sentidos.

No urge forzar la Historia si se quiere demostrar cómo los regímenes más sólidos hubieron de extender la mano en busca del cayado clerical. Desde antaño, en los pueblos más jóvenes, tanto como durante el rejuvenecimiento del mundo que es la Edad

Media, y en los comienzos de la Edad Moderna hasta el advenimiento del racionalismo asesino de horizontes espirituales, la Clerocracia hizo florecer los reinos, las repúblicas y los imperios.

Si se teme a la Clerocracia es precisamente por el carácter de seriedad que imprime sobre las instituciones sociales. Carácter diametralmente opuesto a las pasiones tumultuosas que los hombres acostumbran desencadenar en los mares de la política. Apenas hay cosa que más contraría la veleidad de la ola, como la roca del acantilado. Y contra la roca asesta golpes de porfía la furia de los hombres.

Pero se dijo ya, García Moreno sometió las normas de su gobierno a dictados teocráticos, los mismos que no fueron donados a manos de la clerecía, para que ésta los actualizara. Las normas garcianas tuvieron vitalidad propia en la conciencia ecuatoriana. No representaron las pretensiones de un sólo hombre o un sólo partido. Por eso no fueron entregadas al cuidado de clase alguna determinada. Brotaron de la intimidad nacional. Se nutrieron de intimidad nacional. Y en lo más profundo de la conciencia nacional encontraron al ejecutor y defensor de ellas.

¿Qué fué, entonces, el Teocratismo de García Moreno? Por de pronto, constituyó

la necesidad de una hora, necesidad interpretada por un gobernante sincero. Los pueblos no se contentan jamás con las vaguedades de hipótesis o estatutos permisivos. Los pueblos gustan y buscan aquello que es, aquello que se impone por la realidad categórica de la existencia propia y definida. Los pueblos detestan las fórmulas abiertas, las fórmulas de fácil o difícil interpretación. Quieren lo concreto y nada más que lo concreto. Por instinto saben la tremenda verdad: jamás se hicieron gobiernos con principios en estado de nebulosa. Los pueblos jóvenes, más que otros, aman las declaraciones categóricas. Y esto fué García Moreno: la declaración categórica del espíritu religioso ecuatoriano. De aquél pueblo a quien no le sonaba a verdad aquello de la libertad de conciencia, sino la declaración del catolicismo obligatorio. Quien se empeñe por ver otra cosa en este gobernante, trata de engañarse o no sabe ver las realidades.

La Teocracia es entre las formas de gobierno la más arcaica y la más perdurable. En la aurora de los pueblos asoma como símbolo del orden alcanzado tras las horas inciertas del vaivén, especie de bautismo de angustia, impuesto por ley de formación histórica en las primeras horas de los pueblos. En estas horas primeras, la Teocracia

es como el canto de paz o el registro de quietud. Pocos albores se han sustraído del influjo teocratizante.

Los hombres primitivos tuvieron cercana sensación del Misterio, y al Misterio se rindieron con la ingenuidad de los niños. Esto no declara el teocratismo como índice de puerilidad entre naciones en formación. Al afirmar que éstas se hallaron más cercanas al Misterio, recuérdase aquella capacidad admirativa de lo trascendente, que aparece en los hombres de todos los tiempos, pero de modo imponente en los primeros tiempos de la Historia.

Sistema auroral de los pueblos, la Teocracia nunca ha sido extirpada de manera definitiva. Es vieja, muy vieja, entre los sistemas políticos y, quizás, la fortaleza le provenga del arcaísmo que robustece con imponencia de tradición la vitalidad permanente que caracteriza al sistema.

En la filosofía y en la sucesión de escuelas del pensamiento, el gobierno referido a Dios como a causa final y causa primera, es, por uno u otro modo, la tendencia más constante. Difícil demostrar un sector de la Historia donde no se encuentre al teocratismo campante en los principios o en los hechos. Es el eterno fermento que pretende dar aspecto de duración a lo mutable. Y así lo encontramos en la India,

rebasando las especulaciones más profundas. En Grecia, burlando la vigilancia realista del espíritu heleno. En Egipto, país de los gigantismos delatores de trascendencia. En Roma y en su afán imperialista que, en el fondo, es tendencia universalista. En las escuelas del Medioevo, en todas ellas, pues todas ellas fijaron contornos descomunales para la pupila, nunca como entonces, acostumbrada a la inmensidad especulativa. Aun en el seno del Renacimiento y la Reforma hace apariciones inesperadas el teocratismo.

La escuela católica defiende la Teocracia desde hace siglos y siglos. Y cuántos hombres superiores soñaron con la Unidad o con el Imperio, volvieron a este epicentro inevitable.

Sin embargo, a la llegada del Racionalismo se pretendió desplazar, de modo definitivo, la sólida concepción teocrática, fundada en principios más sólidos que la simple razón de los hombres o los derechos del hombre. Cuando la pujanza nueva del sistema, célebre entre muchos, emprendió la Revolución a cuyos sudores se encomendara la tarea de apresar el Universo dentro del molde racionalista—molde de plomo, sin brillo ni timbre de distinción—se encontró con que la Teocracia cimentaba sus superioridades en bloques metafísi-

cos tan respetables, como el principio de causalidad y finalidad moral del mundo, como el principio del gobierno providencial de la Historia. Y en una necesidad tan abrumadora para la especie humana, como es la necesidad de infinito, más fuerte quizás en los pueblos que en los hombres mismos.

La modalidad reciente trató de desplazar los principios de nobleza, introduciendo en vez de ellos, muchas vulgaridades de utilidad inmediata. La Providencia ya no debería gobernar el mundo, cuando en vez de ella estaba llamada a hacerlo la economía. El afán de infinito se transmutaría por la codicia menos calificada traída, con denominación de eufemismo, bajo el nombre de libre competencia. La finalidad moral del mundo, no sería otra cosa que el imperialismo ruín de los fuertes que ceban la antropofagia en la carne flaca de los débiles.

Los sistemas fundamentados en lo trascendente, jamás permitieron el desborde de tanta brutalidad.

La Teocracia garciana del Ecuador recogió lo trascendente dejando aparte la brutalidad. No contó con ella, con la democratización de las tendencias bajas, levantadas sobre el plinto del éxito más vociferante. La masa en contorsiones carica-

turescas recibió la misericordia del desprecio. Espíritu medieval, trascendentalista y selecto, García Moreno, no toleró la absurda subversión que ordena el racionalismo ignorante de la prioridad del fin sobre los instrumentos, de la causa sobre los efectos, de lo natural sobre lo extraño y ficticio.

°°°

Véase, ahora, en qué consistió el clericalismo garciano.

En la época a que se hace referencia, todo andaba corrompido, aún dentro de los claustros. El clero secular y regular se agitaba en mundos de proporciones bastardas. Y García Moreno, hombre de sana moral y moralizador por tanto, emprendió en la reforma de estas instituciones socialreligiosas, con todo el vigor del temperamento impulsivo.

Ambos cleros soportaban el peso abrumador de un género de patronato arbitrario y un cúmulo de costumbres malsanas, heredadas de la Colonia y agravadas en la era poslibertaria.

El regalismo que motivó su existencia cuando el Imperio colonial de España sobre América, perdió dichas razones de ser,

luego de consumada la emancipación. Esta fué madre de derechos políticos e internacionales completamente distintos de los que anteriormente rigieron Virreinos y Reales Audiencias.

El regalismo, forma de patronato concedida por los Pontífices Romanos a los Monarcas Católicos, se constituía a base de convenio entre la potestad terrenal de España y la potestad eclesiástica de Roma. Esta clase de pactos que miran al orden administrativo, se fundan en principios de Derecho Internacional, ya que se refieren a actos mutuos o mutuas concepciones entre dos gobiernos jurídicamente reconocidos entre sí.

En América, luego de la Independencia, la situación de hecho modificó lo que era anteriormente de derecho. Y así, emigrada de estas tierras una de las partes a cuyo favor se cedieron prerrogativas a base de contrato expreso en un pacto internacional, dicho pacto debió suspender la vigencia sobre los que dejaron de ser súbditos de un soberano que también dejó de ser.

Si el regalismo es la concesión expresa de los Pontífices Romanos a sus Majestades Católicas, en reconocimiento de servicios prestados a la causa cristiana de la civilización y, de un modo especial, a

la Iglesia Católica, ¿por qué suponer que la misma prerrogativa debía continuar haciendo merced a Estados recién formados, al amparo de ideas racionalistas y reñidas con los principios católicos?

La tradición o la mera costumbre no son las llamadas a estatuir sobre relaciones jurídicas cuyo ejercicio demanda la expresa manifestación de altas partes contratantes. Si de hecho el patronato siguió actuando, por lo general para ocasionar rozamientos entre Roma y el poder temporal, Roma consintió el abuso teniendo en cuenta la desorientación de los nuevos Estados, apenas salidos de la nebulosa de ideas políticas tanto más ardientemente defendidas cuanto menos claras y precisas, en Estados apenas delimitados y de incierto rumbo internacional. Roma, por estas circunstancias, y acudiendo a los medios de su vieja prudencia, tuvo especiales miramientos para América. Se contentó con tolerar los abusos de un patronato degenerante y esperó por largos años una estación propicia.

El derecho de patronato, intervención del poder civil en la gestión administrativa eclesiástica, nació por deferencia y perduró después por necesidad de equilibrio. Como intromisión que es de un poderío limitado, dentro del dominio de otro poderío

ilimitado en el tiempo y de orden trascendental, el patronato nunca dejó de acarrear molestias y serios conflictos entre dos distintos géneros de autoridades y legislaciones.

Ni en la época colonial. Cuando el gobierno de España vivía en tierras de América, el mal despuntó con agudeza, debido a circunstancias tan favorables como la impunidad del abuso, la codicia de los gobernantes, la calidad del clero, la falta de inmediata sanción para cualquier género de infracciones u omisiones, ya que el sistema administrativo vigente era propicio a la desadministración. Sobre todo campeaba el inmoral refugio que el fuero civil prestaba a los clérigos y religiosos prófugos de su fuero natural los que, por evadir las sanciones canónicas, parapetábanse en el repliegue del otro derecho. La historia de la Colonia siempre resonará—como que es lo único que entonces tuvo resonancia—con el eco de las batallas campales que fraccionaban ese pequeño mundo en grandes bandos militantes, uno por el clero y la jerarquía, y otro por la autoridad y fueros reales.

Los despotismos que retoñaron del derribado tronco de las tradiciones y usos dejados aquí por España, superaron todo antecedente. Pretendieron encadenar la au-

toridad eclesiástica seccional, ya no en nombre del Monarca, en cuyo respeto había derechos que defender, sino en nombre de la democracia, en cuyo regazo había abusos que implantar.

Amargas horas contó el calendario eclesiástico americano en las primeras horas de la libertad. Al patronato de tipo regalista, que de suyo causaba sinnúmero de escándalos, se substituyó por voluntad propia, un autoritarismo ignorante de lo relativo a la política eclesiástica y que, debido a esta razón, no podía realizar obra buena o útil. Se combatía a los jerarcas, al propio tiempo que se favorecía la relajación del clero. Quizás por espíritu democrático, inconscientemente se minaban los cimientos de la autoridad religiosa, no consiguiéndose otra cosa que el desprestigio de las instituciones orgánicas de la Iglesia americana.

García Moreno, comprendió el verdadero estado de humillación de la Iglesia, al ver hasta dónde la habían llevado los Urvinas que le precedieron. Y con certeza previó luego lo que podía ocurrir bajo la dominación de los otros Urvinas que le sucederían. Por tanto, trató de acabar con todo el escándalo y con el cúmulo de injusticias echadas sobre la clerecía, en nombre de tradiciones sin respaldo alguno moral

o racional. Porque la moralidad y la necesidad de razón, son las que salvan situaciones de hecho, como éstas.

La dificultad revestía doble agudeza. Si bien era dolorosa la situación de la autoridad clerical en decadencia, era, por otra parte, la relajación de crecido número de clérigos la que protestaría ante el proyecto de cualquier reforma. La duplicidad de la situación, prestaba asidero fácil a cuantos trataban de burlar el fuero natural.

García Moreno propuso y trabajó hasta obtener un Concordato con la Santa Sede. El ansiado pacto se suscribió en setiembre de 1862, pacto defendido anteriormente por el mismo García Moreno, ante la escandalizada admiración de los constituyentes de la Asamblea en 1861.

El acuerdo, a más de lo puramente administrativo y protocolario en casos análogos, contenía disposiciones radicales en lo referente a la actuación de la Iglesia en medio de la sociedad ecuatoriana.

La religión católica fué establecida como la oficial del Estado, obligándose el gobierno a hacerla respetar, mirando por la integridad de la misma, tanto como por la de sus ministros. El gobierno reconocía todas las prerrogativas y derechos establecidos en favorde la Iglesia, por Dios y por el Derecho Canónico.

La educación debería ser dictada, en todos sus grados, de acuerdo con los principios católicos y los preceptos de la Moral. Los prelados podrían controlar los textos y los programas de aquellas asignaturas que tuvieren atingencias con el Dogma y las costumbres, las creencias o el culto.

La Sede romana restablecería comunicaciones directas con los súbditos seculares, sacerdotes, priores, obispos. Estos quedaban directamente sometidos a aquella, sin que fuere menester del "exequatur" del gobierno ecuatoriano, para el cumplimiento de las ordenes emanadas directamente de la Capital Católica.

La administración de los bienes eclesiásticos fué devuelta a los legítimos dueños, al mismo tiempo que concedidas a éstos todas las garantías que el Derecho Civil concede a los ecuatorianos.

Sobre todo, el principio de moralización. Se estableció terminantemente que ningún clérigo pudiera acogerse a los tribunales civiles para la solución de conflictos eclesiásticos o con la autoridad religiosa. Limitados los clérigos y regulares en la facultad de apelar a los tribunales seculares; quedaba de hecho derogada la potestad que éstos tenían antes, por costumbre nociva, de intervenir en lo relacionado con la jurisdicción canónica.

Como merced, concedió el Pontífice Pío IX a García Moreno la facultad de hacer la presentación de los obispos, eligiendo para ello uno de los nombres enviados en terna por los prelados diocesanos.

El contrato se suscribió ad referendum, lo que dió origen al viacrucis que hubo de recorrer el Presidente, antes de llegar a la ansiada reorganización religiosa. En los congresos se construyó el argumento irrefutable: el Concordato no podía recibir aprobación, pues era el documento de esclavitud del Estado ante la Iglesia. Luego, se concluía, quedaban los principios democráticos a merced del clericalismo. Algunos llegaron a oponer la tradición y la costumbre a las innovaciones de que tan amigo se mostraba el Mandatario. Hubo también voces del rabulismo que, con la tortura de la ley, trataron de aniquilar la necesaria justicia garciana. Siempre la ley constituye el mejor suplicio contra los hombres de la renovación.

Con toda rudeza se combatió el Concordato. Únicamente el Magistrado, impertérito, insistía en la aprobación, luego de introducirse ciertas reformas necesarias, en cuanto a lo administrativo. Pero en la esencia y exigencia moralizadora el pacto no fué variado.

Vigente el pacto y elevado a categoría de Ley, vino la parte más difícil y que más

interesaba a García Moreno: la reforma de ambos cleros.

Se dió comienzo por el principio. Para ello convocóse un Concilio ecuatoriano. Aquí fué echada la primera piedra del edificio futuro. No quedó omitido detalle alguno, por insignificante que fuera. Se discutió y se aprobó casi todo lo referente a la vida interna y social de la Iglesia ecuatoriana. De modo que los dos Concilios que luego después se reunieron, durante la misma época garciana, muy poco tuvieron que hacer.

En el primer Concilio nacional se fundamentaron las relaciones de la Iglesia con el Estado, lo que era de importancia suma para el programa de García Moreno. Después se discutieron y establecieron las relaciones de la Iglesia con la sociedad, para terminar con la definición de las normas que seculares y regulares observarían entre sí y consigo mismos.

Se dispuso la severidad de las costumbres. Quedaron establecidas graves penas para quienes asistieran a espectáculos públicos; no llevaran el hábito talar o no dejaran descubierta la tonsura. La solicitud de García Moreno exigió minuciosa reglamentación de la vida privada de los clérigos, sobre todo de los párrocos, a quienes se impuso terminante prohibición de entregarse

al comercio, a todo género de lucro y a todo género de diversiones.

No se olvidó el decoro de la Casa de Dios. El Concilio prescribió la decencia del templo y la estética en la liturgia, pues las costumbres groseras habían manchado el esplendor y el sentido histórico de una y otra, sobre todo en las iglesias parroquiales, donde a la despreocupación añádiase la falta de recursos. Tanto la miseria como el lujo son señales de decadencia. Por tanto el reformador observó que la decencia había de imponerse como norma del culto.

Sin embargo, fueron las costumbres las que más preocuparon a García Moreno. Las costumbres del clero, causa de bien o de mal, de licencia o disciplina, de salvación o pérdida en considerable número de instituciones sociales. Obrera infatigable de la cultura, la Iglesia ha sufrido mayores decepciones por culpa de la relajación de monasterios y clérigos seculares, que a consecuencia de los ataques de índole puramente externa.

Nada habría hecho García Moreno por la causa eficaz de la cultura, olvidando voluntaria o involuntariamente la reforma de la vida religiosa.

En la consecución de este fin empleó medidas que muchos creen llegadas al extremo. Sobre todo aquellos que siempre

quisieran ver en el clero a la manada, al rebaño bobo de obedientes ciegos al espíritu laicizante. Y fué esto, de modo concreto, lo que más anheló el Magistrado: suprimir, en definitiva el argumento que adquiriría ya, en fuerza de la relajación, carácter de premisa general en contra del catolicismo ecuatoriano.

Los medios empleados fueron muchos. Seminarios en todas las diócesis que existieran o se crearen con posterioridad. Pero Seminarios, verdaderos Seminarios, en reemplazo de los decadentes. Establecimientos de enseñanza adecuada a las modalidades nuevas, a las llegadas de afuera y a las impuestas por el reformador. Enseñanza moderna, sólida, en lo posible original, sin que por esto se descuidara la parte moral y ascética, en todos los centros de formación eclesiástica, sean conventuales u ordinarios.

Sobre todo, se introdujo con verdadero fervor la práctica, el catolicismo de práctica, pues sobre él fundaba García Moreno —hombre integralmente cristiano— la nueva organización que llegaría a imponerse por acuerdo de los Prelados y los superiores o provinciales de los monasterios existentes en el país.

Esto en cuanto a la preparación. Por lo que mira a los procedimientos de cura,

García Moreno empleaba métodos quirúrgicos de urgencia. Todo miembro gangrenado recibió la amputación como mejor tratamiento. La nimeidad o el respeto humano o social no detuvieron el terrible brazo. Previamente se solicitaron a Roma las indispensables licencias. Y con este escudo, sobre la autoridad moral del Delegado Apostólico, el Presidente acometió una de las mayores intromisiones de toda su vida fatigada con grandes espectáculos. Investido de poderes olímpicos, desparramó rayos y centellas.

Como las demás reorganizaciones garcianas, produjo ésta el consiguiente escándalo. La situación a que había descendido el clero. Los medios empleados para regenerarlo. La celeridad de las resoluciones. Todo agitó el contorno.

Si un religioso no guardaba o no quería guardar en cabal rigor las normas tradicionales de su religión, debía buscar libertad correspondiente para su vida, pero exclaustándose de manera perentoria, antes que con él hicieran ejemplo. De este modo el relajado haría menos mal a la Iglesia ecuatoriana, a la comunidad cuyas normas exorbitaban dentro su espíritu, y a la propia persona.

Mientras tanto, en el fondo del claustro, ajena a la tormenta, una preparación

atinada, al mismo tiempo que sabía, educaba en el santo temor de Dios, es decir educaba en la virtud de la sapiencia y en la sapiencia de la virtud, a la nueva falange, a las plantas nuevas, a los neófitos que vendrían a relevar a los prófugos o a los caídos.

La formación de este relevo la intentó el Presidente con auxilio de elementos sanos, traídos desde lejos, desde centros donde el florecimiento podía hacer tales préstamos. Con este auxilio se podó la viña para echar al fuego la porción sarmentosa, y se seleccionó el grano arrancando la cizaña. Grupos de religiosos de varias comunidades acudieron al llamamiento imperioso de García Moreno. Y los afanes fueron tales, que el éxito premió las solicitudes de uno y de otros.

El clero secular, el más expuesto a las seducciones de la vida mundana; tuvo sobre sí la constante mirada de García Moreno, celoso defensor de la moral personal y colectiva, y mucho más de la moral religiosa. Esto no significó nunca la esclavitud de la Iglesia ecuatoriana, recientemente salida del potro en que le dejaron la Colonia, Gran Colombia y la primera República. Más bien esto significó la manera cómo el Presidente aseguraba las garantías de que tan necesitado anduvo, por entonces, el cato-

licismo militante.

Se acumularon los argumentos contra las enérgicas palabras de García Moreno a los prelados. "En cuanto a mí, yo os ayudaré con todo mi poder: nuestros decretos serán respetados; pero, es a vosotros a quienes toca juzgar y castigar a los culpables". Y estas ótras dichas al tímido metropolitano Riofrío: "Es necesario sacrificar la vida si Dios lo quiere, por el honor de la Iglesia. No sufriré jamás, sabedlo bien, que nadie falte a su deber".

Rugió la oposición contra el "tirano" que ya no guardaba respeto alguno ni demostraba consideraciones para nadie. Las palabras pronunciadas sobre la actividad escasa de Monseñor Ríofrío, constituyeron el mayor ultraje, en opinión interesada de los antigarcianos. ¡Ultrajar de modo tan villano al anciano obispo de Quito, por el único delito de no servir para motor de una empecinada reforma!...

La gente liberalista y la clerecía liberalizante gritaba la misma monótona canción—tan monótona antes como ahora—de la jerga democrática: libertad de pensamiento, libertad de conciencia y, por consiguiente, libertad de libertinaje. Sacerdotes hubo que llegaron a costear la prensa anticlerical, es decir la prensa antigarciana. Asalariaron plumas que escribían Honor

con una H enorme y en nombre del tal honor, vomitaban la inmundicia del fango encima de algo que suficientemente, a la vista de todos, dejó consignado García Moreno, para que fuera menester la apología de la calumnia.

Sin temor de exagerar: en ninguna otra manifestación fué más combatido el garcianismo, como en todo aquello que representaba solidez de construcción para el futuro: la reforma religiosa y la reorganización de la cultura. Y esto por una razón de índole muy amarga, si consideramos la peculiaridad nuestra, enemiga de todo lo serio y definitivo.

La obra garciana significaba nada menos que liberación. Los patronatos y más yugos impusiéronse con fines de beneficio económico y lucro partidarista. Esto es incuestionable, como que siempre el Estado no reconoce gratuitamente la personalidad jurídica de la Institución Eclesiástica. Así sucedió antes y así sucede ahora. Como será siempre que el Estado no mire en la Iglesia su categoría trascendental. García Moreno no discutió la primacía de la Iglesia. De hecho la impuso. La reconoció de manera brillante, desconcertante para sus adversarios. Para el reformador, la soberanía espiritual era de esencia ultra superior la supuesto origen del poder simplemente

político, el pueblo y la soberanía democrática. Soberanía, casi siempre, de cartón.

Las gentes se escandalizaban cuando alguno de los llamados desafueros del presidente revestido de inaudita cólera y un dramatismo aterrador, arrancaba de golpe el abuso inveterado o la pestilencia original. Como con rayos, la planta nociva se veía arrancada desde la cepa. La mano inapelable de García Moreno, mano limpia, de direcciones sanas, mano del que ama y no del inmundo moralizador que alecciona con el odio, fulminaba el castigo ejemplarizador. Y bastaba una lección para el clérigo y los clérigos libertinos. Y bastaba una lección para el clérigo y todos los clérigos borrachos.

Las gentes se escandalizaban. Pero el remedio quedaba definitivamente administrado. Una vez por todas y para siempre. El secreto del remedio estuvo, en no perder el tiempo con la vanidad de literaturas moralizadoras o antialcohólicas, verbigracia. El éxito del tratamiento detonante consistía en lo mismo que se trataba de extirpar: el escándalo. García Moreno armaba un escándalo monstruoso. Y con el escándalo curaba el escándalo. En esto se anticipó al moderno tratamiento de extirpar el mal con el mismo mal.

La víctima de lecciones tan crudas, no

con una H enorme y en nombre del tal honor, vomitaban la inmundicia del fango encima de algo que suficientemente, a la vista de todos, dejó consignado García Moreno, para que fuera menester la apología de la calumnia.

Sin temor de exagerar: en ninguna otra manifestación fué más combatido el garcianismo, como en todo aquello que representaba solidez de construcción para el futuro: la reforma religiosa y la reorganización de la cultura. Y esto por una razón de índole muy amarga, si consideramos la peculiaridad nuestra, enemiga de todo lo serio y definitivo.

La obra garciana significaba nada menos que liberación. Los patronatos y más yugos impusieronse con fines de beneficio económico y lucro partidarista. Estó es incuestionable, como que siempre el Estado no reconoce gratuitamente la personalidad jurídica de la Institución Eclesiástica. Así sucedió antes y así sucede ahora. Como será siempre que el Estado no mire en la Iglesia su categoría trascendental. García Moreno no discutió la primacía de la Iglesia. De hecho la impuso. La reconoció de manera brillante, desconcertante para sus adversarios. Para el reformador, la soberanía espiritual era de esencia ultra superior la supuesto origen del poder simplemente

político, el pueblo y la soberanía democrática. Soberanía, casi siempre, de cartón.

Las gentes se escandalizaban cuando alguno de los llamados desafueros del presidente revestido de inaudita cólera y un dramatismo aterrador, arrancaba de golpe el abuso inveterado o la pestilencia original. Como con rayos, la planta nociva se veía arrancada desde la cepa. La mano inapelable de García Moreno, mano limpia, de direcciones sanas, mano del que ama y no del inmundo moralizador que alecciona con el odio, fulminaba el castigo ejemplarizador. Y bastaba una lección para el clérigo y los clérigos libertinos. Y bastaba una lección para el clérigo y todos los clérigos borrachos.

Las gentes se escandalizaban. Pero el remedio quedaba definitivamente administrado. Una vez por todas y para siempre. El secreto del remedio estuvo, en no perder el tiempo con la vanidad de literaturas moralizadoras o antialcohólicas, verbigracia. El éxito del tratamiento detonante consistía en lo mismo que se trataba de extirpar: el escándalo. García Moreno armaba un escándalo monstruoso. Y con el escándalo curaba el escándalo. En esto se anticipó al moderno tratamiento de extirpar el mal con el mismo mal.

La víctima de lecciones tan crudas, no

volvía por la senda repleta con el griterío ensordecedor de la pedagogía más curiosa. Con una pedagogía estrictamente lógica dentro de un temperamento como el garciano. El Presidente, en casos como éstos, jamás procedió con dulzura o cautela. Por el contrario, su originalidad férrea aplicaba los cauterios más terribles, procurando que en carne de una sola víctima hallaran testimonio todos los clérigos del país.

Esta manera de ejemplarizar, tan curiosa, no tiene sin embargo la aparente explicación que puede dársela vulgarmente. Es, ante todo, sano deseo de disminuir, en lo posible, el número de castigos, de ahorrar las vejaciones, de sentar el principio general de la punición sin consideraciones a las personas, mas únicamente a los delitos. Esta manera genial de castigar a todos en uno solo, nos revela algo contrario al tirano, inventor de suplicios o acumulador de víctimas. García Moreno fué el moralizador. Supo extirpar el mal no en las ramas, sino en la cepa. Dígase, si no, cuántos clérigos morigerarían sus procederes con el espectáculo del ebrio revestido de hábito talar y silvado por la turba?

Así castigaba al mal clérigo, el monstruoso reaccionario, que ató al carro funesto del despotismo clerical, la naciente república, confiada en mala hora a su go-

bierno.

¿Cuál de los señores liberales o conservadores hizo por moralizar la clerecía, lo que en minutos hizo García Moreno, en las barras del Congreso o las calles de Quito?

Sobre todo, nadie hará lo que García Moreno en favor del clero y la Iglesia ecuatoriana, en los poquísimos años de la primera administración.

¿Se quiere un argumento en favor de los procedimientos garcianos? Recuérdese que nunca protestó contra los "atentados" de esta índole la voz de prelado alguno o de tal o cual esclarecido hombre de ciencia o virtud. La voz taimada, la voz hipócrita, protestó contra los desafueros. Y protestó contra aquello que habría aplaudido, si es que en la fuente de la intención no hubiera estado la santidad del fin o la previsión cristiana en el más alto grado. Sin embargo, sea dicho que las defensas mal intencionadas o las lecciones de moral teórica dadas por los laicos al clero de ese entonces, fueron huérfanas de resultados benéficos mediatos o inmediatos. Jamás tuvieron el efecto automático de los monstruosos desafueros del tirano.

La Iglesia ecuatoriana debe a García Moreno deuda incalculable. Porque al mismo tiempo iba sembrando la virtud, valiéndose de medios adecuados contra los

males que combatía. Y la terapéutica empleada, a más de curativa en grado sumo, fué sapientemente preventiva. La energía del Estadista bien pudiera servir de modelo en cualquier período de reconstrucción religiosa.

La gestión administrativa religiosa preocupó al Presidente, bajo el aspecto sociológico. Hombre de ideas profundas y realizaciones prácticas, García Moreno, jamás hubiera dejado sin los cimientos necesarios la sólida fortificación. Durante la primera administración, las diócesis de tres que eran —Quito, Guayaquil, Cuenca—llegaron a seis. A la iniciativa del Presidente se debió la creación de las diócesis de Ibarra, Riobamba y Loja. Durante el segundo período se propendió a la erección del obispado de Portoviejo, simplificándose de este modo la más difícil de las administraciones eclesiásticas del Ecuador. Siete obispados, como si se dijera siete candelabros o las siete Iglesias del Señor.

Sobre todo, García Moreno, comprendió la lección de los siglos. Y la escuchó sin miedo ni respetos. Y con ella y por ella libró las más valientes campañas de prensa, parlamento, política y reorganización social. Comprendió el sentido profundo del motor religioso en las sociedades.

El móvil religioso es el menos superfi-

cial. La lengua y la historia no le igualan en potencia cohesiva. Es el secreto más íntimo de las nacionalidades. Pero es, al propio tiempo, el más delicado.

Cuando las instituciones públicas ritman con aquella viscera invisible, llegan a la plenitud de expresión. Las grandes prosperidades y los apogeos no la descuidan nunca. Ni siquiera el bienestar material se establece en ausencia de este móvil.

El ideario garciano era el de su pueblo. Luego, concluyó, con el lenguaje inapelable de los hechos, se debe dar inmediata satisfacción a las necesidades espirituales, inevitable contrapeso de la vida material.

Pero todo esto, fuera de las asechanzas sectarias. El empedernido reformador no quiso la esclavitud de su obra maestra. La quiso exteriormente libre de las garras políticas. E internamente libre de la auto-infección de los malos religiosos.

Comprender el factor religioso en la armonía social, es robustecer la vitalidad social. Sumarlo a todos los demás factores de nacionalidad, es hacer completa nacionalidad. En este sentido, el Ecuador nunca fué más ecuatoriano que en la época de García Moreno, el "clerical".

Capítulo Quinto

Constitución y Realidad

HAGASE constar expresamente que García Moreno nunca jugó el papel de moderado, de tímido o de pacifista. Estas manifestaciones de la mediocridad no se realizan en temperamentos fuertes, dominadores o geniales.

El "justo medio", que es virtud comercial por excelencia, la prudente actitud de equidistar entre dos extremos, la falta de coraje para ser radicalmente inflexible o extremadamente malhechor, son de exclusiva idiosincracia entre débiles de constitución y débiles de espíritu.

Los hombres que nacieron con alas poderosas, son apasionados más allá del límite prudencial, obran violentando a los otros y

violentándose a sí mismos. Suben por la torentera, se yerguen donde los demás caen, se regocijan donde los demás flaquean. Entre el tibio y el fanático, media igual medida que entre el avestruz y el águila. Poco importa, después, que el rayo fulmine la audacia de la orgullosa rapaz. El estampido del fracaso o la tragedia del naufragio, resultan, al fin, más estéticos que la vulgar postura de esconder el miedo entre la caridad movedisa del polvo.

Conque, débese, por amor a lo bello, preferir la elegante postura del hombre apasionado. Pero no solamente por sentido estético son admirables los temperamentos de pasión y violencia. Esto los reduciría al muy selecto público de los escogidos, de los escasos en número. Son admirables y debemos preferirlos, porque la convicción ardiente y sincera, se merece el respeto ardiente y sincero.

La convicción que arrastra hasta los extremos a los hombres con alma de hoguera, es doblemente admirable. En primer término por ser obra de largo conocimiento, robustecido fruto del estudio, elegante flor de existencia pertinaz. Y luego, porque es obra de carácter y voluntad inflexibles. En aquello de la convicción no anda el raciocinio únicamente, viste del color y alienta del calor volitivo, móvil que marca

de modo principal la directiva. Toda convicción es razón con órbita de voluntad. Ni es puro intelecto. Ni es simple impulso. No es mero teorema, tampoco es capricho fugaz. Si se comprendiera en esta integralidad a los hombres, rectificaríamos muchos criterios erróneos.

En Gabriel García Moreno hay paralelismo en esta dualidad. Formación e instrucción siempre caminaron acordes. Descendiente de familia ilustre, gozó de las preeminencias del ancestro. Hombres de virtud, distinguidos en el ejercicio de alta moralidad individual y pública, los de la parentela garciana ocuparon siempre el lugar correspondiente a las mejores capacidades.

El Presidente del Ecuador fué hijo de don Gabriel García Gómez, hombre de esclarecido talento y gran carácter, sobrino de Martínez Aparicio, secretario privado de Carlos IV. Por línea materna, García Moreno, tenía brillo social. Su madre Doña Mercedes Moreno, fué hija de don Manuel Ignacio Moreno y Santiestevan, regidor vitalicio de Guayaquil y caballero de la orden de Carlos III. Doña Mercedes tuvo dos hermanos ilustres, Monseñor Ignacio Moreno Arcediano de la Catedral de Lima, teólogo, publicista y escritor de nota, publicó en el curso de su vida intelectual

profundos estudios acerca de la Supremacía Pontificia y la vida de la Iglesia en el Perú. El otro hermano fué Su Excelencia Miguel Moreno, Cardenal Arzobispo de Toledo y Primado de España. De la parentela garciana fué así mismo el sabio Jesuíta Jacinto Morán de Brutón. Y lo son aún distinguidas familias de Chile y Perú.

No está por demás recordar el ancestro intelectual religioso de García Moreno, para explicarnos claramente su posición política en el medio y la historia de su época. El claustro protegió sus primeros estudios, y la rigidez de los métodos y sistemas de la disciplina religiosa, imprimió en el carácter del estudiante el sello inconfundible con que los actos suyos distinguieron en toda la vida: la marca o huella de seriedad. En el claustro adquirió aquel tremendo ardor para el trabajo y aquel odio terrible a la diversión o al pasatiempo. Hombre de rigorismo kantiano, en cuanto a la práctica existencial, jamás sumó con la unidad de su persona la cantidad infinita casi, del rebaño de la diversión. El talento despejado del estudiante precoz, hízole comprender la incompatibilidad del rigorismo moral y la plaga social—económica de la diversión. Desde muy joven aprendió que ésta asesina los ideales, siega las energías, y es guardiana de vidas repletas con la inmensidad de

las promesas.

Educado en la solidez de los principios, García Moreno, nunca los relegó a segundo plano. Los principios son el principio y por allí comienza la norma de conducta guiada en estricta lógica. Un hombre sin principios, es un hombre sin finalidades, sin planos espirituales superiores, sin raíz y sin proyecciones. Es la cantidad que nunca individualiza su unidad de persona.

Tras los principios llegan las consecuencias. Porque de nada servirían si no franquearan el estado de la teoría, de la que están llenos el mundo y los mundos. Puede la teoría existir sin ser formulada, mas de de ella nada obtienen la razón o la voluntad. Para subsistir, urge la fecundidad de la misma. Y, ante todo, compete a la mente actualizarla y no sólo al intelecto demostrarla o desvirtuarla.

Más que teórico, practicante de su catolicismo, García Moreno, llevó al terreno de la actividad política los principios bebidos en la infancia y en la juventud. Sin miedos ni vacilaciones, con la frente transparentando la firmeza del ánimo, por entre la turba, pasó escribiendo el nombre de Dios, allí mismo en donde lo borrarán en nombre de la libertad. Resucitó la edad pretérita, o mejor talvés, echó los cimientos de la venidera, ante el escándalo de los li-

bertinos y los hombres del desenfreno.

La gente conquistó a precio de habilidades estupendas el derecho de pensar y obrar impunemente, sin consideraciones hacia el pensamiento o la voluntad de los demás. El mundo entero se acogió frenético de entusiasmo a esta modalidad política y social. La libertad adjetivizada por la práctica sin medida, se transmutó al contacto de las pasiones contrapuestas, y fué el libertinaje desencadenado, que no admite el dique, que rechaza la valla el momento en que siente la contrariedad súbita o la fuerza opuesta con violencia. Y he aquí, que un hombre irgióse en forma de acero, el solo contra el mundo.

Y remontó el caudal contra corriente. E hizo desandar al derecho político ciento cincuenta años de historia. ¿Quijotería reaccionaria, o empresa descabellada del fanático?

¿Hasta dónde alcanza el impulso de la convicción y de la lógica? La vida pública es proyección de interioridades. En esa pantalla se dibujan para la multitud la abundancia del corazón, los más recónditos pensamientos, por disfrazados o falsificados que se los presenten, la calidad de las intenciones o la calidad de las personas. Los políticos de la amoralidad pueden negarlo, pero la política será siempre una moral en

público, una moral en grande.

La vida privada de García Moreno, hombre impositivo y dominante, fundábase en toda la integridad de los principios católicos, sin fallas, ajenos a toda clase de quiebras, coordinados hasta en el mínimo detalle. Luego, la más pura doctrina católica debió imperar en política y en Derecho Público, o este personaje de un solo bloque hubiera dejado de ser García Moreno.

El derecho político, cuya expresión material se concreta en los estatutos fundamentales llamados Constituciones, tiene la necesaria urgencia de revestir modalidades peculiares, cuyo olvido ocasiona trastornos sociales o entorpece el camino normal de los grupos humanos.

Es más allá de evidente que las naciones están edificadas por elementos materiales y morales, además de corrientes generales, sean éstas sentidas, adquiridas o perseguidas. La historia, el idioma, la raza, las creencias, el comercio, las etapas de civilización y los fines de cultura.

Entre estos factores y otros que se omiten, hay algunos cuya premura no admite posposición, y mucho menos rechazo. Son como el alma de las colectividades y el aliento del enorme cuerpo político.

Luego, el Derecho Público, primera expresión de la esencialidad colectiva, debe

consagrar las causas de nacionalidad y los factores que originan la misma, ya por su calidad de generales, ya por la fuerza de cohesión que representan. En caso contrario, el derecho de expresión nacional, será una de tantas pretensiones particularistas, el formulario de los procedimientos de bandera o del grupo momentáneamente victorioso.

La filosofía de la historia hizo comprender a García Moreno una verdad, antes como ahora, relegada a situación secundaria, si no enteramente olvidada: las cartas políticas llamadas Constituciones, antes que moldes, deben ser copias auténticas de la realidad circundante. En otras palabras: las Constituciones interpretarán lo que existe, mas nunca dogmatizarán con petulancia creadora de lo inexistente.

Casi todas las Constituciones del Ecuador han pertenecido al género de esta petulancia dogmatista. Alejadas de la tradición hispanoamericana, desde el comienzo trasplantaron los principios racionalistas revolucionarios. Tales principios, frescos aún, se impusieron sobre pueblos nuevos, haciendo lo contrario de lo que imponía la razón. En vez de modelar los sistemas a la medida de los Estados neófitos, se vistió a estos cuerpos con la argamasa de importación europea.

Ni Bolívar se inmunizó contra el mal de la época. También él creyó en las reconstrucciones artificiales, a lo menos en las primeras escenas constitucionales de la política Grancolombiana. Y detrás de Bolívar, todos los legisladores, más o menos fanáticos de los sistemas racionalistas, hicieron de las declaraciones constitucionales, capas de plomo sobre los lomos débiles de nuestro país niño.

Ya caminamos más de un siglo de democracia. Y aún la mayoría, casi la totalidad de los gobernantes, no llega a entender cómo van fracasando los dogmatismos en materia tan realista como es la vida de los pueblos, en cuanto se los considere en calidad de Estados.

Sin embargo el Ecuador presume de quijote del constitucionalismo democrático. Pero en el Ecuador no se respetan el sentimiento ni las tendencias de la ciudadanía divorciada de los procedimientos políticos. El sistema fundamental es un mito, porque no actúa, porque es incapaz de desembarazarse con vigor de la impotencia teorizante.

La tradición falsificadora rebotó contra la conciencia de acero de un hombre virtuoso, es decir fuerte o masculino, en el mejor sentido de la palabra. García Moreno reaccionó contra la formidable mentira de democracias insinceras.

Por ejemplo: el Ecuador era totalmente católico y tenía derecho a principios de gobierno y de Estado netamente católicos. Ciertamente, las Constituciones anteriores reconocieron la oficialidad del catolicismo como religión de la República, y concedieron garantías para el ejercicio del culto profesado por los habitantes del país. Pero era todo eso como una mera permisión, como una limosna que donaba el Estado en bien de los súbditos. Mas no existió en las dichas Constituciones la sinceridad de principios que cimentan el Estatuto de 1869.

Cosa excepcional en nuestra historia política: la única ley suprema que se presentara a la aprobación nacional fué ésta, sellada con un inmenso SI plebiscitario. No obstante es la llamada carta de la intolerancia, redactada por el "tirano y sus aúlicos".

Las otras cartas, las de manufactura puritanamente democrática y liberalista, no han desafiado la prueba del fuego, en una aprobación popular. En ellas, cierto es, consta el nombre del pueblo, escrito con una enorme P mayúscula, como para testificar el préstamo involuntario que hace de su nombre el soberano de las burlas, el dueño de la justicia, el que ceba con carne de justicia las fauces del legalismo.

La Constitución de 1869 fué recibida

por el Ecuador entero, y luego promulgada en Nombre de Dios, Uno y Trino, Autor y Legislador del Universo. Tan ecuatoriana fué la Carta que, una vez desplomado el autor de ella, dió frutos antes desconocidos en las estadísticas electorales. La popularidad y la pureza democrática de las elecciones que exaltaron a Borrero, después de muerto García Moreno, denuncian la autoridad de aquella Ley nacida en la conciencia ecuatoriana de aquel entonces. Y también hay que decir: la calma reinó en la última administración garciana, a la sombra de instituciones que don Gabriel juzgó indispensables para la construcción de la paz del Ecnador.

El imperio de la carta "de la intolerancia" duró hasta que el militarismo enjaulado volviera a romper los hierros de la prisión civil donde le encerrara el presidente de la casaca negra.

Entonces la razón de ser de la ecuatorianía volvió a desaparecer en las fauces de Veintimilla. Este émulo de Urbina, cayó al cabo de siete años, embestido por la ola popular de la indignación. Sólo que esta vez no surgió otro García Moreno, y el desangre de la Restauración dejó al país anémico para la próxima cosecha de los "muchachos" del machete, continuadores de la tradición impuesta, como insignia, por los tau-

ras, los dignos antecesores de la "libertad".

o°

Situémonos en el campo del Derecho Político ecuatoriano de la época garciana.

El Ecuador era entonces un país políticamente libertino, no tanto quizás como lo fué a partir de 1895. Pero sí lo suficientemente libertino para servir de escándalo a los principios sustentados en aquellos años.

Hay que confesar, sin embargo, una horrorosa verdad. Somos un país anarquista, habitado por un elevado porcentaje de elementos colindantes con el acratismo. Sobre todo en los denominados políticos de antes y ahora es sintomático el acratismo. Con otro antecedente histórico: los fusileros, hombres de campaña y no de parlamento, mantenían a la República pregarciana azotada con rebenques del libertinaje, detenidos por las manos de la fuerza llamada pública.

Aún somos anarquistas, pese a que un siglo nos separa de los soldados de la Independencia, y siglo y medio de los teorizantes del racionalismo revolucionario francés.

Las ideas individualistas y despersonalizantes —apenas hay en la historia de las

ideas algo más antipersonal que el individualismo— de la democracia comprendida en sentido de Rousseau, enturbiaron prácticas y nobles tradiciones cimentadas en el costo bronce de la experiencia y, sobre el charco removido, impusieron la mutabilidad del número sobre la sensatez del criterio. Introdujeron el desorden en reemplazo de la serenidad. Redujeron a la monótona condición de simplemente iguales las capacidades superiores y las aptitudes distinguidas.

La alternabilidad practicada como la cetrería o cualquier otro aspecto del arte venatorio, acarreó las avenidas sucesivas de hombres, grupos y partidos, de modo tal que el torrente pronto se vió convertido en vértigo, tanto más peligroso, cuanto mayores eran las manías suscitadas en virtud del clima político exaltado por la calentura.

Codiciar el mando como fin de utilidad individual y no como medio de mejoramiento social. Correr tras el tesoro colectivo, apoyándose en la convicción de que toda responsabilidad dividida es responsabilidad anulada. Retener el predominio entre los de la casta, en turnos de sucesión calculada, por miedo a los “reaccionarios” o a los “ultramontanos”. Predicar las “libertades” y aniquilarlas luego que el sectarismo lo juzgue útil o “constitucional”.

Esta era, poco más o menos la gran de-

mocracia con que se enfrentó García Moreno. Y es igual con la que tendrá que enfrentarse cualquier hombre de intención fecunda. Democracia defensora de privilegios, sancionadora de exclusivas en favor de un puñado explotador del pueblo, el eterno objeto de ludibrio en nombre de la propia soberanía.

No se puede negar que en aquel tiempo alentaron pasiones nobles. Hubo, entonces, iluminados, creyentes en los cánones liberales, de los cuales hacían mezcolanza con postulados cristianos. De esta escuela fueron muchos esclarecidos varones, los que integraron la oposición derechista a García Moreno, sobre todo. Fueron ardientes defensores del constitucionalismo en la forma republicana ideal. Formaron estos repúblicos, los más de ellos eminentes, lo que se dió en llamar catolicismo liberal, o simplemente liberalismo, pero de una modalidad tan diversa a lo que ahora se entiende por esto en el país. Se trataba de una doctrina con principios ideológicos, un tanto confusos, pero honrados en el fin. Nunca de la banda de foragidos elevada, después, al poder por obra y merced de los campesinos del litoral.

Libertad. Igualdad. Alternabilidad. Principios soñados por Bolívar y degollados por los verdugos del Libertador. El racionalismo intrascendente, menesteroso de a-

poyo integralmente humano, es limitado y mesquino. El individuo no es toda la persona. La persona comprende la parte individual, aquella única parte que el racionalismo sometió a los dictados románticos de la filosofía trunca, una de las más incompletas que haya existido. El hecho mismo de la pirámide invertida, pues no otra cosa significa este sistema a cuyo olvido del aspecto social de la vida humana estuvo encomendada la desfiguración de la Historia, demuestra la incapacidad de solucionar el problema de la complejidad de las relaciones humanas, sobre el vértice del individuo cerrado sobre sí. El racionalismo no abarca la amplitud de la vida humana ni en el tiempo, ni en el espacio, ni en la vida del hombre existencialmente considerado. El hombre no es sólo razón o conveniencia. Es mucho más que el homo sapiens y el homo oeconomicus. Es vida, es muerte, es amor, es dolor, es tragedia, es destino, es emoción, es tendencia, temperamento, necesidad de asociación, urgencia de apoyo, es, sobre todo, menester moral que satisfacer. Y es tantas otras cosas que caen fuera del dominio de la razón. Luego es miserable el racionalismo que trata de enterrar en su mezquindad tanto de insalvable que hace la personalidad. Bien hizo asomando en política con el modesto nombre de individualismo. La indi-

vidualidad en estricta filosofía, desde que la poseen el mineral, la planta y el bruto, es apenas la cantidad de materia en que se concreciona una sustancia. El individualismo es, pues, el sistema político de la vestidura humana, el sistema que trata de operar con las cortezas, con lo meramente externo y aprehensible. Es un sistema encargado de olvidar la tercera dimensión, no posee profundidad y está incapacitado para poseerla por siempre jamás.

Libertad. Igualdad. Alternabilidad. La aplicación de ellas dista tanto de la teoría, que las miraremos de cerca, actuando en la pirofera de las ambiciones, para luego verlas cómo se injertaron en la retardataria Constitución de 1869.

El término libertad no debe entenderse en el sentido de irrestricto derecho de obrar conforme a la voluntad buena o mala del sujeto. El sentido propio es éste, bajo pena de abolición de todo equilibrio social: el sujeto es capaz de moverse dentro la órbita señalada por la ley, órbita en continua disminución mientras aumenta el número de posibles relaciones jurídicas o naturales entre los hombres, del mismo o de distinto grupo. Esta es la esencia del concepto libertad.

¿Y la igualdad es posible? Se dice que la igualdad absoluta no existe, pero que son

concebibles regímenes de relativa igualdad. Dos cosas son iguales o son desiguales, sin admisión de término medio, porque no lo es la semejanza ni siquiera la analogía o la equivalencia. ¿Y cómo seremos iguales los hombres si biológicamente somos desiguales? Las capacidades, los temperamentos, las actividades y tantos otros factores de particularización, son escalones que desnivelan a los hombres. En la manera de realizarse cualquier orden político, se impone la jerarquía, es obligatoria la diferencia entre gobernantes y gobernados, entre autoridades y súbditos. Y háblesenos de la igualdad relativa.

Luego viene la responsabilidad. Esa identidad del hombre con sus propios actos, cualidad fundamental de él y raíz de la personalidad. La persona es sujeto de atribución, en virtud de que es persona, y la mengua de la responsabilidad es el fracaso de la persona. El individualismo creó aquello que vino a denominarse I égo partidos políticos, y son el primer motivo delicuescente del hombre y la propiedad de sus hechos. El ente responsable ya no es en integridad desde que actúa en un medio predefinido y muchas veces hostil a la voluntad particular. Sin embargo, el partido político no es el peor enemigo de la facultad de responder. Lo es la responsabilidad mis-

ma de la función gubernativa, fraccionada en las milésimas o las millonésimas del engranaje burocrático, en la división de los poderes y atribuciones, en la deficiencia de los ungidos por virtud del simple número.

Finalmente aparecen las orejas lobunas del otro fundamento del caos: la alterabilidad. La pasión humana en escape, puede saciarse con el corto lapso de un período constitucional. Mas cada nuevo gobernante es otro experimento curioso, que a su vez será obligado a ceder el campo al ensayo posterior, quizás en momentos en que comenzaba a adquirir el caudal de la experiencia. Mientras tanto la mayoría encuéntrase forzada a contemplar el inacabable desfile de improvisaciones emprendidas a costa de ella, contra la voluntad de ella, pero sí a nombre de ella. Si el poder inamovible degenera en el abuso, la alteración veloz o la sucesión de corta intermitencia, degeneran en el delirio. En la práctica no existe la moderación entre los dos extremos igualmente fatales. Se entiende en la práctica democrática ecuatoriana.

Libertad, igualdad, alternabilidad, responsabilidad: he allí a lo que habían quedado reducidas, con más las agravantes peculiares a nuestro medio y clima moral. El binomio ante las miradas de García Moreno era éste: arriba el desenfreno, abajo la hu-

millación de la masa. Además una ejemplar irresponsabilidad administrativa, judicial y hacendaria. Y la voracidad de los cazadores del poder. Todo ésto, pese a la acción vivificadora de Don Vicente Rocafuerte.

La constitución garciana se propuso extirpar tal género de adelantos, llamados conquistas libertarias. Por eso se la calificó de retrógrada y retardaria. Si García Moreno derrocó dos gobiernos constituidos a la usanza democrática, sencillamente fué porque su espíritu revolucionario jamás contuvo los detritus de la conformidad o la complicidad con la falsía. La superioridad espiritual posee ciertos fueros que le permiten conducirse de modo distinto y hasta en contra del común de los humanos. Si alguien de la masa hubiera realizado lo mismo, quizás en el intento habría sido huérfano del ideal reformista. Pero el "tirano" derribó para construir. Si los que destruyen comprendieran la obligación de construir que comporta el gesto iconoclasta, odiarían menos o no odiarían a García Moreno.

°°

Tomémonos el trabajo de abrir la Constitución de 1869. Sabemos que fué redac-

tada en nombre de Dios Legislador y Autor del Universo, para luego someterla a la aceptación del pueblo.

García Moreno no idolatró al ídolo de las falsas declaraciones. Tampoco le engañó. Tratóle en la realidad clara y sencilla de depositario del poder supremo de Dios, fuente de la autoridad, del poder y la justicia. Y consecuentemente con esta premisa, al pueblo se dirigió solicitándole aprobación para la Carta recién elaborada, aprobación moral auténtica y necesaria cuando los hombres saben que deben gobernarse por sí mismos. Aprobación política y jurídica, superior y anterior a la puramente legalista del sello y la rúbrica oficiales. Ante la aprobación popular, ¿qué sentido posee un "ejecútese", cuando lo ejecutable es la sentencia de muerte de los derechos mayoritarios? Sin embargo, en el Ecuador, resultaron mucho más democráticos los procedimientos de la imposición que tanto sabe de preguntar a la ciudadanía si acepta el pacto o nó. De los catorce mil y más ciudadanos que en esa ocasión estuvieron en capacidad de manifestar su voluntad política, apenas quinientos salvaron el voto o rechazaron el Estatuto. ¿Cuántos centenares de ecuatorianos aprobarían las cartas elaboradas después por el liberalismo?

Para estudiar la Carta de 1869 hay que

tener presente una realidad: García Moreno era un profundo católico y legislaba para un pueblo tan católico como él. Sentado el precedente, no cause admiración si el mandatario legislador no temió llegar a las últimas consecuencias, aún contra la mofa de los adversarios, pocos en número y terribles en la acción.

Los pactos supremos redactados con anterioridad a 1869 reconocían la religión oficial y hasta consagraban la defensa de ella. Pero esta última estableció que el Estado no sólo tenía colorido religioso, sino que, en consecuencia, debía vigilar por la integridad del Catolicismo, haciendo para ello solemne declaración de conservarlo siempre con los derechos y prerrogativas de que debe gozar según la Ley de Dios y el Derecho Canónico. Es decir este reconocimiento no era concesión, mas el límite con el que la mayoría católica del país ceñía las pretensiones absolutistas del Estado. Si el reconocimiento del mayor entre todos los derechos, el derecho de creer, se llama opresión, no es dable concebir qué cosa sea la libertad.

Y si la mayoría católica impone limitaciones de esta clase a la autoridad civil, ésta en cambio ¿por qué no ha de exigir el requisito de católico al ciudadano, requisito previo al reconocimiento de la persona en

sentido político, por parte del Estado? Luego, nada más lógico que la Constitución exigiese el catolicismo como premisa indispensable para ser ciudadano. Esto se llama, en dialéctica, ser consecuente con los principios. Porque toda premisa sentada rotundamente es la virtualidad de una ruta necesaria, y la perspectiva de una meta que no la rehuyen sino los hombres que no son valientes. Es decir, que pocos suman la cifra de la dialéctica en acción. La lógica campea en este Documento Supremo. En él no hay una sola contradicción, las partes subordinanse al todo de un pensamiento robusto e igual. Así debió ser el único pacto celebrado entre el Ecuador y los poderes públicos, en ciento y más años de vida republicana.

Luégo de considerado el aspecto religioso, se impone el aspecto político y técnico de la Constitución de 1869.

Quedan anotadas las realidades democráticas en que tuvieron que manifestarse los fundamentos del sistema racionalista, realidades agravadas todavía más, junto a la cabecera de las democracias moribundas. García Moreno manifestóse en rol reactivo mucho antes de que el mundo evidenciara la quiebra liberal.

La libertad de él encontró molde en frase que ha llegado al dominio común: "liber-

tad para todo y para todos, menos para el mal y los malhechores". La gente desprovista de moralidad, no entraría en la cantidad ciudadana, constituiría cifra negativa, como negativa es la existencia del mal. No hay motivo para escándalo en razonamiento tan sencillo y práctico. La ley de entonces no fué tirana con la honradez y la solvencia moral. Enfrenó el delito, sin distinción entre común y político, y demostró que no es tirana la norma implacable contra el pernicioso, y al mismo tiempo respetuosa del hombre de bien. La entronización de los valores morales en el sitio que les corresponde, es la reforma más interesante que lograra introducir el pensamiento garciano.

La igualdad recibió también el sentido propio. Entre los clásicos, seres viejos tan llenos de cosas nuevas, García Moreno encontró seguramente el principio aristotélico: los iguales deben ser tratados igualmente, y los desiguales, desigualmente en proporción de su desigualdad. Por eso cimentó el principio de autoridad y graduó la jerarquía, a partir del simple munícipe hasta el Jefe del Estado. Establecióse la diferencia indispensable al carácter de cada uno, sin olvidar que esta desigualdad es de esencia en las instituciones públicas.

Por consiguiente sufrió reforma el principio de responsabilidad. En el curso de

estas páginas aparece de continuo el término responsabilidad, porque es la sustancia del personaje que nos ocupa, es el principio garciano por naturaleza y al que el Mandatario rindió la ofrenda de todos los momentos de su existencia. Si el Ecuador, mejor dicho, si sus gobiernos hubieran heredado una mínima fracción de esta responsabilidad, cuántas décadas de progreso y cuántas venturas habrían sustituido al panorama de nuestra desgracia.

Si el fraccionamiento del poder público es indispensable en virtud de la fundamental ley de división de trabajo, en la práctica no deja de ser tangible el hecho de la irresponsabilidad creciente. Cuando uno sólo de los órganos de la soberanía desempeña la plenitud de las atribuciones gubernativas, la atribución es posible. Cuando la misma función camina dividida entre distintos órganos, la responsabilidad se diluye, cuando no se aniquila.

El gobierno garciano fué esto: plenitud de responsabilidad. La Carta de 1869 al establecer el predominio del Ejecutivo dió al Mandatario suma crecida de poderes. Pero no se ha visto lo suficiente, que también le dió exorbitante carga de obligaciones. García Moreno quiso con esto, tal vze, demostrar la hombría del gran temperamento que le acompañaba. Pero es evidente que él es-

tuvo allí a responder, cada vez que el "cómo" o el "quién" perfilaban el lomo encorbado de sus interrogaciones.

El ejecutivo fuerte, no se explica solamente por exigencia de despotismo. La filosofía de la historia enseña la lección: los gobiernos unipersonales han sido buenos gobiernos, o los detentadores de la autoridad han borrado con sangre el delito de la deficiencia o el de la demasía. Los gobernantes nacidos del sufragio liberal democrático, las más de las ocasiones, custodian la efigie de su irresponsabilidad, luégo de haber obrado al socaire de codicias, seguros tras el valuarte de la impunidad, una de las magníficas invenciones modernas.

Si García Moreno gobernó como tirano, la Historia le ha vindicado: lavó con sangre las demasías de su gobierno de extraordinaria justicia. ¿Puede exigir algo más la detracción? Afirme más bien que los hechos fallaron en favor de ella.

Pero subsiste la verdad de que el amor es sacrificio. Si se ama la expresión nacional, es sacrificándose por ella, no anulando el sentido de responsabilidad, como se demuestra la eficiencia de la doctrina del amor al pueblo, a la libertad y a la igualdad.

La cinemática de la alternabilidad también recibió el ataque a fondo. Los hombres improvisados, los proyectos envueltos

por el nirvana de la palabrería o truncados por obra del tiempo, la discrepancia de criterios entre antecesores y sucesores, la desconexión lógica del curso gubernativo, por obra de la diversidad humana en puntos de vista y opiniones, constituyeron otras tantas preocupaciones para el legislador del 69. A despecho de las ambiciones, se llegó a consagrar la máxima estabilidad dentro del sistema alternativo. El período legislativo se amplió a nueve años para la senaduría, y a seis para la diputación, siendo renovables las cámaras por mitades. El período presidencial se elevó a seis años y el presidente bien podía ser reelecto. La reforma quería, en lo posible, curar los males de la huracanada alternabilidad, con algo que fuera remedio democrático y al mismo tiempo estable, sin caer en los extremos del senado hereditario o de la autoridad vitalicia. No fué el sistema introducido una demasía, pero sí suplió las exigüidades anteriores. El resultado está a la vista de cuántos poseemos facultad de mirar. Seis años del último período garciano, significan la era constructiva del demoledor. Lo reducido a pavezas no pesará jamás en la balanza del criterio histórico todo lo que pesa la obra realizada por García Moreno. Lo destruído, quizás, en proporción demasiado material, no equiponderaría la milésima parte de lo edificado.

La renovación del Estatuto constitucional, quedó prevista. Un hombre llamado conservador, no olvidó la esencia viajera de las instituciones sociales sobre el cauce del tiempo. García Moreno quiso que su Constitución fuera renovable, al ritmo de los años y del evolucionar humano. Por eso la Carta no llevó la marca hermética de lo rígido. Era abierta al futuro.

Y se cerró la ventana a las posibles cortapisas que las legislaturas pudieran crear a la acción ejecutiva del Ejecutivo. Se acudió, para ello, al medio muy sencillo de dotar al órgano judicial de la facultad de dictaminar acerca de la constitucionalidad o inconstitucionalidad de las resoluciones legislativas. Parece que García Moreno hubiera querido dar al Ecuador una lección para los tiempos por venir. Comprendió que los Congresos constituirían los peores enemigos del orden político, la mejor arma de oposición a los regímenes, o los más útiles eunucos para el resguardo del harem oficialista. Por esos motivos, sin duda alguna, intuyendo leyes sociológicas y de psicología experimental que se formularían después, el Mandatario asestó golpes rudos a la hidra de cien cabezas. Si viviera el Hércules, cómo no se complaciera de sus previsiones al encontrar los recintos legislativos convertidos en depósito de dinamita, o en cubil de conspira-

ciones al aire libre.

Finalmente se debe herir la cuestión más sensible de la Constitución de 1869: la declaración del estado de sitio. Este es el rompeolas del garcianismo: rígido, férreo, provisto de erizaciones tremendas, de barbacanas, de saeteras. Contra el rompeolas se deshizo toda la tempestad, hasta la hora final del drama en escarlata. El estado de sitio implicaba la pena de muerte, no sólo por delitos comunes, mas también por delitos políticos. Esta disposición constituyó, para muchos el meridiano de la intolerancia.

Sin embargo, la verdad debe imponerse. El anarquismo de tipo militarista y las bajas pasiones de tipo civil, obligaron, arrastraron la medida cruenta. El azote necesitaba del freno. Toda la geografía evaporaba sangre, tanto que bien se puede afirmar sin hipérbole, que no había un poblado, por pequeño que fuese, donde notar la ausencia del hecho delictuoso. El número de víctimas no debía seguir creciendo indefinidamente, cuando la energía de un gobierno fuerte —el Ecuador necesita la perenne tutela de gobiernos popularmente férreos— era obligada a cauterizar la arteria, con el tremendo cautín de la pena capital. La intransigencia llora cuando se castiga al delincuente, pero jamás se acuerda de la de-

fensa que exigen, suplicantes, los indefensos, y de la caridad que exigen las víctimas. La responsabilidad llegaría hasta el límite supremo. No se cometerían más delitos, de los llamados políticos, tras el escudo de la impunidad creada o tolerada.

El ánimo se subleva cuando hay sangre desperdiciada en holocausto de pasiones execrables. Sólo el huérfano de la justicia olvida a las víctimas, impelido por un error de perspectiva: el sentimiento de humanidad que nos liga a los semejantes no nos haga olvidar al caído, por simple exceso de amor al delincuente. Este es un ser digno de lástima y, más aún, de la compasión. Mas la compasión no se extienda hasta la complicidad progenitora de nuevos delitos, de otros y otros delincuentes. El bien individual no traspasa el bien social. Por eso no es caridad cristiana hacer el bien a uno solo, favoreciendo cándidamente el mal positivo de muchos.

La espada suspensa al clásico modo que enseñó Damocles, cómo no ahuyentaría del suelo nacional a los conspiradores de la antiecuatorianía, a cada uno de aquellos que es una revolución en potencia o una ambición bastarda en perpetuo asecho.

¿La amenaza constitucional no ahuyentó durante la segunda administración garciana hasta los fantasmas de la conspi-

ración? La banda de malhechores asesinos del Ecuador, desapareció sin dejar huella. Ninguno de ellos había sido capaz de ideales. La medida moral de sus pasiones no llegó a desafiar el instinto de conservación. La vida es la mejor medida de las responsabilidades, y quienes saben sobrellevarlas no se dejan atemorizar nunca por una o mil sentencias de muerte.

La Constitución garciana inició el progreso nacional, el engrandecimiento moral, intelectual y material del Ecuador, desbarbarizándolo pertinazmente, arrancándolo de la fauce militarista.

Si el Estatuto, insuperable para la época, no dió todo el fruto, la culpa es de los traidores que muy pronto emprendieron el peregrino oficio de perforar con bayoneta la obra del pensamiento. Veintimilla es uno de los peores retardarios del progreso ecuatoriano.

Triste gloria la de este militar político. Por fatalidad inherente a su persona diminuta, ejecutó la tarea de corroer la empresa jurídica garciana, por la base. Hay seres que llevan el instinto a ras de tierra, y ejecutan la obra demoledora aunque el edificio los sepulte al derrumbarse.

Capítulo Sexto

Militarismo y antimilitarismo

“LA CASACA negra predominará sobre la casaca roja” exclamó don Gabriel en el colmo de su indignación, ante el espectáculo de un país ratón en las fauces de un militarismo gato. Y añadía: “estas son las galoneadas sanguijuelas del presupuesto”, calculando, indudablemente, el costo inmenso de los inútiles alardes bélicos en una república paupérrima.

Es que hoy como ayer y como mañana, el Derecho requiere y requerirá la limosna de la fuerza. Y su Majestad la Fuerza, asume los caracteres de tal, cuando deviene indispensable en horas históricas tales como las que atravesaba el Ecuador en el trance de ir del parasitismo político a la

vida autónoma.

La fuerza marcó, entonces, su clímax. El delirio del democratismo, el ansia de ocupar el flamante solio presidencial, el prestigio adquirido en el estruendo de la Independencia, colocaban a los políticos de uniforme en liza para batallas inevitables.

El apoyo del Derecho se había transformado, fatalmente, en verdugo de la Justicia. Los galones y entorchados del ropaje brillante, en descenso a la epidermis, llegando hasta allá, convirtiéronse en tatuajes de caciquismo. La metamorfosis de los héroes andinos no pudo ser ótra: de generales a caciques, desde que, emigrando de las páginas de la epopeya, buscaron refugio en las manoseadas fojas del Contrato Social. Los cóndores degeneraron en cuervos.

El fenómeno del militar gobernante —gobernante en el más correcto sentido del término— es curioso en la historia política: César, Carlomagno, Napoleón, Bolívar. Santander, no. Y los militares políticos de la aurora americana eran hijos espirituales del septembrismo santanderino.

Así como el Derecho no puede cohibir, la fuerza no puede legislar. Uno y otra tienen espacio fijo en el área social. Violar o transgredir lo marcado por la naturaleza, no es otra cosa que apuñalear

todo principio de gobierno y organización estatal. De este modo, el militarismo erigido en primer principio —en virtud de las circunstancias por las que atravesaba la incipiente ecuatorianidad— estaba en potencia próxima de ser el primer flajelo, y de hecho lo era: Otamendi, los tauras, etc.

El abuso se convierte en mercancía corriente y el despotismo en moneda de cambio para estas transacciones perentorias donde se cambia al contado el hecho por el Derecho. Cuando impera la política de uniforme, el vecindario no duerme tranquilo, el juez no es probo, el campo queda sin braceros porque huyen los campesinos por miedo al "enganche", la marcha administrativa toma un tinte diverso: se simplifica o se retarda según el criterio militar aplicado a la política y al gobierno.

Sobre estos males pequeños, campeaba el mal grande de las revoluciones, de las sublevaciones, de la indisciplina interna de las tropas. Esta última tolerada o consentida por los jefes, corroía la entraña política, repercutiendo en la economía, como pueden herir los culatazos el cuerpo de una niña.

El Ecuador vagaba sediento de Justicia. No era dable sobrellevar más tiempo el escándalo, la ambición, el egoísmo, la descomposición. Se alzó la civilidad y, gra-

cias a la desorganización del militarismo, logró imponer su intento, que no fue otro que elevar al gobierno un triunvirato integrado por hombres de reconocida virtud, entre ellos el republicano más notable de entonces, García Moreno.

Este aristócrata de la acción tomó a su cargo la obra de dar nueva vida a la fuerza, ya que era él un notable cultor de las ciencias militares. Temperamento varonil, perfectamente conocía lo que vale la fuerza. Intelecto robusto, hombre conocedor de la Historia, no se le escapaba lo que se hace con la fuerza, hasta dónde se llega con ella.

García Moreno salió por los fueros de la política civil. Comenzó encausando al militarismo, empuñándolo con mano de titán, yendo contra todos los desafueros de una tradición, aunque muy corta, profundamente arraigada en la República. Pronto desaparecieron las garras de la soldadesca soez. Comenzando por la chusma generalicia y terminando en el simple soldado sin graduación alguna, todos entraron por el camino del reglamento o salieron del país. Desde Urvina hasta los tauras, todos los monstruos del canibalismo político estuvieron convencidos que las orgías de la vispera pasaron definitivamente de moda.

Un centinela del civilismo se había ade-

lantado a ponerse como vigía junto a los altares del orden y la justicia personal y social. Ante la vista no quedaba sino un dilema: racionalizarse o huír. Los más optaron por lo segundo.

García Moreno se contentó con esto y comenzó su obra. Cuando un hombre quiere de verdad, actúa dónde y como puede.

Después de la campaña que culminó con la toma de Guayaquil, luego del triunvirato formado en la Capital y cuya alma fué don Gabriel, el militarismo antiecuatoriano comenzó a ser perseguido como una peste. El país presintió que viviría con seguridad y con paz, libre de la pesadilla de las fieras negras, acarreadas de las montañas tropicales para servir de instrumentos de dominación o venganzas personales. Se creyó en la supresión definitiva de esa oficialidad acanallada por la ambición política y el cohecho. Se esperaba la derrota final de los asalariados, los piratas, los enganchados de norte y sur que desde lejos hostigaban incesantemente a una casa pegada fuego por dentro, y cogida a tres fuegos por fuera.

Los soldados de la Independencia acostumbraban mirar las naciones libertadas como simples cosas de su manufactura, y así pretendían disponer de ellas como dueños absolutos. Tal caudillismo, por lo mismo

que obedecía a causa histórica de tanto prestigio era más temible, cuanto que arraigada hasta muy adentro, daba el aspecto de veterana. Los héroes, héroes en cientos de combates, acostumbraban partir diferencias a golpe de sable, y ponían, sin reparo alguno, la espada de Marte en la diestra de Astrea, considerando insuperable cualquier resolución violenta, por más que el Derecho quedara mal librado. El brillo del uniforme, el número de las bayonetas, las lecciones mal aprendidas de los demócratas a ultranza, eran, además, otros tantos factores de predominio peligroso.

Si el carácter garciano no hubiese adoptado una actitud de oposición violenta, también habría fracasado el gobierno que se instauró luego de la famosa revolución que como consecuencia alejó a varios tiranos de alto coturno, de cuyas garras rescatóse el Ecuador, aunque no del todo de sus asechanzas. Sin esta revolución, sin esta enérgica actitud de García Moreno contra los pilluelos de sable, sin esta expulsión de los demagogos, la nación hasta muchos años después no hubiera entrado en el concierto del latinoamericanismo, ni habría asumido las características propias de ella. Recostada del mismo lado, sobre su dolor, sirviera de ejemplo de ineptia, quien sabe hasta cuándo, a no ser por la dolorosa acti-

tud de enderezamiento a que le obligó el régimen garciano.

La lucha asumió proporciones desesperadas. Basta saber que los enemigos más numerosos y terribles que halló García Moreno, salieron de entre los uniformes. Los enemigos de mayor categoría, es decir los rivales de orden intelectual, le combatieron con armas iguales o inferiores. Mas los detentadores de la fuerza le persiguieron con armas inmensamente superiores: contaba con los arsenales de Colombia y del Perú, con la pericia adquirida en largos años de guerras y en innumerables revoluciones, con el espíritu revoltoso y libertino capaz de toda aventura y de cualquier crimen.

Un espíritu disciplinado por estudios serios, ordenado por trayectorias rígidas, un carácter caldeado en el crisol de una justicia hasta cierto punto exagerada, mal podía tolerar una institución, llamada a la conservación del orden, en estado de postración, rodando en el fango de la abyección no tan sólo moral sino material.

Y como hombre de método comenzó limitando el número de individuos en servicio activo. No tenía necesidad de ejecutar revoluciones a mansalva, no era un técnico de ellas, ni tampoco un usufructuario de las carnicerías. Luego, no era menester

quedarse con crecida cifra de pretorianos.

No ambicionaba la demostración de superioridades personalistas, sino el imperio del Derecho. Tampoco estimaba en más de lo justo los abalorios y miriñaques que tanto recrean los ojos del vulgo. Empeñóse, por tanto, en dejar los brillos de charreteras y condecoraciones, reducidos a lo estrictamente indispensable.

Cierto que García Moreno subió ayudado por la fuerza, pero usó de ella conforme a razón, dándole un valor de conservación social y no un valor de sostén político.

Por todos los medios persiguió la inmoralidad de los cuarteles, la que a diario originaba disturbios, también a diario olvidados por las autoridades militares. La libertad de conciencia fomentaba el libertinaje, talvez con el fin premeditado de empañar más el criterio de la soldadesca.

Cuando García Moreno introdujo la disciplina religiosa en las unidades de toda la República, el escándalo de los "librepensadores" no tuvo límite, al ver al sacerdote o al fraile predicando ejercicios espirituales durante cuaresma en los cuarteles, y a los elementos del ejército comulgando durante los días de semana santa. Es que el orden moral no era, para García Moreno, mero accidente dentro de la vida hu-

mana. La conducta, bien sabía él, es fuerza que requiere un contrapeso, El derecho de obrar se contrabalancea con la obligación de obrar bien. Quién sabe si el olvido de este sencillo principio no engendró la manada de los tauras, cuyo solo nombre crispaba los nervios de nuestros bisabuelos.

Si García Moreno no hubiera hecho otra cosa que acabar con la soldadesca endrina. Basta eso para que su nombre tenga sitio en la fábula. En cualquier lugar del mundo el vencedor de una hueste mulata como la de los tauras, tendría estatuas en todos los teatros de las hazañas de los vencidos, es decir en plazas y caminos.

Rocafuerte tuvo la suerte de llamarse precursor en esto de racionalizar el ejército. Mas su acción no fue prolongada ni tan extensa.

El imitador ejecutó obra más perfecta, aunque los reparos sean numerosos y de gran peso. Por ejemplo, se ha hablado mucho del fusilamiento del general Maldonado y del flagelamiento de Ayarza. Pero nunca se ha insistido lo suficiente en que el soldado es siervo del Derecho y no el Derecho víctima del soldado. La traición a la Patria o al orden constituido son crímenes y, en horas de regeneración, deben ser castigados conforme con los dictámenes de la

necesidad o los de la razón de Estado. Mal se conseguiría una regeneración del ejército con decretos de perdón y olvido y, peor aún, mal podía el ejército seguir interviniendo impunemente en una política de carácter civil.

¿Que el acto de la flagelación de Ayarza constituye un atentado contra la "dignidad individual"? Conformes. Pero más conformes todavía en que no debe quedar sin castigo un delito público por la sola coincidencia de no estar codificado en el código militar. Si fué inusitado el delito, el castigo también lo fué. Pero a pretexto de no herir el "honor individual", no quedó sin sanción el delito público.

° ° °

La primera parte de la acción consistió en eliminar el cáncer. La segunda, en una reconstrucción consciente, técnica, guiada por un criterio sano y de alta moralidad. García Moreno contaba con miles de partidarios con quienes levantar un enorme pie de fuerza. Todos los ecuatorianos acudían a su llamamiento. Pero el afán de reconstituír el tesoro fiscal estaba sobre todo, y valía más que la vanidad de contem-

plar inmensos batallones de adictos defensores de la persona del Jefe de Estado.

Más o menos a las siguientes cifras quedó reducido el ejército garciano: un regimiento de artillería con 200 plazas; cuatro batallones de infantería con 500 plazas cada uno; tres regimientos de caballería con 530 plazas cada uno. Las guardias nacionales se componían de todos los ciudadanos en estado de tomar las armas. Con este ejército García Moreno se enfrentó con los enemigos de casa y los del exterior.

El año 1861 señala una etapa nueva para la historia militar del país. En esa fecha se adoptaron nuevos planes de enseñanza, puestos en vigencia en Europa casi por el mismo tiempo. Se funda la escuela Regimentaria de Artillería, que más tarde se transforma en Escuela de Cadetes y posteriormente en Escuela Militar. Aquí se da cita la juventud más distinguida con el afán de consagrar a la Patria sus años y talentos.

García Moreno puso especial cuidado en seleccionar el personal directivo y los profesores de la Escuela de Cadetes. Adoptó los programas de los planteles similares mejores de América y del Viejo Mundo. Los catedráticos de la Politécnica llegaron a dictar cursos en esta escuela, en

las ramas de matemáticas, química aplicada, etc.

La oficialidad nueva tenía un nuevo género de prestigio. No valía por haber hecho las campañas libertarias, ni por haber figurado en la política militarista, pero sí por haber almacenado grandes conocimientos técnicos con un estudio digno de los mejores institutos. De este modo se eliminó automáticamente la insolencia de los hombres de antaño. Al enrolarse en el ejército los oficiales de la escuela reciente, llevaron consigo un lote de moralidad que benefició a todo el instituto armado. La oficialidad moza desterró las costumbres y los abusos impuestos por ciertas necesidades y conservados por afán de predominio. La disciplina adquirió la necesaria tonicidad y no fué relajación ni tampoco tiranía.

El analfabetismo quedó declarado enemigo capital de la gente de tropa, debiendo ser combatida la ignorancia de modo inusitado e integral. El gobierno de un hombre capaz, de un verdadero intelectual, tenía que rechazar hasta el confín el estado de crasa ignorancia que hasta entonces se había mantenido con el objeto exclusivo de hacer del soldado un ente inepto, sin directiva propia, y por tanto imposibilitado de reaccionar por sí mismo.

Implantada esta disciplina orgánica so-

bre bases técnicas, ¿qué peligro representaba la instrucción del soldado? Y fué instruído, principalmente en lo que mira a las relaciones de su condición con la Justicia individual y el Estado.

El militarismo quedó ahogado en sangre, en la sangre del general Maldonado, como dijo García Moreno. Mientras la tiniebla de los tauras retrocedió ante la luz de la instrucción difundida en los cuarteles y, sobre todo, desde la Escuela de Cadetes.

° ° °

Se ha considerado el aspecto antimilitarista de don Gabriel García Moreno. Veámosle ahora en su faz militarista, porque también la tuvo.

La formidable reacción militar de la que él fué primero alma y luego después jefe, se hizo a mano armada, es decir militarmente. El civilismo se puso en guardia, luégo hostilizó, persiguió y consiguió vencer.

García Moreno llegó al poder por una alameda de bayonetas. Las gradas del Capitolio las tiñó de bermellón, y sobre esta alfombra púrpura ascendió su triunfo.

Ciertamente que a él no se le puede llamar el causante ni el responsable de la revolución. Esta obedeció a causas de índole social y político que los historiadores nos las han enumerado con esmero. Pero sí fue el fautor principal del movimiento, el mantenedor del fuego sagrado y el único caudillo que asumió todas las responsabilidades ante el futuro.

Para emprender en un movimiento de proporciones tales se necesitaban hombres y armamento. El entusiasmo de los jefes encontraba adeptos, pero faltaban implementos bélicos. García Moreno aprendió en su juventud las ciencias técnicas y aprendió a aplicar, sobre todo, las matemáticas y la química. Y las aplicó al caso de esta gran revuelta.

Retirado en una hacienda del norte del Pichincha, montó una fundición de armas y municiones y un laboratorio para preparar explosivos. Día y noche se trabajaba allí por hacer brotar de la nada: pólvora, municiones, proyectiles, fusiles, cañones.

Además de las armas se requería un jefe. García Moreno también había estudiado ciencias militares. Y, cosa rara, el mismo fabricante de armas se puso a emplearlas, sin hacer negocio de ellas, conforme es uso de los tiempos modernos. Quien hace armas y las emplea, no lucra con el oficio

y sirve con sinceridad a su ideal.

La empresa culminó con la toma de Guayaquil, mejor dicho con la fuga precipitada de los valientes de la casta, siempre bravos en tierra extraña, desde donde alargaban o escondían la garra, como incitando a García Moreno a un atropello internacional que, seguramente, hubiera liquidado al Ecuador. Ellos conocían el temperamento del vencedor, pero el vencedor respetaba al país más de lo que ellos el propio prestigio militar. La capacidad bélica del Ecuador no permitió una victoria completa, y el militarismo quedó con cabeza más allá de las fronteras. Por este motivo García Moreno hubo de velar constantemente las armas, pues en la noche, la conspiración nunca cesó de afilar las suyas.

La ofensiva entró también en el plan militarista de García Moreno. Ofendió a Colombia y recibió, de inmediato, el castigo. Parece que la justicia es más pronta con los hombres que alardean de justos.

Tulcán y Cuaspud demuestran que el hombre cuyas armas se usan como simples medios, no tiene derecho para hacerlas servir de fin. El presidente ecuatoriano no fué ni un conquistador, ni un guerrero. Ante todo constituyó la defensa de la ecuatorianía una, vigorosa, sin menoscabo. Y tan

sin menoscabo debió permanecer el país durante esta época, que ni el mismo desastre internacional repercutió en la geografía, la única víctima en los altares de la paz.

Revoluciones y revolucionarios obligaron al gobierno a intervenciones armadas constantes, sobre todo durante los primeros años de cambio total. El régimen no estaba en el caso de mostrarse benigno, mientras rugía la oposición en todos los tonos. ¿Dónde habrían quedado los anhelos del Ecuador civil y los de reconstrucción nacional, si García Moreno, asumiendo una actitud de defensa cobarde, hubiese permitido dar un solo paso a la revancha que se dibujaba implacable?

Hay ciertas ideas que llegan a producir manifestaciones de verdadera demencia atroz en la mente que las cultiva. Este era el caso de los maniáticos de la revuelta, a quienes García Moreno persiguió sin tregua. Simplemente arremetió contra ellos antes de ser acometido. El número de conspiraciones define la temibilidad de los conspiradores.

Basta enumerar los casos de subversión durante la primera administración garciana. Recordemos los principales. Las tentativas de invasión urvinista, apoyadas por dinero extranjero, sobre todo por el del Pe-

rú, y una de las cuales costó la vida del General Juan José Flores, jefe de la armada ecuatoriana. La conspiración de Espinel y sus cofrades, quienes desde el Quinche pusieron de acuerdo con Mosquera, precisamente en las horas trágicas de Cuaspuclú. Los intentos revolucionarios promovidos en Guayaquil por el mismo Espinel y sus secuaces los que una vez absueltos por la Corte Suprema creyeron de su exclusiva utilidad y beneficio la industria de hacer revoluciones en todo el país. Las conjuraciones de Maldonado, prestigioso militar, pero abusivo de su prestigio y enemigo del orden gubernamental, quien con su sangre selló el destino de la agitación incorregible. La revolución de Manabí, en la que comenzó a despertar el demonio revolucionario de don Eloy Alfaro y Delgado. Esta revolución se prolongó por más de dos meses, gracias a la generosidad de Urvina que tuvo la feliz ocurrencia de traer piratas a costa propia. El pronunciamiento de Cañar, cuyo primer éxito alentó a los sublevados hasta llegarse a Cuenca y ponerla sitio, empresa en la que hallaron el fracaso por único premio. Y por encima de todos los gloriosos hechos del militarismo, figura el combate de Jambelí, hazaña cumbre de Urvina y sus filibusteros.

El caso merece párrafo aparte, no tan-

to por el hecho, mas porque este ha sido el mejor argumento a favor de la antropofagia garciana.

Se llega en aguas ecuatorianas con tropas extranjeras y se viola el derecho internacional y el derecho constitucional. Se remonta las aguas del río Guayas y se viola otro conjunto de derecho de índole nacional. Se asesina a los defensores de sus barcas y lanchas de pesca y se viola todo derecho natural.

Sin embargo, cuando el gobierno del Ecuador acepta el reto insolente, persigue a los delincuentes de toda clase de delitos, comunes y políticos, y en momentos de guerra por sofocarse, fusila varios hombres sin consejo de guerra o sin sentencia de tribunales especiales, he allí que el jefe de gobierno ha cometido un crimen sin nombre ni paralelo en la historia de la monstruosidad.

Estamos de uno al otro lado del mar para darnos la mano. Andamos lejos de justificar los asesinatos en masa. Como lo estamos también de loar al que invade, roba, incendia, saquea, asesina, violando todo género de derechos, como hizo Urvina. Lo que sí cabe anotarse para la historia crítica, es que los actos cometidos por García Moreno son consecuencia necesaria de los cometidos por Urvina y sus forajidos an-

tes y durante la acción de Jambelí.

García Moreno comprendió el problema de la fuerza del Derecho y del derecho de la Fuerza. A cada factor le asignó su sitio propio y nunca consintió la intromisión imprudente. Si García Moreno fué un tirano, lo fué en vista de las circunstancias, obligado por el militarismo de la época al que detestaba cordialmente. Si se vió obligado a acudir a la fuerza, lo hizo en horas de angustia y sólo por la salvación nacional, nunca por imponer su persona o sus ambiciones.

Abominó el militarismo dictatorial, porque es ignorante y osado. Dió a la institución militar el brillo que le corresponde, porque la milicia ilustrada es apoyo del Derecho y defensa del Estado.

Pocos gobernantes habrán reducido los datos del problema a las exactas dimensiones y dado a los términos el valor que poseen. Para este cálculo se presuponen conocimientos profundos de la historia, la política y la moral.

García Moreno debió el poder a la fuerza. Pero ésta no ascendió con él al poder, porque el tirano supo de la consecuencia con el imperativo ecuatoriano de la hora. Un movimiento popular destacó a su caudillo hacia las gradas del palacio de Gobierno. García Moreno, al subirlas, cuidó de no dar las espaldas a sus comitentes, aun-

que estuvieran tras una muralla erizada de bayonetas.

Se le hirió por la espalda. Pero él, de frente, con sus golpes de Hércules abrió en el terreno político un surco profundo. De un lado quedó la ley, del otro la espada. Cuantos intentaron saltar sobre la profundidad limítrofe, cayeron al abismo. Lo que abrió García Moreno hubo de cerrarlo la catástrofe, y mientras no vino el fin, las fronteras de la justicia estuvieron bien guardadas.

El papel de García Moreno fué éste: cuando el militarismo violaba el Derecho, él surgía como antimilitarista; cuando peligraban el Derecho o el Estado, él cubría su cuerpo con el traje militar, marchaba en pos de los conculcadores e insurgía en rol militarista.

Si se excedió de la proporción exacta, reparó el daño o expió la culpa. Pero siempre con un sentido de responsabilidad extraño a cuantos dominan con la fuerza o la combaten instintivamente.

Capítulo Séptimo

*“Id y enseñad a
todas las gentes”*

LA SENCILLEZ estaba en todos los
circunstantes que rodeaban a un hombre
con aspecto de maestro, y en la pupila de
éste amanecía un paisaje de eternidad. Era
una de esas tardes en que Galilea vestida
de indiferencia dejaba pasar a Jesús, como
a uno de tantos. Y sin embargo en esa
tarde de indiferencia se pronunció el man-
damiento de la más absoluta democracia
intelectual. La cronología no la ha recogi-
do, como hubo de recoger dieciocho siglos
después, la fecha y las circunstancias en
que se pronunció el decálogo de la demo-
cracia política.

“Id y enseñad a todas las gentes”. Con
la mansedumbre de la imposición sobrena-

tural, el Maestro preceptuó la equitativa distribución de los bienes intelectuales entre todos los hombres, pueblos, razas, países y tiempos. "Id": imperativo categórico que anula cualquier pose de poderío humano, todo esfuerzo de conquista mental, desde que en un rincón se levantó aquella mano hacia el confín de la historia y el confín de la geografía. "Id y enseñad": eran rústicos sencillos los hombres a quienes iba dedicado el precepto magnífico, como para indicar así que Jesús anhelaba ver la enseñanza comenzando por los pequeños. El dogma de la democracia intelectual no quedó confiado a los letrados. La conquista más hermosa del mundo hubo de gravitar sobre la sencilla mente y la conciencia tranquila de un puñado de hombres buenos. Desde entonces, parece que los maestros de verdad, los formadores de niños, recibieron para su alma, algo del espíritu de aquellos modestos habitantes de Galilea. Por mí sé decir que junto a un maestro de éstos, siento algo del lago de Tiberíades, de la tarde indiferente de Galilea y de la voz de Jesús que no se extinguirá, mientras haya sobre la tierra quien enseñe, sin distinción, a todas las gentes.

El imperativo del "Id y enseñad" se propuso hacerlo realizar García Moreno en el Ecuador, donde los problemas de la educa-

ción se plantearon mal y se resolvieron peor. Pero no en vano un temperamento reciamen- te intelectual se encaraba con ellos desa- fiándolos con la firmeza del acostumbra- do a las lides. Los medios económicos es- casos, miserables, la oposición encarniza- da, la clamorosa falta de maestros, el anal- fabetismo abrumador, ¿qué mejores incen- tivos necesitaba García Moreno, turbulen- to emprendedor de reformas radicales? Los pretextos para una lucha habíanse dado cita, casi todos, en torno de la educación, e hicieron frente al mandatario en aque- llo que constituía el ápice de sus grandes aspiraciones, y que después se considera- ría como la mejor de las conquistas.

Hombre de cultura profunda y de ilus- tración amplísima, sobre todo conocía las obligaciones morales del caballero cristia- no, y mal podía mirar con tibieza la edu- cación pública. El constituía un brillante modelo de autoeducación y era un fanáti- co de la ciencia, y por lo mismo trató de transformar a sus connacionales en emi- nencias científicas o académicas. Pero de una manera integral, comenzando por la base y terminando en la cúspide, adap- tándose al medio ecuatoriano, sin olvidar ninguna de las manifestaciones de la supe- rioridad humana, ni la inteligencia, ni la voluntad, ni el sentimiento. Es decir re-

cibieron lo suyo la Moral, la Ciencia y el Arte.

La fiera de la ignorancia es muy difícil de domar. Por tanto, el programa de cultura halló mayores resistencias que las supuestas. La apatía y la ignorancia suicida no tardaron en caer sobre la liza, oponiendo su resistencia, su tremenda inercia, a la voluntad de un solo reformador.

Algunos años antes de la primera presidencia, García Moreno, cuando Rector de la Universidad de Quito, presentó ante la Cámara del Senado, a la que también pertenecía, un proyecto que consideraba la reorganización de la enseñanza pública en todo el país dentro de los distintos órdenes de enseñanza primaria, media y superior. El Senado, como se estila en tales casos, nombró al autor del proyecto miembro de la respectiva comisión, y pocos días después se contentaba con escuchar el informe y ver como ambos, proyecto e informe, iban al archivo, ese enorme reservorio donde reposa lo que escapa a la comprensión de los legisladores o lo que imagina, con fe el ecuatoriano de buena voluntad.

El Congreso de 1857, con un criterio no tanto de economía, dio al traste con el nuevo plan. En verdad no se agitaban consideraciones para con el presupuesto, mas

un terrible miedo de introducir reformas radicales, como las propuestas por el senador García Moreno.

Por felicidad para el Ecuador, el teorizante de la cultura mejor orientada, llegó al poder y pragmatizó sus ideales ferrientes, en una realidad envidiable donde quiera que se sepa apreciar en su justo valor la formación cabal de los renuevos sociales. La educación se transformó, a precio de indecibles sacrificios soportados con violenta resignación por un ardiente apasionado del Arte, la Ciencia y la Moral.

Se comenzó dictando una ley orgánica, adecuada a las necesidades, lo más extensa dentro del presupuesto de la nación. Pero desgraciadamente esto coincidía con la campaña opositorista con motivo del Concordato. Las víctimas de la fobia política resultaron, en primer y último término, los niños, lo que es normal entre nosotros, mientras los planteles de enseñanza sigan constando dentro de la danza sectaria de los partidos.

La resistencia próxima corrió a cargo de un Consejo General de Instrucción Pública. Y la resistencia mediata fué presentada por las municipalidades de las provincias. La primera se acogió de un argumento decisivo: la falta de dinero. El fa-

risaísmo supo encubrirse con la economía, mejor dicho con el ahorro o la taimada avaricia. La resistencia antieducacionista nos resulta ahora imposible de comprender si no fuera porque aún la bandería acude a los mismos medios, pese al decreto de destierro perpetuo contra oscurantismo y fanatismo, según reza el socorrido léxico liberal.

Qué clase de ahorros los de aquellas comunas: custodiar unas pocas monedas con el mismo amor con que se custodiaba el analfabetismo de la mayoría y la escasa sapiencia de los pocos escolares! Nuestra admiración sube de punto, hasta el pasmo, si en un rincón cualquiera de la crónica sectaria nos hallamos con que la comuna de Cuenca, presidida por los valores mentales que García Moreno más respetaba y acaso temía, se negaba a pagar los sueldos a los profesores traídos por el jefe del Estado, alegando el absurdo pretexto de que enseñaban más de lo necesario para simples escuelas primarias.

García Moreno aplicó la ley, persiguiendo la decidia de los municipios y los padres de familia, remisos en cumplir los deberes relativos a la enseñanza. Se le acusó de violar la libertad de los padres, como si estos tuvieran sólo el derecho de alimentar hijos y no la obligación de formar

ciudadanos. Sin embargo, antes que la educación, se quería la libertad.

Pero se impuso la lógica y todo el territorio nacional quedó sembrado, de centenares y centenares de escuelas. El niño de la ciudad y el campo, el hijo del pobre y el hijo del rico, hallaron su puesto bajo el techo de los planteles de educación. Para todos hubo lugar en la escuela, y para todos hubo lugar en la solicitud del gobernante.

El número de alumnos concurrentes a los planteles, antes de 1860, no llegaba a diez mil. Luégo de la primera administración garciana, tan turbulenta y llena de pasiones enconadas, aquella cifra subió a más de trece mil. Y en el último Mensaje presidencial preparado para el Congreso de 1875, García Moreno apunta una estadística comparativa de los diez últimos años de política escolar. En 1867 el número de alumnos había ascendido a 13.495; en 1871 a 14.000; en 1873 a 22.400. Y en 1875 la cifra pasó de 32.000. El aumento de diez mil alumnos en un año, constituía una noticia demasiado fausta para que él mismo no la diera, en persona, al país representado por la legislatura. Allí está el mensaje manchado en sangre, nadie lo lee, ni el mismo García Moreno llegó a leerlo. Sobre todo, nadie lo su-

pera.

En dicho Mensaje, en las líneas que siguen a la exposición numérica referida, el Presidente se manifiesta descontento por el escaso fruto obtenido en las escuelas de niñas. El magistrado expresa su pena porque el número de alumnas apenas llega a la cuarta parte de la cifra del total de varones que asisten a la escuela primaria. Su espíritu renovador se resiente porque en los padres domina una inexplicable indiferencia por la formación intelectual de sus hijas.

El párrafo dedicado a la educación, en el documento que recordamos, termina así "Sin embargo continuaremos redoblando nuestros esfuerzos, convencidos de que sin la educación cristiana de las generaciones nacientes, la sociedad perecerá ahogada en la barbarie." Esos tiempos del oscurantismo parece que hablaron para hoy. Cómo desde entonces se quiso remediar nuestro dolor presente, y cómo desde ahora nos atrevemos a llamarles retrógrados.

García Moreno realizó su obra denigrada, con el concurso de un elemento denigrado también. Durante meses y años, el Presidente se entregó con todo ardor a la importación de religiosos y más religiosos. Hábitos de toda clase, color y figura iban llenando el país, tanto que se piensa

que el pobre mandatario había caído víctima de la pintoresca manía de coleccionar uniformes. El gasto efectuado con tal objeto, pasaba de lo simplemente escandaloso. Con más, tanta gente conventual venía a ejercitar un parasitismo agudo.

Pues con este elemento odiado, con esta gente parásita, realizó García Moreno la parte intelectual de su gran revolución. Porque los maestros nacionales o no querían o no eran capaces de comprender el pensamiento renovador. Porque los maestros nacionales hallaron mucho más cómodo seguir empantanados en el "hermoso lodo" de la rutina. No quisieron alzar la cabeza, ni hacer el acto de esfuerzo cotidiano.

Los maestros importados trajeron con ellos métodos rebosantes de novedad y a tono con el estado científico y pedagógico de la época. El caudal de cimiento lo aportaron los Hermanos de las Escuelas Cristianas, llegados al Ecuador antes que a otro país Sudamericano, y en donde conservan la hegemonía de la enseñanza primaria cosa de ochenta años. García Moreno los conoció en Francia y no quiso privar a su tierra del privilegio de tenerlos antes que otra alguna. Conoció la excelencia del método lasallano, y a los lasallanos los contó como colaboradores inte-

ligentes en su tarea de cultura. Qué honor haber sido colegas del gran civilizador latinoamericano. Qué gratitud la que se merecen los cultivadores de nuestros jardines espirituales y constructores, al mismo tiempo, de los cimientos de un edificio cual no se alzó otro en el Ecuador durante más de cien años de República.

Ningún ecuatoriano debe ignorar que un religioso de las EE. CC., el Hno. Yon José, dió la norma a la que debía ceñirse la enseñanza primaria en todo el país. La exigencia no pequeña del Presidente, quedó satisfecha cuando el buen lasallano le presentó una obra sin petulancias, llena de amor a la niñez y llena de experiencia acumulada en una cabeza encanecida por el más difícil y más santo de los apóstolados sociales.

Lo que significaron las Escuelas Cristianas de los Hermanos en el concierto innovador de la época, se puede juzgar por las circunstancias agresivas que las rodearon. Es que la fundamental conquista del Estado laico quedaría reducida a tabla rasa con la deslaicización de las escuelas. Una escuela de varones, netamente religiosa, es un serio peligro para las instituciones liberales.

En Cuenca se forjaron los mejores argumentos contra la obra lasallana. Tra-

tándose de una enseñanza fuera del alcance del pueblo —ya previamente se demostró la extralimitación de los programas de los Hermanos— lo sensato era que los menesterosos de ella, los aficionados a las especializaciones, la costearan. Mas, García Moreno, se anticipó creando simpatías populares hacia los lasallanos, que en esa hora constituyeron los únicos civilizadores de las clases pobres. En vano se combatieron programas, planes y sistemas de enseñanza, porque la inmensa mayoría de beneficiados supo compensar con el tributo de la gratitud, el menosprecio de que eran víctimas los Hermanos de Juan de la Salle. La enseñanza cristiana no pudo iniciarse bajo mejores auspicios: combates sistemáticos de una parte, de ótra, una voluntad inquebrantable.

Los resultados, a su vez, desparramaban la alabanza de los establecimientos jóvenes. Quito y Cuenca fueron las privilegiadas. El número de alumnos crecía sin cesar y los maestros se multiplicaban impelidos por la urgencia. Los programas daban cabida a muchas asignaturas de índole práctica: matemáticas aplicadas, topografía, agrimensura, agronomía....

Las dos escuelas despertaron el interés de las otras ciudades. Guayaquil, Latacunga, Jipijapa gestionaron por conseguir plan-

teles análogos. En el año 1875 se construían locales adecuados en Ibarra, Portoviejo y Tulcán.

El pueblo, mientras tanto, comprendió que lo antes accesible a contado número de personas, al presente quedaba al alcance de ricos y pobres. Comprendió también la utilidad de las nuevas materias de docencia que venían a redimir con oportunidad un sistema de trabajo perteneciente al ciclo económico colonial, desfalleciente ya en la primera etapa de la República. Las artes y los oficios guardados como en museo o como joya de familia, a fuerza de hermetismo amenazaban desaparecer. Caminando por la vía hereditaria, hallaban menos cultores cada vez.

Esta necesidad comprendió a fondo el Presidente revolucionario. Buscó algo a propósito hasta dar con ello en los Estados Unidos. Allí encontró una institución de Hermanos lasallanos dedicados a preparar jóvenes obreros titulados. Trajo competentes especialistas y bajo la dirección de ellos fundó el Protectorado, donde se otorgaba título de maestro en casi todo oficio.

Artes mecánicas, trabajos manuales de toda índole, fundición, albañilería, construcciones y cuanto puede constituir fuente de trabajo y economía para los hijos del pueblo. Hasta entonces los empíricos ejercie-

ron la hegemonía de las artes e industrias, pero desde entonces el maestro fué maestro y el aprendiz comenzó por estudiar junto con los indispensables rudimentos de instrucción, las reglas del respectivo arte u oficio.

Esta consideró García Moreno, como una vía fácil para volver al pobre capaz de redimirse de su situación pecuniaria penosa y de mejorar al grupo con el aumento de hombres mejores.

La educación femenina es otro capítulo hermoso de la actividad garciana. Hasta 1859 poca o ninguna atención había merecido por parte de gobernantes y padres de familia, la mejor parte de la sociedad. Los padres debieron formarse un prejuicio fuerte contra los planteles, ya que entonces presentaban el inconveniente de ser mixtos, casi en todos los centros de población. La cifra de los institutos de docencia femenina era reducida antes de este período del resurgimiento pedagógico.

También para este caso se comenzó aumentando el número de planteles. Y en seguida se requirió el apoyo de Europa. Las religiosas de los Sagrados Corazones fueron las primeras en llegar a Quito y Cuenca, luego después a Riobamba y Guayaquil. En pos de ellas vinieron, desde Bélgica las religiosas de la Providencia. Y por fin la

caricia de las Hermanas de la Caridad y las Hermanas del Buen Pastor. Todas las mujeres quedaron incluídas en la escala de matices sociales y morales. Desde el capulito virginal, hasta la flor del fango. Desde la inocente cabecita hermosa, con inquietudes de mañana, hasta la faz descompuesta de la hembra caída y que en vano busca por el mundo un apoyo para el peso de su remordimiento. La educación y la reeducación de la mujer: nada escapó a la mirada de bisturí del gran magistrado.

Dios premió el esfuerzo al caballero cristiano. Le dió contemplar el florecimiento de los huertos interiores, junto a los Andes. La lección de Mariana de Jesús halló discípulas en estos años de fervoroso aprendizaje. Una congregación nacional surgió modesta como luciola y halló sitio entre las venerables hermanas llegadas de ultramar. Engrosó la hueste del templo, dedicada a llevar a las gentes a los altares de la ciencia y del bien.

Sobre todo del bien. Quien obra por la verdad hace y quiere el bien de los demás, y a ello tendía la docencia en el Ecuador. García Moreno comprendió que fuera o lejos del catolicismo, el Ecuador vagará sin encontrarse, como el maldito que reniega de su sangre y pretende aún hallar sitio entre la parentela. ¿Volverá a encontrarse el

Ecuador? ¿Llegará a su sitio, es decir, abandonará la senda por donde camina, víctima de una fuga casi patológica que le impele lejos de su existencia? La pedagogía política de García Moreno contéstenos desde allá.

°°

La enseñanza secundaria bien se merece un capítulo de acusación. No era para menos la audacia del Presidente al entregar la juventud en manos del jesuitismo. Irse contra el siglo, importando por tercera vez al país a los religiosos dos veces expulsados, constituye el delito más imperdonable de cuantos cometió el exagerado renovador. Se necesitaba estar en pleno desequilibrio para intentar la intelectualización del país con elemento tan despreciado.

La agudeza del mal pedía un remedio equivalente. La juventud, olvidada hasta la injuria, no gritaba por una resurrección, porque ya estaba bien muerta. Urgía una trasfusión de sangre ardiente, nueva, sana, una trasfusión de vida, el soplo que levanta, la palabra que opera el milagro. Dos o tres planteles regentados por extranjeros vejetaban en los extremos del país, eso

era todo. Los otros, los llamados planteles oficiales, rodaron al puntapié cesarista.

La única disciplina que regía los institutos era la llamada libertad de estudios, delito de lesa razón, sobre todo entre nosotros. La noción de deber se había ausentado de alumnos y profesores, tanto que consejos de educación y municipalidades se contaminaron con ese espíritu.

Despertar el espíritu que llega a la abyección, es más difícil que sojuzgarlo cuando llega al delirio. Se necesita de muchos titanes y de un crecido número de benedictinos. García Moreno hizo de titán, y los jesuitas de benedictinos.

El Gobierno concibió el proyecto de entregar los planteles secundarios de la República en manos capaces de colocarlos al nivel de la cultura coetánea, introduciendo en ellos la cultura humanística, que tanto honor ha hecho a la especie, al mismo tiempo que capacitando a la juventud para el ejercicio de la auto educación, en el sentido más ancho que exige este proceso intelectual—volitivo.

El sistema jesuítico del *ratio studiorum* volvió a renacer con todo su rigor. El viejo método de preparar hombres útiles, llegó a ser novedad por la diferencia con los planes forjados sobre ideas de una libertad desistematizada y sin conexión

con el medio ecuatoriano. Y también por los resultados casi inmediatos que comenzaron a apreciarse.

La lógica que preside el desenvolvimiento del *ratio studiorum*, obliga al estudiante a una constante superación dialéctica, lo cual predispone el intelecto a la fácil adaptación a estudios ulteriores, por arduos que sean. La concreción práctica de este género de esfuerzo pudo apreciarse en el inmediato resurgimiento de aptitudes, que luego fueron dedicadas a otras disciplinas de orden superior.

Los plantales jesuíticos de Quito, Guayaquil, Cuenca y Riobamba daban la pauta a los demás centros de enseñanza secundaria, noblemente emulados por la superioridad de estos colegios confesionales.

La resurrección en este campo dijo voces de asombro. Las humanidades y los estudios clásicos — aquellos hoy abandonados por inútiles, como si más útil se ofreciera la ignorancia — formaron generaciones conscientes de la espiritualidad alejada de las riñas sectarias, conscientes del mejor horizonte social y del mejor enfoque de la capacidad individual.

La visión panorámica hizo que no se olvidaran la educación especial y la artística, en estos minutos de estupenda euforia intelectual. Todas las facultades, todas las

aptitudes recibieron el empuje de una llamada al campo de los vivos, y acudieron dejando la tierra de la negligencia.

La formación de maestros constituyó la primera rama de especialización. Con el auxilio de lasallanos titulados en Europa, García Moreno, fundó en la Capital el primer Instituto Normal del Ecuador, mientras en los colegios de señoritas se implantaba una docencia, en lo posible, análoga.

Respecto a las artes, el espíritu garciano no permaneció indiferente. Un hombre tan complejo, mezcla de señor feudal, de revolucionario integral y de aristócrata renacentista, apareció en figura de protector de artistas. Y no podía ser menos, dado su temperamento fuertemente inclinado al lado de la estética. ¿Por qué, Quito, no iba a ser entonces lo que fue durante la Colonia? Y con este fin mandó a Roma a tres virtuosos de la forma y el color: Salas, Cadena, Manosalvas.

En 1872 se inauguró la Escuela de Bellas Artes, bajo la dirección del maestro Cadena. Manosalvas recibió el nombramiento de profesor de dibujo. La mano generosa de García Moreno no escatimó gastos en esta obra. Pagó sueldos fabulosos para la época, como el del profesor de escultura José Gonzáles Jiménez, contratado en Barcelona, quien vino al país con un sueldo

de 6.000 pesos. En esta escuela se dictaban cursos de arquitectura, sin perjuicio de los que se seguían en la Politécnica.

Bolque aparte formó la educación musical. El Conservatorio creado y reglamentado en 1870 tuvo por alma y primer director al maestro corso Antonio Neumane. La enseñanza era teórica y práctica y a aquélla concurría García Moreno, con el intento de estimular a los principiantes. Al maestro Neumane sucedió el maestro Rossa a quien se debió el éxito alcanzado por el establecimiento, al que con mucha asiduidad concurría el alumno—Presidente, cuya psicología no quería ponderar sólo hacia el lado de la técnica, sino también de la ética y de la estética.

Y luego después viene la Universidad. La tendencia a universalizar, característica de la mente superior, tuvo en García Moreno una alta manifestación, desde que llegó a Rector de la Universidad de Quito. Renovada la escuela, renovado el colegio secundario, la enseñanza superior no iba a permanecer desconectada de la forma reciente. A esta conexión racional dedicó el Presidente muchos desvelos.

Clausuró el establecimiento y lo reorganizó desde su base. Expulsó la petulancia, la ineptia, la inconformidad con la época, la temible rutina, y todo lo demás que no

encuadra con el gobierno de un intelectual. Llamó al mérito, a la honradez, a la decencia, a la plena capacidad, a la docencia vocacional.

Variaron los programas de acuerdo con el estado de las ciencias. Se crearon cátedras nuevas. Se coordinaron con criterio técnico y pedagógico los planes de colegios secundarios y de enseñanza superior. Se dió autonomía a las facultades cuya marcha se hallaba entorpecida por una administración defectuosa y pesada.

La facultad de Jurisprudencia recibió en su seno, personal notable, maestros que hasta ahora son consagrados entre nosotros, como el doctor Pablo Casares. El foro y las Cortes prestaron su brillo a la Universidad.

La facultad de Teología quedó también totalmente renovada. Contó en su seno a canonistas distinguidos y a teólogos de nota. Las ciencias morales tuvieron profesores empeñados por la última palabra de sus debatidas cuestiones.

Pero la facultad que recibió mayor atención fué, sin duda alguna la de Medicina. Las ciencias médicas andaban en el país en franco estado de decadencia, en inanición incalificable. García Moreno dotó a la facultad de ciencias médicas de gabinetes, laboratorios, instrumentales de lo más moderno y a tono con la ciencia. Más todavía,

trajo profesores europeos quienes, en unión de alguno que otro profesional ecuatoriano, colaboraron con los anhelos del gobierno.

Como remate de esta obra inmensa que-
dó vibrando en la cima de la cultura ecua-
toriana la Escuela Politécnica, Instituto Su-
perior de Ciencias teóricas y aplicadas que,
de subsistir tal como lo concibió el cerebro
estupendo que lo creara, la suerte del país
habría sido muy distinta. ¿Qué hace falta
en el Ecuador, sino una organización téc-
nica, con fines de aplicación en el medio?
Un instituto de esta índole donde todo está
por hacerse es, no otra cosa, que la fórmula
mágica, la piedra filosofal, el oro y la ri-
queza en potencia.

Así comprendió García Moreno, y sus
afanes por la orientación técnica y práctica
al mismo tiempo, se vieron satisfechos, quan-
do un conjunto de sabios movidos por él,
dieron forma cabal a un ente desconocido en
América, y al cual hubo de dársele una or-
ganización desconocida también.

Decurría el año 1870 cuando, bajo la
dirección del P. Clemente Faller, Rector y
Decano de la Facultad de ciencias, se inicia-
ron ante la admiración de amigos y enemi-
gos los cursos dictados por especialistas de
fama internacional: Menten, Sodiro, Wolf,
Dresel, Kolberg, Epping. . . creadores de una
magna etapa intelectual en el Ecuador.

Senderos insospechados hasta entonces: Astronomía, Geodesia, Hidrotecnia, Química teórica e industrial, Geología, Mineralogía, Dibujo Industrial, Técnica de maquinarias, Matemáticas Superiores, etc. Una concurrencia de posibilidades de perfeccionamiento, con el fin de encausar a la juventud hacia las artes técnicas, las industrias, la construcción de carreteras y ferrovías.

Hay que añadir que el gobierno, con previsión encomiable, no trató de circuir dentro de los muros capitalinos la acción de la Politécnica. Tampoco trató limitarla al alcance de los provincianos ricos. Y, entonces, multiplicó las becas con la única condición de que los especializados enseñarían una asignatura en el colegio de cada provincia, constituyendo una rama de especialización dentro de la disciplina de los planteles secundarios.

La obra predilecta de García Moreno fué dotada de lo necesario: gabinetes, laboratorios, maquinarias, colecciones, museos, instrumentos e implementos de todo orden. Por sí algo faltase, anexo a la Politécnica comenzó a funcionar, bajo la dirección del P. Menten, el Observatorio Astronómico, dotado, así mismo, con una prolijidad garciana.

Desde el campesino hasta el intelectual de la urbe, desde el más rudo labrador

al artista, nadie quedó sin entrada al soberbio banquete democrático preparado por García Moreno para el Ecuador. Ni el salvaje del trópico se estuvo al margen, porque a él se llegó el misionero o la religiosa, siquiera con una gotita de luz o un átomo de enseñanza.

¿Manía de lo grandioso? ¿Propósito de ahuyentar la ignorancia y preparar un Ecuador robusto? Temperamento indómito, incontenible, intransigente?. Todo esto y algo más. Necesidad del intelecto poderoso a expandirse; a verterse sobre los otros, aún contra la voluntad de los otros.

Excesiva capacidad, sobrehumana para los gobernantes que llegaron tras García Moreno. Porque él no solamente mantuvo escuelas, colegios e institutos superiores, sino que los coordinó en organismo, los complementó, hizo de ellos una máquina, cuyo centro era él. El egocentrismo de este sistema intelectual —que pudo o nó tener mucho de egoísta— ya puede desafiar cualquier teoría de los diminutos soles advenidos después y hasta ahora. Cosa de ochenta años han pasado, suficiente lapso para medir el éxito de otros sistemas.

Sin embargo el Ecuador anota sólo fracasos en la cuenta interminable de sus miserias. La función de educar, que no es nutrir, que no es presupuestar partida presupuesta-

ria, no tardó mucho en caer entre los tiburones de los que trató arrebatarla el garcianismo. Todos los monstruos de la fábula se confabulan constantemente contra la noble función. Ora cae asaltada por los barrabases o los fariseos, ora es el estanque de los cultivos más descabellados, ora es depósito de los fósiles del partido, para quienes no hay plazas de servicio activo. Sí, la política sectaria llega al extremo de juzgar la educación como algo meramente pasivo, pues la considera como sitio de remonta del ganado envejecido.

La tiranía del sesenta al setentecincio fué una tiranía con responsabilidad y lastre intelectuales. Esto nadie puede negar, ni los ciegos ni los imbéciles. Fué una tiranía rara, especial en su género, no tenía la educación, la ilustración, el progreso espiritual. Odiaba la ignorancia, detestaba la estupidez, perseguía la mediocridad. García Moreno representa el tipo del oscurantista en fiero duelo con las tinieblas. En esta batalla contra la crasitud se destaca mejor su figura hercúlea. Es una cumbre que bordea la claridad sideral y riega por sus flancos la bendición del sol, la quiere para todo, y así empuja el torrente luminoso por las quiebras, las arrugas, las hondonadas, hasta el barranco, hasta el abismo. Todo se saturará con el alimento de la luz, porque la cumbre por sí

misma es luz. Y también es fuego. Y en las cumbres donde hay luz sideral y hay fuego, hay tempestad. Son cumbres ceñeras, adustas, amenazadoras.

Todavía nos amenaza la Cumbre. No nos atrevemos a levantar del polvo las ruinas del edificio, desparramadas por la tormenta. ¿Sabremos levantarnos de nuestra parálisis? El suelo pasa a manos extrañas, el subsuelo pasa a manos extrañas, porque no hay formación técnica para los ecuatorianos. El campo queda despoblado, porque no se comprende aún lo que valen la tierra y el sentido de la economía agraria, único fundamento de verdadera riqueza. Y en las ciudades se acumula cada día el ejército de más y más hombres ineptos, inhábiles para luchar, sin orientación, víctimas de la tentación presupuestaria.

La figura de García Moreno nos amenaza con el reflejo de su Ecuador ideal convertido en una realidad demasiado grosera, para que no nos avergoncemos de nuestra vacuidad saturada de petulancia. Nos llega hasta adentro esa mirada de fuego que escruta el seno de oscuridad bárbara que tanto nos complace. A qué tremenda distancia del año 1870 nos encontramos los hombres del Ecuador. No digo que nos abandericemos por el pasado difunto, pero sí que nos esforcemos por igualarle siquiera, si no es posible

superarle.

Las aptitudes no se han marchado irremediablemente. Las hay y las hay numerosas. Sólo falta el hombre que con cimiento de escuela y con cúpula de Universidad, haga vida los programas muertos, haga edificio los fragmentos informes, columna la piedra bruta, nervio de vida la emoción.

Un edificio enorme que sea un enorme latido, una diástole estupenda que recoja toda la sangre ecuatoriana y la impulse, como en tiempo de García Moreno, por los canales del sentido nacional. Es que García Moreno fué corazón inmenso. Por eso fué rojo, por eso fué colmado de pasión, repleto de violencias.

Capítulo Octavo

Panfletismo y Finalidad

EL PANFLETO no recibe todavía el merecido elogio. Se lo ha mirado desde los extremos, juzgándolo, casi siempre, desde los cabos y con prescindencia de los móviles interiores.

De este modo el panfleto ha llegado fácilmente a constituir delicia suprema entre los amoraes o aquellos que acostumbran considerar de modo simple el costado negativo de las cosas. O a constituir terror entre los timoratos que siempre encuentran cómoda la misma postura y el mismo estilo de pensar y de vivir. O, cuando más, el panfleto no es distinta cosa del arma de oposición política, furibunda de las torrenteras oposi-

cionistas.

Se acostumbra derramar sobre el panfleto el más heterogéneo conjunto de miradas. La pasión induce a la actitud radical frente a la actitud radical que representa este género. En la manera de considerar las cosas radicalmente, quizás no ande ausente el orden definitivo de los diámetros: la conversión o el giro de ciento ochenta grados, es aquí un hecho físico. El panfletismo exita las contradicciones y pone de necesidad los extremismos. No se lo acaba de mirar, cuando ya está condenado o aplaudido.

Y si se valoran los resultados personales del panfletismo sobre el nombre del autor, se ve que el panfletismo ha endiosado o ha estigmatizado, levantando monumentos a la impotencia política, o sepultando a los hombres de acción.

El ejemplo no debemos buscarlo más allá de nuestra linde. Está constituido por Montalvo y García Moreno. El mismo género que sirvió para el endiosamiento de Montalvo, ha marcado el rostro del "tirano".

Acaso por motivos de comodidad el panfleto sin fines políticos tangibles encumbra, porque nada consigue demoler. Mientras que el panfleto demoledor arrastra implacablemente al escritor audaz. Sin embargo, para la generalidad de admiradores superfi-

ciales, poco importa que del fondo de las ruinas surja el constructor. Basta contar las ruinas acumuladas por manos propias, porque el vulgo enumera nada más que los fracasos.

Se dice que hay un panfleto por el panfleto. Y si no se dice, se da por descontado para admirarlo. Y se cataloga como de otro género al panfleto que posee finalidad. Uno y otro obedecen a distintas causas personales y a capacidades que son las únicas llamadas a calificarlos. El segundo género es el arma del hombre de acción. Mientras que el otro, el primero, es el arma del hombre de gabinete, el panfleto que se maneja por prurito o por manía, aunque para justificarlo sean invocados los principios de justicia, honradez y otros más defendidos cuanto menos sentidos.

El panfleto del primer género, aquel que se quiere hacer coincidir con el postulado del arte por el arte, es mero artificio huérfano de posibilidades prácticas. No siente el impulso interno que caracteriza a todo lo fuerte. Nace muchas veces del rencor político llamado por la impotencia, y muere en el mismo lugar estrechado por círculos de egolatría. Hay tantas virtudes y rigorismos que se alimentan del odio y del sentimiento de lo inferior.

La medida política del panfleto político

no puede ser otra que la utilidad. El panfletista se propone algo. Si algo consigue, es porque tiene capacidad de conseguirlo. Si no traspasa el dintel de lo literario, se queda allí como argumento en favor de la ineficacia de acción.

Hay un error, consustancial con la crítica, cada vez que se considera el género de los grandes insultos aplicado como brulote contra los contrafuertes de la política. El error es este: reducir las dimensiones del panfleto a problema ideológico o asunto literario, olvidando lo sustancial que es el fin propuesto y la potencialidad de que dispone el panfletista para conseguir aquel fin. Sin esto, que debería ser medula de toda consideración al respecto, no se explica la existencia del género terrible. No se sabe, sin esto, para qué vive el panfleto, ni por qué se lo emplea como arma de asalto. El panfleto no vive para sacudir a media docena de fanáticos entre quienes sobreabunda el tóxico oficial. Sirve para cambiar el orden circundante, hasta donde aquello sea dable a las fuerzas de un hombre fuerte.

El panfleto, según esta expresión finalista, debe ser manejado tan sólo por quienes sientan capacidad política. No por el literato, porque el panfleto más que género literario, es género arquitectónico. No por el moralista que no concibe ni defiende las

exageraciones indispensables del género que rompe a veces con la lógica y la dimensión, acudiendo a los extremismos y las violencias. No por el pensador, porque el combate rehuye los raciocinios. No por el contemplativo o el artista, porque panfleto es género de acción desmedida.

El arma pesada demanda brazo correspondiente. Exige que el manejo político —en el alto sentido, no en el vulgar dado por los hegemónistas del liberalismo ecuatoriano— venga tras la teoría. Que las columnas del periódico se transformen en los sostenes del nuevo orden soñado por el demoleedor.

Sólo así se justifica el panfleto. No es arte. Ni mucho menos arte desinteresado. No existe el panfleto por el panfleto. Lo que se suele hacer con este nombre es rencor, odio, negación, insuficiencia vital, incapacidad política.

No es llamado a derrocar un sistema o un gobierno sino aquel hombre que se sienta capaz de edificar otro régimen u otro gobierno. El derecho superior de destruir —derecho que existe en los fueros del alto intelecto y la más alta voluntad— lleva implícito el deber de la reedificación. Hacer de otro modo, o elevarse sobre el derecho de destruir cuando no hay conciencia de reedificador que respalde el desafío, es falta de

moralidad y hombría suficiente.

Quienquiera que destruye lo hace en nombre de lo mejor. Y cuando lo mejor no adviene como la finalidad que ha sido querida y buscada, el panfletista responda del desastre que no supo repararlo ni prepararlo, responda por falta de capacidad y ausencia de honradez.

¿Los opositoristas del régimen garciano supieron afrontar la reforma del país, o la sustitución del garcianismo por otro régimen más nacional? La Historia nos responde con un **no** rotundo, cuya rotundidad de setenta años no ha sido desmentida todavía. Los teóricos del antigarcianismo sufrían de incapacidad absoluta. Y los actuantes adolecieron de escandalosa ineptitud. El **no** rotundo de la Historia abofetea también a estos últimos.

El drama del panfleto que encarnaron dos ecuatorianos del siglo pasado, pide rectificemos muchos, muchísimos prejuicios aceptados como dogmas inmovibles, tanto en lo ideológico como en lo intelectual y político. Porque es ya suficientemente adelantada la hora para el balance final de los prestigios, balance en el que contarán solamente las capacidades prácticas de cada uno de los actuantes. Por otra parte, hay suficiente distancia para medir algunas perspectivas. Esta tarea es del presente, aun-

que nos cueste dolores y prestigios.

° ° °

Si se nos ocurre comparar la tremenda literatura panfletaria de Juan Montalvo con la de García Moreno, acabaremos por obtener algunas superioridades académicas de aquel sobre éste.

Indudablemente Montalvo es un consagrado de la palabra bella, bella aún en los momentos de furor. Ni la ira ciega de los momentos más recios del combate le obliga a descender a ras del suelo, tantas veces como es de suponer. La forma externa impera en la expresión montalvina, monopolizando en valiosa parte la personalidad del escritor. Si, como sucede siempre en horas de polémica, la táctica le obliga a echar bloques sobre la cabeza del contendor, Montalvo, se entrega afanosamente a pulir las aristas del bloque, a abrillantarle las caras con perfección benedictina para, con esa roca deslumbrante, contundir al adversario.

Mas no por esto se confunda a Montalvo con el hombre mesurado. Si así fuera no tendría derecho a reclamar el título de personaje. Montalvo es desmesurado en los procedimientos y las apreciaciones. Tiene

del panfletista la cualidad de saber contemplar las realidades con ojos de hipérbolo. Y dentro de lo hiperbólico se desplaza con comodidad su temperamento.

Tampoco se pretenda afirmar que Montalvo es ejemplar sereno. La serenidad es virtud soberana de las grandes calmas. Ni siquiera es de todos los moradores del Olimpo. Junto a Minerva, Júpiter fabrica la sanción de las centellas. No digo que Montalvo sea algo así como Júpiter. Eso está bien para Weimar, no para las modestas dimensiones ecuatorianas.

Don Juan Montalvo no tuvo el mal gusto de falsificarse por una aparente serenidad. En esto fué sincero. Supo presentarse como era siempre, es decir íntegramente hombre. Por más que la forma elegante quisiera acorralarle a ratos, él encontraba siempre la puerta de escape a sus humores.

Hay que tener franqueza y debemos aprender que escritor político combativo y mesura, se rechazan. O lo que es lo mismo, panfletista y serenidad son divergentes. Son dos entidades en pugna. Cuando se trata de injertar una en otra, desaparecen ambas juntas. No olvidemos este irreductible, este perpetuo conflicto. Así impone la lógica del buen combate. Fuera de esta modalidad polarizada, opuesta, se hará literatura técnica, pero no panfleto.

Se dijo que la finalidad justifica el panfleto. Preguntemos, entonces a todo el Ecuador: ¿qué finalidad práctica se propuso Don Juan Montalvo? Busquemos si algo de útil se encuentra en la estela montalvina. La política o el pensamiento del siglo pasado, nada adelantaron con el aporte enorme de la literatura de este hombre misérrimo en finalidades. Para sí mismo, Montalvo, puede ser lo que de él dicen los admiradores. Puede, acaso, ser mucho más. Pero sucede que para el Ecuador desapasionado, es un prestigio perfectamente inútil, un hombre contingente cuyo no ser no produjera ahora ningún vacío, un escritor que nunca reclamará para sí el dictado de indispensable dentro de su tiempo.

Si Montalvo hubiera sido necesario — en el sentido filosófico — la obra de él habría respondido a algún interrogante social o ideológico. Es decir la pluma de él habría condensado la ansiedad o los anhelos colectivos de los ecuatorianos, aunque sea de modo fugaz. Pero la obra de Montalvo no es reflejo de nada de esto. Por desgracia, responde únicamente a las ansiedades personales. Es obra sin trascendencia política, aunque pretende ser política. Es obra que difunde egolatría, pero no la gran egolatría de algunos sobresalientes de la Historia, quienes egolátrica, pero altamente, confun-

den el yo con la necesidad social.

¿Debe el Ecuador alguna idea a Don Juan Montalvo? Creo sinceramente que ni el liberalismo debe en este sentido una sola palabra a Montalvo. Mucho menos una sola acción. Y sea la hora de acusarle al partido liberal ecuatoriano recostado en el culto montalvino, mientras amargamente duermen verdaderos prestigios liberales, hombres de pensamiento y de acción. Porque la ideología y la acción liberales, tienen en su haber valores depositados en el olvido, tales como Moncayo, Manuel J. Calle y otros de este género.

Repito la pregunta ¿debe el Ecuador alguna idea a Don Juan Montalvo? Creo sinceramente que si hay figura nociva para el pensamiento nacional es ésta. Nociva en cuanto que al concentrar en sí las admiraciones, impide obras de valor independiente. En efecto, con la autoridad de su palabra bella, Montalvo, es el estupefaciente de las generaciones que vienen en pos de él. Se le ha presentado como el ápice del pensamiento nacional, como el ejemplar de la perfección, como el modelo de carácter y patriotismo, como la columna de Hércules que impide caminos hacia más allá. Y de este modo se han obstruído centenares y miles de tendencias, decenas y centenares de talentos. La innovación misma, al buscar otras riber-

ras, ha ido a dar en un reducto harto anticuado, como es este novecentista, hijo legítimo de su siglo, repleto de las segmentaciones de aquel tiempo y de las limitaciones del racionalismo.

Si algo debe el Ecuador a Montalvo es la ausencia de muchas ideas que sin el obstáculo de él pudieron surgir, pero que no llegaron a ver el sol, por el respeto que inspiró el "Maestro". Montalvo es un personaje en cuyos contornos no florecen las ideas. El campo ocupado por las admiraciones impide el cultivo de cualquier originalidad. El tiempo que se gasta en adorar los ídolos, es tiempo irremisiblemente perdido para las rutas de la cultura. Porque hay cultos exagerados que traen estas consecuencias de parálisis. O mejor, hay hombres cuyo sino es empantanar una forma, y dejarla allí, a modo de valla insalvable en medio del camino.

Montalvo necesita, pues, una comprensión cabal. Así será más sugestivo. Que no de terco modelo petrificado y petrificante, rígido e insustancial. Será hombre más ecuatoriano el día que deje de ser el "docto maestro", el "moralista", el "ensayista", el "pensador" y tantas otras cosas que no es. Será hombre más ecuatoriano el día en que aprendamos a quitarnos la venda del fanatismo montalvino y sepamos que las dimen-

siones humanas son más valiosas que las dimensiones de la fábula.

Montalvo será más ecuatoriano cuando sepamos que no fué solamente el "hombre que derrocó al tirano", sino principalmente cuando comencemos a descubrir en él, al hombre de finalidades prácticas en medio de su ola literario—política. Cuando sepamos de él que no fué un barquichuelo azotado por los vendavales de la pasión ciega. Cuando sepamos de él, como sabemos de otros hombres de principios, de actitudes y de finalidades. El estado actual de la idolatría montalvina no nos permite hacer estos descubrimientos que, de suyo, serán más valiosos que todos los elogios prodigados hasta hoy al escritor de Ambato.

No contradigo lo dicho antes: Montalvo es misérrimo en finalidades, hasta que se demuestre lo contrario.

° ° °

La existencia de García Moreno es un combate en que el rojo hace de fondo y primer plano. La literatura garciana agota la gama del rojo. Quema, incendia y destruye, pero subordinada a motivos eminentemente prácticos.

Si insulta a Urbina o a cualquier otro, no lo hace en nombre de los principios ni obediente a rencores personales. El insulto garciano tiene una motivación exclusiva: acabar con lo que el revolucionario considera como corrupto, sepultando lo corrupto en un océano de desorden para, luego después, hacer surgir del caos distintas alturas políticas.

El estilo político y combativo de García Moreno, merece mayores atenciones que las que comunmente suelen prestársele. Es demasiado moderno para su tiempo, y conserva hasta hoy características de novedad.

No usa los principios, ni las altisonancias retóricas, ni las interminables citas clásicas tan del gusto de aquella época. Simplemente denomina a los fustigados con el epíteto que a cada uno corresponde en virtud de las ejecutorias personales. Califica públicamente lo que el acusado vive allá en el fondo de su interior. Y así, al cínico, denomina cínico. Al farsante, farsante. Al corrompido, corrompido. Ni más ni menos. Establece una escala de valores negativos, porque lo negativo posee valor político de gran alcance destructor, y con una como tabla de valores morales, residencia, sujeto por sujeto, a los usufructuarios de la nación.

Casi nunca cita, García Moreno, en sus escritos políticos los principios ideológicos,

a la usanza del tiempo. Los olvida en la hora en que debe hacerlo: conoce la ineficacia de ellos cuando la lucha boxeril de la política. No cae en la ridiculez de medir académicamente la frase o fundamentarla en filosofismos pesados o extemporáneos. Da el puñetazo, eso sí, advirtiéndolo muy bien dónde debe descargarlo, sin hacer discursos previos acerca de la legitimidad o ilegitimidad del golpe, la técnica del mismo o el lugar más vulnerable del adversario. De este aspecto razonador, hijo legítimo de su siglo racionalista, García Moreno consiguió escapar ileso. La enfermedad de los declamadores de principios jurídicos igualitarios, la pestosa verborrea democrática, no alcanzó a contagiar a este republicano, aristócrata de procedimientos.

El valor del panfleto político está en la eficacia y la popularidad, o sea en lo que de él se puede obtener por obra de la sorpresa y con el beneplácito que suele causar el golpe maestro dado a tiempo.

La eficacia y la popularidad del golpe garciano obedecen a la ausencia de discursos indigestos, a los movimientos rápidos y exactos, al olvido de las petulancias filosóficas. Sobre todo está en aquello de inexplicable que se presenta como drama, y drama puro, que obedece a un conjunto de oportunidades guiadas por la genialidad de quien sabe

traducir el enigma del tiempo que viene. Esta genialidad hace del golpe panfletario gesto deslumbrante y técnico, exacto al de la rapaz que menos tarda en cobrar que en descubrir la presa.

La literatura sin fondo, lo insustancial o lo diluído, contradicen el temperamento impulsivo. Y cuando el impulsivo es escritor, surgen las frases cortas, los pensamientos agudos, las palabras lacerantes, las expresiones rotundas y sintéticas. Cada palabra suena a guerra, cada pensamiento es un ejército alineado:

Los escritos políticos de García Moreno, ora apareciesen en periódicos propios de él o en los de sus amigos, tenían este distintivo: escaso número de líneas furibundas, frenéticas si se quiere, pero certeras y dramáticas. Aun los panfletos que se vió obligado a editarlos en folleto, llevan la misma característica, al presentarse divididos en muchísimos acápite de corta extensión. El técnico en golpes no olvida la lección biológica del ahorro de fuerza y tiempo.

El panfleto no es género culto, reservado a los iniciados en la alta literatura. Es género popular y debe ser digerido y entendido por las mayorías. Por lo mismo, requiere de calidades en consonancia con este objetivo mayoritario. El panfleto político ha de acusar claridad, celeridad, fijeza, cer-

teza y dramatismo. El género de los grandes insultos posee mecánica y psicología muy particulares, cuyo olvido conduce a la esterilidad a grandes escritores, que no saben explotarlas. La mecánica y la psicología del panfleto se asientan en la expresión cabal de dichas condiciones.

El panfletismo garciano que acusa estas calidades en conjunto, dio resultados prácticos, los apetecidos por el revolucionario constructor. Porque García Moreno derrocó presidentes y desafió la democracia liberal, pero sabiéndose de antemano llamado a ejecutar los destinos del Ecuador.

Sí destruyó, sí insultó, sí ofendió, pero en nombre de un sueño de grandeza incomprendible para muchos de sus adversarios. Entonces, como ahora, se vivía del lugar común. Y la originalidad garciana bien pudo parecer escándalo. Como por ejemplo, parece escandalosa la opinión del pensamiento independiente que rechaza, por repugnantes, los dos extremos del conflicto mundial iniciado en 1939.

Si antaño no se era liberal, se era ultramontano. Un revolucionario creyente, un cristiano rojo, tenía todas las dimensiones de la paradoja. Como es paradójal el pensamiento libre de un hombre de criterio que ahora tiene la valentía de rechazar el vetusto dictado de demócrata, sin caer en el

extremo totalitario.

Las dimensiones extrañas ofenden a los hombres de "su" tiempo. Montalvo fué el hombre de su tiempo, hecho y rehecho en dimensiones racionalistas. Luego, un anti-racionalista demoledor y constructor, constituyó para él una de las mayores insolencias contra la mínima deidad Razón.

Los principios y los derechos del hombre recibieron de García Moreno la atención secundaria que se merecen, cuando el programa político no es hacer sistemas sino edificar nacionalidades. Esto injurió a los ideólogos y políticos que respiraban democracia y latían democracia. A los políticos pequeños que creyeron —como hay algunos que siguen creyendo— en la salvación del mundo por los sistemas de Estado.

Las naciones se hacen y perduran por la Vida. En las fuentes de ella y en los secretos de ella penetró el "tirano" para hacer el Ecuador. Y no en la charlatanería de la Enciclopedia. Ni en el despotismo de la minúscula razón. Ni en los deslumbradores ejemplos del primer cadáver del liberalismo, Francia, cadáver vivo, que apenas ahora parece que acaba de morir.

García Moreno, hombre de impulso vital, odió de muerte el fantasma liberalista que ni es muerte ni es vida. Odió la rigidez del sistema de los grandes números aplicado

a la verdad y a la necesidad. García Moreno, hombre de impulso vital, supo que no son los principios los aplicables a la Vida, sino que es la Vida la determinante de los principios. Según él la vida ecuatoriana había de imponer la política. Rechazó la imposición pseudo-francesa de los principios sobre la vida de nuestro pueblo. Por esto le odió Montalvo, el más distinguido falsificador de la ecuatorianía.

Capítulo Noveno

La contradicción, un valor

EL HOMBRE no es estático en el sentido biológico. El bien ser y el bien estar, alientan en los cambios. Pero las contradicciones, bruscos cambios de la psicología, son mérito de los hombres superiores.

La biología exige cambios a todos, indudablemente. Pero la alta espiritualidad impone mutaciones a los seres elevados. La suprema psicología se distingue por la contradicción, porque hay almas que tienen pleno derecho para decir y contradecirse. En cambio el hombre medio, cuando llega a este extremo, incurre en delito o agita el escándalo. No puede alzar voces de refutación a sí mismo.

Esta clase de tipo humano, casi siempre

huérfana de pasado y de anhelos, jamás llega al doloroso minuto del conflicto, en que hay que contradecirse porque ha habido superación. No se encuentra nunca en pugna con los días decurridos o los caminos andados. Este tipo de hombre eminentemente conservador, situado en comodidad total sobre su presente, sobre el sempiterno presente de quien no asciende, condena inflexible la actitud extirpadora del tremendo jardinero podador del propio huerto, como es todo hombre de selección. Tarea de altitud es hacer la siembra en los rincones predilectos del interior, para arrancar despiadadamente lo sembrado, cuando así lo exigen urgentes siembras posteriores que, a su vez, demandarán también la poda. El estanque no reclama derechos a la contradicción, pero sí los pide el torrente. De modo igual los hombres estanque y los hombres torrente.

El camino impone deberes cuando es marcha ascensional. Y el mandato de ellos consiste en volver la cabeza y comprobar si hay distancias entre el hombre de hoy y el hombre de ayer. Si el camino ha conducido al punto de partida, el observador retorna con asombro y con vergüenza sobre un tiempo idéntico y un lugar idéntico. De nada le ha valido marchar para quedarse, al fin, en el terreno.

Mas, si el observador se encuentra le-

jos, tiene el placer de haber vencido en la contienda contra el enemigo peor. Ha marchado y ha caminado. Está lejos del sitio de arranque, puesto que al volver la cabeza no sintió el cansancio inútil de un viaje que le llevara al retorno. Qué lejos de sí se encuentra, y qué cerca va de conocerse. Pero esta felicidad reclama la fulminante compensación de las contradicciones.

Contradecirse en tales casos, casi siempre, se ha mirado como acto de debilidad. Yo creo que es, más bien, confesión de prepotencia y capacidad de arrojar contra el futuro las irremediables cargas del pasado. Porque no es liberación contradecirse. Es, ante todo, saber encadenarse más, con anillos de mayor responsabilidad. Quien no medita en los rendimientos efectivos del camino, o quien no tiene caminos, ése está liberado del futuro. Lo que mira en delante suyo, es lo mismo que ha dejado hacia atrás: monotonía.

El hombre de senderos, guerrea por vencerlos. Y cuando cree haber terminado con los primeros ya está en contienda con los segundos. El movimiento perpetuo enciende la delectación de los horizontes. Pero irroga el dolor —afrentoso para el vulgo— de las confrontaciones. El varón, o sea el virtuoso, encuentra la imagen suya en el pasado, y la rechaza. ¿Será placentero este re-

chazo? Que nos cuenten del dolor con que lo hacen los privilegiados de la fortaleza.

La contradicción es valor moral que se inclina sobre el haber en muchos actos de la vida de espíritus diamante, como García Moreno. Explica dichos actos y hasta llega a prestarlos sentido esencial. Sin esencia de contradicción, no entenderíamos el avance tumultuoso de ciertos personajes sobre su tiempo.

La primera contradicción garciana es la misma de Bolívar: haber luchado hasta imponer sistemas ajenos al carácter, la condición, el temperamento y los ancestros de de cada uno de ellos; pues Bolívar, tanto como García Moreno, jamás fueron demócratas.

La manera de trabajar y la de disponer el trabajo, la manera de construir y de supervigilar, revelan al aristócrata. Al hombre de cepa predominante, de raigambre despótica. El talante garciano delata, a primera vista, al señor acostumbrado a mandar. Al señor por cuyas venas va la sangre de otros preponderantes. Al aristócrata de pensamientos, acciones y procederes.

Esto es aristocracia pura: el gesto de superioridad sobre las espaldas del infeliz Ayarza, la mirada de rapaz, la voz tonante, el acto incontrovertible, la intención que a nada ni a nadie cede un punto. Sobre todo,

el hecho de borrar del frontispicio político a uno u otro presidente de la República, solamente con el título de superioridad que a García Moreno le da el ser García Moreno.

Pero si se llega un poco más adentro de esta psicología de tormenta, se hallan explicaciones fundamentales. ¿Quién que no sea aristócrata puede sentirse dueño de la vida y hacienda de los demás? Dentro del régimen democrático garciano, entiendo la pena de muerte sólo bajo esta manera de entender al hombre preponderante. Al entenderlo como aristócrata puro, se salva la disyuntiva de primer plano: cómo un hombre que busca el bien, pueda mancharse en sangre.

El sentido de superioridad presta una especie de plinto, desde donde se actúa como actuó García Moreno. La disciplina impuesta a sangre y fuego, la desdeñosa honradez del hombre que halla bajo o asqueroso medrar a costa de la vida pública, hablan el mismo lenguaje interno que la pena de muerte: traducen el concepto de la elevación.

Los procedimientos aristocráticos son ejecutivos, no admiten la discusión de las mayorías. Sin detenerse ante las consideraciones de la opinión general, todo preponderante obra por sí. Cuando concibe el pro-

yecto, le importa poco otra cosa que no sea el fin propuesto. Los sentimientos del mayor número le repugnan por adocenados y en nada cuentan cuando se miden las posibilidades. Para el aristócrata de la acción, concebir y realizar son una misma cosa.

Sin embargo, este hermoso ejemplar de aristocracia fué elegido por elección popular. Sin embargo entregó al pueblo la carta constitucional de 1869 para que la aprobara. Sin embargo luchó en la prensa y el parlamento por las libertades democráticas.

Otra manera de la contradicción garciana es el método para imponer el orden —hay que hablar anteponiendo el posesivo "su", porque García Moreno tuvo el suyo y muy legítimo, no imitable ni mensurable con pobres remedos de caricatura. Pues bien, impone el orden por medio del desorden. Todo lo echa abajo para sentir el placer de la reconstrucción. Como la naturaleza que ciertas veces cura por medio de males.

Los procedimientos revolucionarios le han dado la norma. Crear el desorden para ser el organizador en medio del caos. Pero la vanidad de este sueño merece el contraste de la responsabilidad y la hombría que andan muy distantes de lo común. García Moreno puede ser considerado como uno de aquellos raros de la Historia que ha conseguido dar forma a su revolución.

El catálogo de las contradicciones garcianas agotaría el alfabeto, al proponerse la tarea harto pesada de clasificarlas. Basta saber que fueron muchas en el camino opulento de novedades que sigue los pasos del incansable estructurador.

Pero no basta saber que, por necesidad interna, el hombre superior tiene derechos legítimos a la contradicción. Es de dialéctica añadir que la oportunidad de la contradicción presta valor a los actos del hombre público de talla superior.

Por ejemplo: García Moreno prometió, con solemnidad, no aceptar cargo alguno, luego de cumplir el propósito de derrocar al presidente Espinosa. El revolucionario, poco después, cumple el cometido, quita de la faz política la figura de Espinosa y... acepta la presidencia de la República. ¿Contradicción? Y muy escandalosa, todo lo que se quiera, pero oportuna para el Ecuador que en la segunda administración garciana comprobó hasta la evidencia la oportunidad de esta escandalosa contradicción. Es que, en esto como en muchas otras cosas, García Moreno sabía refutarse a tiempo.

° ° °

La falsía no es la contradicción. Vulgarmente se suelen confundir estos polos de

la voluntad. Contradecirse es ser valiente. Mientras que la falsía es el mimetismo del hábil cobarde. El luchador se contradice en la media plaza, en el parlamento, en la prensa. El político —se entiende en el sentido maquiavélico— no llega a la contradicción, porque conoce el pasadizo secreto que ha de llevarle al puente de la falsía. Las dos actitudes polares corresponden, pues, a dos tipos humanos también opuestos.

Es muy cierta la inmortalidad de siglos que lleva sobre su triste fama Maquiavelo, el filósofo más realista en el arte de conducir los hombres como rebaño. Y no se olvide que en sentido primitivo pastor y gobernante se confunden. De allí que, sin incurrir en contradicción, un consejero de aristócratas como pretendiera ser el florentino, ha resultado el espíritu vivificador dentro de los regímenes de arrebatación, como son, en el hecho, las democracias.

No viene al acaso la reminiscencia. Es para probar de qué modo llega el maquiavelismo a sentarse en el extremo de la falsía, mientras al otro cabo del diámetro asoma el luchador revolucionario y brusco. Se sitúan en las antípodas el fino político de mano enguantada y el luchador de puño cerrado.

Y lo que pasa y pasará siempre, es muy viejo para la Historia, desde antes que se

inventara el maquiavelismo, hasta que desaparezca el último racional de energías creadoras. El hábil político de mano enguantada no se contradice nunca, porque encubre la escasa personalidad que posee, con tal de que llegue a predominar la intención, buena o mala, de adquirir o conservar el poder. El político hábil está dotado de talentos, de actividad, hasta de intuición. Pero no posee personalidad. Solamente así se explica cómo le importa tan poco el fracaso de la personalidad, con tal de que se salve el manejo.

En cambio, el luchador es personalidad en grado superlativo. Y en todo momento busca la manera de salvar lo mejor que posee, es decir, la efigie interna exteriorizada en formas dramáticas. Si el interior cambia, la efigie externa cambiará también, porque la personalidad es ingenua. Contrariamente a la habilidad que es siempre falsa, que nunca se contradice, el espíritu de lucha del hombre superior dice palabras contradictorias, opuestas, de autorrefutación. El hábil político lleva tranquilamente a término su taimado propósito. El luchador de personalidad no teme comprometer la causa encabritada que defiende, pues sabe que a la postre destruirá a golpes el camaleonismo del manejo.

Don Gabriel García Moreno, en sus ges-

tos de titán, más de una vez redujo a la impotencia la artimaña del camaleón político que pretendió cerrarle el paso.

° ° °

García Moreno incurrió en contradicciones sin dejar su módulo de dialéctico acerado. ¿Cómo salvó la disyuntiva?

Los hombres de profundidad conocen dos especies de lógica. Mecánica la una y externa, dirigida al proceso puramente material de los discursos de razón. La ótra interna y orgánica, una lógica definitiva, impulsora de los actos trascendentales y que, al mismo tiempo, graba carácter sobre la personalidad. Aquella categoría dialéctica tiene existencia racional. La segunda es vida y actualización del hombre en sus hechos.

La lógica mecánica tiene, entonces, derechos a la contradicción, cuando la otra es grito impetuoso que llega desde las profundidades de la vida y quiere imponerse con la impetuosidad del camino nuevo.

Hay una voz lejana que habla la misión señalada a los humanos. Cuando se hace al mar esta palabra irrefutable, llega dando tumbos sobre las olas de la lógica exte-

rior. Pocos son los llamados a escuchar esta voz difícil, intermitente como relámpagos en noche sin estrellas. Feliz y desdichado a un tiempo aquel que oyó el imperio de esta palabra absoluta. Tiene motivos para ascender escalones sobre la medida normal de los hombres. Y tiene amarguras mientras soporta el destino de creación impuesto por el llamamiento. Por él tendrá que hacer lo posible y lo imposible. Por ese llamamiento caminará ciego a las solicitaciones del contorno. No verá otra cosa que la sentencia encendida de destinos, que le obliga a cumplir con el destino.

Capítulo Décimo

Galería en Escarlata

**Ya tengo honra, pues ya tengo
espada con qué seguirlos**

(CALDERON)

EL PERIODO que se extiende desde 1860 hasta 1875, evapora sangre hasta hoy. Algo así como cincuenta víctimas, como cincuenta fantasmas se levantan borrosos y suplicatorios entre cortinas de fuego y escarlata. La galería es confusa pero tétrica. Aparecen solamente las víctimas, los verdugos y los cuadros finales. Pero no asoman los crímenes, ni la finalidad política de tales crímenes.

Parece que la temperatura de la sangre en sí misma tuviese el foco de constan re-

novación. La sangre derramada por García Moreno parece condenada a no enfriarse. Y, como marca endemoniada, juega manchando de rojo y negro el rostro imponente del hermoso déspota. La mancha virtual ensucia el rostro del déspota, según anda a decir la historia escrita en la superficie.

La época aludida no es ejemplar ni única en la vida ecuatoriana. El ensayo de Rocafuerte, verbi gracia, liquidó a más de setenta inconformes con la ley, la moral pública o el régimen. Sin embargo, la época de Rocafuerte no es el escándalo de la sangría, pese a lo desproporcionado del número de víctimas, con relación a sólo cuatro años de gobierno.

Pero no se afrenta a Rocafuerte como se afrenta a García Moreno, reos ambos de delito análogo: haber matado por orden de la ley. Es evidente que el delito de ambos se perpetra a plena luz legal e histórica. Ambos son sanguinarios, aunque de manera muy distinta a la de otros humanitaristas románticos, que abolieron la pena de muerte para ensuciar hasta la encrucijada, para desplomar inmensos muebles o ejecutar otros actos de secreta eliminación de personajes innecesarios. García Moreno, como Rocafuerte, son idénticos en esto: mataron con el amparo del sol.

Mas, García Moreno es el crimen y Ro-

cafuerte la inocencia.

o ° o

El romanticismo es la caricatura de la Edad Media. Es el alma individualista —miserísima alma cuantitativa— que pretende vivir el feudalismo que representa inmenso espíritu cualitativo. El romanticismo o democracia de verdad, se finge el medievalismo o aristocracia de verdad. Pero apenas hay algo más opuesto que los polos o que estos dos estados culturales. Lo que es masa —individualismo— jamás llegará a constituir selección. Y apenas hay algo más selecto que la aristocracia medieval, que el feudalismo, que la caballería, que el sentido del servicio social.

Ahora bien, cada uno de estos estados culturales o estados de alma colectiva, expresa su palabra de orden, santo y seña de su fisonomía ante la Historia. En la esencia medieval encontramos una virtud: el Deber. En la esencia de la edad moderna hay una pretensión: el Derecho. Deber y Derecho, palabras de orden pronunciadas por cada edad, exigen meditación detenida y aquí se consignará solamente una de las lecciones que de sí pueden dar a la crítica.

Si se quiere encontrar la diferencia esencial entre individualismo y feudalismo —entre alma cuantitativa y alma cualitativa—, se debe recurrir a la dualidad Deber-Derecho. La disyuntiva, más de índole cultural que lógica, y que algunos han pretendido afirmarla como si se tratara de un correlato, afirmando la cabal correspondencia entre deberes y derechos, es algo más que una disyuntiva. Es el alma de dos estados de alma, y la esencia de dos moralidades que se rechazan: la moral moderna y la moral medievalista.

Y se rechazan las dos como lo ideal y lo utilitario se esquivan contraponiéndose eternamente. Las dos se tienen repugnancia. La rígida moral aristocrática y caballeresca, cimentada en el principio del Deber, expresa sacrificio. La ventruda moral democrática, cimentada en el Derecho, grita ansiedades de beneficio.

Aristocracia es sacrificio. Democracia es beneficio. ¿En dónde queda el sacrificio cuando se sumerge en las aguas del utilismo, o la utilidad que se desviste en la belleza del sacrificio? En uno y otro caso se desvirtúan sacrificio y beneficio. Y aquí descansa la repugnancia fundamental de los dos estados de cultura. En el terror del sacrificio a convertirse en inmundo beneficio. Y en el espanto de la utilidad a quien enfurece cual-

quier intento de disminuir el goce.

Codicia y desprendimiento. Avaricia y largueza. Usurpación y donación. Imperialismo y ecumenismo. He allí algunas antítesis que se derivan de la disyuntiva primera. El primer miembro de cada una de las oposiciones anotadas está en la medula democrática muy capaz de imperialismo. El segundo miembro de las mismas oposiciones está en el sentido profundo de la Edad capaz del ecumenismo.

Hasta los lemas de las dos Edades se repelen. "The struggle for life", la lucha por la vida, cómo insulta al "noblesse oblige" de los señores de espada y honor. Y hasta las virtudes sufren una inversión: el honor, de adentro sale hacia afuera y pierde el contenido esencial que lo determinaba. En las democracias el honor vale cuanto pudieron haber valido en la Edad Media las armas del caballero transportadas por el lacayo.

Tenemos, pues, dos esencias de moralidad. Selecta, cualitativa, generosa, altruísta, la úna. Mayoritaria, cuantitativa, egoísta, amorfa, la ótra. El sacrificio es personal: lo hace éste o aquel señor, éste o el otro personaje. El beneficio del Derecho es para todos, sin diferenciar a ninguno, sin preguntar nombre, calidad, capacidad o condición. Las obligaciones del señor caballero son personales. Los derechos colectivos son indis-

tintos: en ellos pueden beber quienes tengan sed o tengan labios. Y beben más los más sedientos o los de mayor belfo. Para algo las aguas de la revolución liberalista son tan copiosas.

o o o

La idea del sacrificio se completa con la del honor. Y caballerescamente el honor vale más que la vida. Al hombre de espíritu aristocrático no le arredran el dolor, la guerra, la sangre, la vida. Vive su ideal de sacrificio y ante él depone cuánto le rodea.

No se traduzca tal interpretación de la aristocracia en mal sentido. Por el contrario: el sacrificio es la depuración, la pureza de vista y de acto, de pensamiento y de voluntad. Donde quiera que exista el sacrificio no está la hipocresía.

El sacrificio sabe que la Justicia es coexistente con Dios y en Dios. Y, por tanto, jamás cocodrilea con lagrimones postizos por lo que vale menos que el honor. El sacrificio no llora por la sangre que se derrama. No llora por las víctimas autoras de un delito. No llora por los victimarios, por los verdugos, por los injustos. Al sacrificio nada le importan las lágrimas de las muje-

res o los chillidos de los niños. Al sacrificio le importa la justicia valorada muy arriba, en la estratosfera moral. Le importa la Justicia que vale infinitamente más que la vida de todos los hombres que fueron, que son y que serán.

En cambio el beneficio busca solamente el goce. Nada le importa el ideal, las voces eternas nada dicen en su oído cerrado para lo que no es codicia. El sentido utilitarista de la democracia, tranquilamente ve hundirse el honor y la virtud, con tal que el título fiduciario pague en la bolsa mejor porcentaje de interés. La moral utilitarista siente sólo cuando le aprietan en la garganta o alguien le perturba su buena digestión. Busca el goce y olvida el deber.

En tal forma se ha cumplido la transvaloración de los fundamentos morales, que ahora asustan la palabra del sacrificio o la llamada del deber. Vuelto totalmente hacia afuera el sujeto humano, convertido de persona en individuo, por obra y gracia de la Revolución, es lógico y, si se quiere, fatal que el Deber haya sucumbido víctima del avance incontenible de la pretensión o, llamada de otro modo, del Derecho.

Los derechos se ventilan en las calles y en las plazas. Se discuten en las academias de la vanidad o parlamentos. Y muy pocos piensan, desde la Revolución francesa hasta

la fecha, en la esencia interna del hombre, del hombre político, animal colmado de deberes.

Ahora bien, en conformidad con los principios se desarrolla el régimen político, social, económico y civil de las edades. Si sacrificio y beneficio, si Deber y Derecho son la esencia íntima de las dos culturas, es de necesidad que sobre ellos se hubiesen elevado los sistemas de convivencia, sea en el aspecto privado, sea en el aspecto público. Al olvidárlas, la Edad Media o la Edad Moderna, les hubieran traicionado y, por tanto, se hubieran traicionado, es decir suicidado. Pero en esto, como en muchos otros aspectos de sus existencias, las dos edades tuvieron absoluta consecuencia con ellas mismas.

Los sistemas de reprimir el delito —el delito *in genere*, libre de la distinción en común y político— guardan perfecta armonía con los fundamentos expresados. No es dable creer que los métodos de represión o castigo queden al margen de las instituciones construídas sobre la esencia de los propios tiempos. La moral social y la expresión jurídica de la misma, andan al paso por idéntica huella. Si la moralidad colectiva se fundamenta sobre el sacrificio, el honor y el Deber; o si la moralidad colectiva se nutre de beneficio, de igualdad y de Derecho, los sistemas de sanción hablarán lenguajes di-

versos. Pero hablarán lenguaje idéntico al que hablan las categorías o primeros supuestos de la moral, en cada punto de la Historia.

Los métodos de represión del delito, serán, pues, peculiares a cada estación de la vida cultural. En el clima aristocrático la punición es remedio de honor y de virtud. El honor vale más que la vida. Más que la vida del gobernante y, *a fortiori*, del gobernado. Entonces viene la pena de muerte para todo delito que ha herido mortalmente el organismo vivo de la moral pública o privada. La pena de muerte adviene como de necesidad indiscutible.

En el clima democrático hay igualdad de derechos, igualdad de aspiraciones. El romanticismo se interna hasta los repliegues más íntimos y resuelve los problemas en sentimientos. Nace el humanitarismo. Todos los sujetos, todos los individuos, tienen por igual el primer de los derechos, el de vivir. Por consiguiente, nadie es dueño de la vida de los demás. El anhelo de vivir es infrangible y la ley no está en el caso de violarlo. Surge el odio a la pena de muerte, al remedio que viene de arriba hacia abajo. Y surge, al mismo tiempo, el sentimiento de atenuación del delito y de reeducación del delincuente —producto netamente democrático— que representa el remedio de acomodación y te-

neficio. Esta sanción se impone horizontalmente entre iguales, al contrario de la pena capital que, como se expresó, es remedio que cae de arriba hacia abajo, es solución entre desiguales.

Como se ve, las dos culturas que se oponen en sus fundamentos, se oponen en sus detalles y en las consecuencias de los principios fundamentales. El sentimiento inflexible de lo justo, es la antítesis del sentimiento humanitario de la igualdad. Y no es raro, entonces, que la vista acostumbrada a encontrar humano y excusable el delito y humana la reeducación del delincuente, halle escándalo en las últimas consecuencias dialécticas de la responsabilidad: la muerte del infractor de la ley moral.

Desde el punto de vista democrático no se puede juzgar la pena de muerte como necesaria. Atenta contra el primordial anhelo individualista, la vida. Y se la mira como criminal y monstruosa, sobre todo cuando incide sobre los llamados delitos políticos, que no son otra cosa que la expresión extremada de los pensamientos propios.

En cambio si la pena de muerte se hubiera ausentado del escenario aristocrático —del escenario político de la aristocracia—, tal ausencia habría constituido atentado contra la razón, la conciencia y la vida de los hombres de honor.

Ni la aristocracia está en el caso de juzgar a la democracia. Ni viceversa, ésta a aquélla. El personaje del sacrificio no puede llamar cobarde ni envilecido al individuo del beneficio. Ni este tiene razón alguna para calificar de bárbaro al otro tipo humano medieval. Porque ni el segundo peca contra el humanitarismo, ni el primero, relativamente a sus principios de utilidad, peca contra el honor, la justicia inflexible o la responsabilidad sin menguas. Cada tipo humano es el producto de su medio y su moral.

Sin embargo esto no impide que demócratas haya habido en los tiempos del honor, y caballeros aristócratas en los siglos del Derecho. Este aparente contrasentido se explica de manera fácil si se comprende cómo es la democracia el más viejo anhelo de los hombres por gobernarse a sí mismos. Y si se comprende que aún en los medios más vulgarizados y plebeyos, aparecen tipos humanos de belleza moral selecta y distinta de las turbas, tipos que representan otro anhelo de la humanidad, tan viejo como el democrático, de edificar la cultura sobre fundamentos de minoría y distinción.

Ya se dijo, García Moreno perteneció a esta última especie de selección. Era personaje de gesto elevado y de rango y, por tanto, sus procedimientos verticales iban desde

arriba hacia abajo. Luego, la pena de muerte estuvo bien centrada en medio de los procedimientos políticos garcianos. Pero no estuvo porque sí. Estuvo dramáticamente situada en el lugar más vistoso, y el protagonista semejaba un caballero del teatro clásico español. Tanto hubo de vital y de cabal en la escena y la trama. Puesto que apenas hay época más vivida por el Ecuador que ésta de la preponderancia del "Tirano". Puesto que apenas hay época más cierta en la historia de las pasiones elevadas del mundo occidental, como el período de la rotundidad española expresada en el drama de honor. Para nuestra tierra, la fracción cronológica que nos ocupa, fué de pasiones grandes, sinceras de un lado y dudosas de otro, pero siempre grandes, es decir capaces de acción vigorosa. Todo el Ecuador tomaba parte del suceso. No había espectadores en este drama tan íntimo de la nacionalidad que principiaba sobre un lago de sangre en donde se ahogaron las ambiciones, las traiciones, los patricidios. Porque éste es el cabal sentido del aristocratismo garciano en su más ardua empresa: acabar con la delincuencia política —libertad de pensamientos o de actos que, a poco andar por la realidad, son el libertinaje—, con la inveterada patología política inventada en nombre de los principios republicanos.

Mucho han preocupado la pena de muerte y la tiranía de Gabriel García Moreno. Pero muy poco ha preocupado, hasta ahora, pensar en lo que hubiera sido del país entregado al desenfreno que, como huracán de furias, desató a los vientos de la Cordillera la bulimia política del general Urvina, especie de demócrata atacado de delirio atroz. Indudablemente el Ecuador ya no existiera: atarazado por todos sus linderos, devorado por el norte y por el sur, acabado por el corrosivo militarista, el Ecuador ahora fuera quizás menos que el recuerdo. Y no un recuerdo colectivo con ansias de volver a ser, sino una reminiscencia anotada entre líneas de algún texto de historia muy documentada.

¿Y sabemos, acaso, lo que significa matar la nacionalidad o borrar del tiempo la suma de hechos que representa un anhelo colectivo o pueblo? El crimen de la gran desnacionalización no merece aún catálogo, porque no entra en las medidas ordinarias de la delincuencia. Pero la pasión injustamente calibrada para el examen venenoso de los sucesos ecuatorianos, sí calificó con enormes epítetos denigrantes al único ecuatoriano que se levantó contra Mosquera, Urvina, Castilla, Franco y más coaligados contra el Ecuador. Treinta filibusteros sorprendidos en Jambelí, nada más que eso, costó la

readquisición de la Historia y la nacionalidad. Pero la vida de treinta mercenarios fusilados sin trámite alguno en momentos de haberse obtenido la victoria más inverosímil, fusilados precisamente en horas en que menos se podía pensar en trámites u otros vericuetos legalistas, representan más, infinitamente más que la incatalogable pretensión de poner punto final a la soberanía. Por esto, García Moreno, es asesino. Pero no es Urvina. Ni son asesinos Franco, Castilla y otros héroes de la empresa.

° ° °

El delito garciano se perpetra a plena luz histórica y con el amparo del sol. El mandatario de los procedimientos aristocráticos midió su tiempo no con el metro de su tiempo, sino con la medida de su propio temperamento personal, de manera idéntica a cuántos otros se han adjudicado, por derecho de superioridad espiritual, la facultad de residenciar al siglo en que actuaron.

No tuvo necesidad de ocultar sus violencias. Los procedimientos quedaban justificados por el anhelo de hacer el Ecuador. Entre la muerte de la nacionalidad y la muerte de cincuenta hombres, cualquier per-

sonaje de rango y jerarquía habría escogido lo segundo. El balance es claro. No necesita la argumentación jurídica, quizás ni la misma defensa histórica. Basta y sobra el hecho de que un actor de íntegra vitalidad se presente a ejecutar la Historia.

Parece aventurado que en época de derechos o de democracia se hable de estas cosas. Pero es que precisamente la época democrática fracasa por haberlos olvidado. Hay algo que vale mucho más que las pretensiones y las igualdades. Y este algo es el sino de los pueblos, la finalidad a que están llamados, el porvenir que avasalla los obstáculos. No es cierto que las instituciones enrumben la Historia, como se repite en un lugar común. Son los grandes actores, los grandes personajes quienes ejecutan la tarea histórica, quienes sienten el impulso secreto de las multitudes y los siglos. No son las leyes ni los convencionalismos quienes crean el orden o abren caminos en el tiempo. Estos factores, muchas veces, han cerrado los horizontes.

García Moreno, como otros, entendió el llamamiento del futuro. Y se marchó sobre cuanto obstáculo cerraba el camino de la nacionalidad: leyes, convencionalismos, costumbres, principios, fórmulas aceptadas. **Sicut tábula rasa**, tal como una tabla rasa quedó el territorio para que allí, con sangre y vio-

lencia, se escribiera el nuevo nombre del Ecuador. ¿Y qué misterio de la vida no importa el contrapeso de la tragedia, para que cause espanto la cifra en rojo subido que la voluntad del mandatario con conciencia histórica, escribió sobre el suelo arrasado de la Patria?

Entre los valores la muerte es uno de ellos. Negativo si se quiere, pero imprescindible para que otros valores positivos adquieran eficacia y plenitud. En los saldos históricos y culturales que se ven al liquidarse las épocas, las cifras de la vida y de la muerte adquieren la valencia que les corresponde. Mientras tanto habla la ceguera o el odio.

Pero cuando se cierran las épocas —y ésta de la democracia amenaza ya su fin— es urgente ver los totales al pie de la vida y de la muerte. No me asusta la cifra con que García Moreno hizo acrecer la columna de la muerte. Sí me asusta la cifra con que dejó a la columna de la vida inepta, peligrosa y amenazante. Cifra que siguió de sembrero de revoluciones antiecuadorianas y antinacionales.

No defiendo la pena de muerte en sí misma. Solamente observo que en horas determinadas, y en manos determinadas la supresión de libertades y derechos es inaplazable. Imaginémonos por un momento un

García Moreno atado de brazos y acribillado de revoluciones suicidas u homicidas. Pensemos en la tristeza de este cuadro histórico: Prometeo amarrado por mil cadenas y atarazado por diez mil perros furiosos o por mil colmenas de avispas. Ciertamente que habría para dolernos de la dignidad humana y protestar contra los cielos. Y, seguramente que no injuriaríamos al valiente compasivo que libertara al encadenado y persiguiera a los verdugos.

Sin embargo muchos querrían que Prometeo siguiera encadenado, o que García Moreno hubiera sido un maniquí de los oportunistas políticos de aquel entonces. No se mide el valor moral de la energía garciana, el valor histórico y regenerador de sus procedimientos y dimensiones. El sofisma de la sangre es demasiado convincente para que no sea difícil reaccionar contra él. Es un sofisma muy denso y peligroso para el criterio. La sangre tiene el poder de nublar la pupila.

Mas, es muy útil rechazar el sofisma de la sangre. No todo el que derrama sangre es criminal. Ni el principio sagrado de vivir que lo debemos solamente a Dios, es siempre inviolable. Hay instantes en que derramar sangre puede constituir virtud. Y hay hombres que, a ratos, se sienten dueños de la vida de los otros hombres. Sólo

que es interesante saber cuáles son dichos instantes y quienes dichos hombres. Porque la tarea de ejecutar la historia, tarea que demanda tiempo oportuno y personajes adecuados, es tan vital como dar la vida a un individuo de la especie.

No son meros hechos personales o incidentes huérfanos de trascendencia la pena de muerte y la represión política a ultranza que ocurrieron en la hora garciana. Son de orden necesario dentro de nuestra historia menesterosa, ahora como entonces, de espíritus indomables. El Ecuador, o lo que así se llamaba, necesitó en aquel tiempo de alguien que tomara cuentas al siglo. Y ese alguien fué don Gabriel García Moreno.

o o o

La acción del drama es terrible. Se descorre el telón de manera violenta, como barrido por el vendaval y desde la primera escena aparecen las víctimas.

Son muchas. Asoman agobiadas de fábula y rencor político. Pero no obstante son víctimas que reclaman comprensión. Según los principios férreos del garcianismo son los demagogos, los traidores, los vendidos al urbinismo, el peor flagelo, especie de epide-

mia y epizootia que diezmaba el elemento vital. Para García Moreno las víctimas eran execrables, no por sí mismas, sino por el mal que hicieron al Ecuador. Para los enemigos de García Moreno, eran la inocencia, el ideal ultrajado, el símbolo puro del republicanismo.

Y la Historia ha dado razón al Tirano. Ciertamente que los procedimientos, a veces, rebasaban la medida normal. Pero al fin, el fin acababa dando razón al mandatario.

Tratemos de cerca a algunas de las víctimas que descuellan en el drama.

Allí en el ángulo de la befa está un general de la independencia. Es anciano. Tiene algunos honores a modo de condecoraciones sobre su pecho. Es un valiente por raza y por profesión. Ha luchado por la Independencia. Tiene a su haber el pasado épico de América, siquiera en la modesta proporción en que le nomina la Historia, pero mucho más en la fulgente cauda de brillos bolivarianos. El general anciano, cargado de pretérito, es panameño y mulato. Se llama Fernando Ayarza y es uno de tantos que de la épica se desbarrancó hasta la cochambre militarista. Le acusaban de profesional de las revoluciones. Además le tildaban de perfecto exponente de las crueldades de su raza. A órdenes de Otamendi, el terrible negro de la hueste heroica, cometió

en unión de sus congéneres los tauras, cientos de tropelías incalificables.

Allí en el ángulo más agudo de la befa está el veterano de la Independencia. Ha saqueado, ha asesinado, ha convulsionado tantas veces el territorio nacional. Y ahora está allí, acusado de un delito que el código no determina. El hecho presente quizás no merece la atención exclusiva y tremenda del Tirano. Pero Ayarza, el soldado con haberes de gloria, cuenta un debe incalculable de delitos. Es maestro en las revoluciones de tipo militar: Ya la ley no puede contenerle. Ha acabado de practicar el catálogo de la delincuencia política, hasta que, ahora, los jueces perplejos no saben cómo se denomina la culpa ni la medida de la sanción con la que harán expiar la culpa.

Pero García Moreno sí conoce muy bien la solución. Para delitos inusitados, penas inusitadas. Y allí tenemos al general. Ha acabado con la paciencia del mandatario. Y éste se propone a su vez, terminar espectacularmente con el syndicado de cientos de reincidencias continuas. No puede dejar un vacío la justicia, la tremenda justicia de orden civil, sobre la cabeza del mayor delincuente militar. El cesarismo no derrotará a García Moreno, por falta de ley. El Ecuador está muy por encima de la ley, y la pena será de índole extralegal. Y del desdi-

chado veterano de la Independencia y de los atropellos alcanza el galardón más escandaloso. Si su pecho recibió antaño los honores de la condecoración, sus espaldas, ahora, recibirán la infamia de los azotes. Con espectáculo calculado, en medio de la admiración de unos y otros, Ayarza, recibe castigo no consignado en el código, a cuenta del delito que tampoco estaba consignado en el código.

¿En dónde el amparo constitucional y legalista de los reconocidos derechos del hombre? ¿Qué se hizo la dignidad humana en pleno siglo XIX? Pero ya lo sabemos, García Moreno es hombre de aristocracia. Para él el honor vale más que los derechos. Y castiga desde arriba, haciendo sentir a la víctima la bajeza de los procedimientos de ella y de las dimensiones de ella.

Y el bravo mulato de las hazañas gloriosas y de las tropelías innumerables, murió a los pocos días del suceso inesperado. Mereció el látigo, como si hubiera sido la sentencia previa de la muerte. Por mi parte, no considero el hecho sino desde este punto de vista: ¿cuántas revoluciones morirían, en germen, sobre las espaldas de este aventurero de la política militarista?

Indudablemente, con drama y todo, si la lección sirvió para muchos, no se puede negar que otros tantos quedaron al margen

de esta pedagogía tremenda, pero inaplazable. Si la fuerza y sus desplantes sin sentido, tuvieran siempre Ayarzas para ejemplo, y García Morenos para dique. . .

o o o

Otro de los descollantes del drama rojo es el General Manuel Tomás Maldonado. Rocafuerte tuvo también el suyo, tan visible como éste y que, de modo igual, provocó un gr to de protesta unánime al ser ejecutado de manera muy vistosa.

Manuel Tomás Maldonado era revolucionario de cepa y de casta. No era un soldado vulgar, por el mérito de saberse reconocer. Muchas veces le ofrecieron sus amigos, partidarios y subalternos el mando supremo, pero él, con talento y acierto, lo rechazaba sintiéndose incapacitado para una misión superior a su persona.

Pero era un revolucionario de casta. Tanto que uno de los modernos historiadores de nacionalidad estadounidense lo califica en términos que no resistió a transcribirlos. El Dr. Ricard Pattee, al hablar de Maldonado, lo define: "sirvió sucesivamente a todos los gobiernos de la República, traicionándolos con regularidad matemática".

Maldonado tenía brillante página de servicios. Pero, como Ayarza, adolecía de igual contrapeso de delitos políticos. Y el patriotismo de esta víctima no es tan claro como se ha tratado de presentarlo. Hubo sospechas de la traición de él en Cuaspud. Y no solamente sospechas, pues cuando García Moreno le hizo intimar orden de prisión, sin percatarse de testigos y seguro de verse libre muy pronto, exclamó: "El Loco a mí no me fusilará, cuando no lo hizo por lo de Cuaspud".

Con Maldonado sucedió algo muy interesante. García Moreno no quiso fusilarlo. Envió a decirle que desaparezca, porque si lo captura habría de pasarle por las armas. Y el empedernido revolucionario se dejó capturar. Más aún rechazó la expresa voluntad de los apresadores que le pidieron que fugase y hasta le dieron campo en la montaña para que así lo hiciese.

"Lo que es a mí, el Loco no me fusilará jamás" repetía a las súplicas de cuantas personas le rogaron fugase. Hasta que Veinfimilla, luego de haber viajado con él algunos días por la Cordillera y el despoblado, acabó remachándole un grueso par de grillos en Ambato.

El Loco no me fusilará, parecía la obsesión de Maldonado. Y llegó a Quito, y algunos afirman que hasta tuvo una entre-

vista violenta con el Tirano. Pero éste, como refutación inconsciente de las palabras de Maldonado, ordenó el fusilamiento, en plaza pública, a plena luz del día y con la aparatividad que acostumbraba García Moreno en sus grandes actos.

De nada sirvieron los ruegos de toda la sociedad y del elemento más distinguido del mundo político. Ni los ruegos de la intimidación desviaron la sentencia. Maldonado había de morir, aunque el reo de tantos delitos no creía en la posibilidad del hecho. Parece que dudó hasta cuando iba por las calles de Quito, camino al patíbulo. Ningún detalle faltó en esta escena. El oficial del grupo de tiradores que habían de ejecutar la sentencia, conmovido por la inesperada visita de la mujer del reo, prestó tiempo para una larga despedida y, dicen, hasta envió un mensaje de última súplica al Mandatario. Pero éste, impertérrito, reafirmó la orden, a las cinco de la tarde de aquel 30 de agosto de 1864.

García Moreno pretendía asestar la puñalada más certera al militarismo. Y cumplió el propósito de manera rotunda. La victoria garciana fué cabal. En Quito se hizo el silencio. Y sólo el Tirano paseó aquella tarde a caballo, recorriendo, como de costumbre, todas las obras públicas. Cuentan testigos de oída que las gentes cerraban las

puertas viéndolo pasar. Iba lentamente, preocupado, como se preocupa con la faena del siguiente día, el que acaba de obtener la victoria más costosa.

En cabeza de Maldonado murió no solamente una hidra. Murieron cientos de hidras con miles de cabezas.

Para completar el cuadro, hubo un detalle de perspectiva. Otro de los infatigables profesionales de la revuelta, el distinguidísimo Dr. Juan Borja que, enfermo y todo, guardaba severa prisión en las cárceles públicas, salió por orden superior a presenciarse la ejecución de su colega de aventuras. Borja sintió lo que pudo sucederle, vislumbró en aquella tarde el final que cabalgaba sobre su destino, y se agravó. A los pocos días el Dr. Juan Borja murió en la prisión.

° ° °

Borja era un personaje, a todas luces distinguido. Fué apresado por habersele acusado de conspirar en unión de Maldonado contra la seguridad del país y contra la vida de García Moreno.

Esta víctima que tantos comentarios motivó en su tiempo y después, era tan ino-

cente como las anteriores. Más de una vez intervino en masacres callejeras y en calidad de actor o agitador de motines incalificables. Si tenía alma de revolucionario, tenía a veces procedimientos de descamisado, como cuando el pueblo de Quito se alzó en masa contra Urvina. En aquella jornada en que murieron jóvenes y muchos artesanos, Borja tuvo brillante papel en defensa del cesarismo.

La odiosidad política que siempre se duele de las víctimas que no causa ella, se resintió profundamente con el suceso de Borja, encerrado en grave estado de salud y a quién, se dice, no se le permitía asistencia de los suyos ni visita de médico alguno. La herida de aquel acontecimiento se desangró en multitud de panfletos y publicaciones ofensivas, que no hacen más que echar sombras sobre el asunto.

Pero el Dr. Juan Borja no era inocente. Como tantos otros, incurrió en el mismo delito que, de antemano, se sabía cómo era merecedor de atento castigo por parte de García Moreno.

El Dr. Juan Borja era conspirador de profesión. Y en esta vez había atentado de deseo contra la vida de García Moreno. Hasta pocos días antes estuvo prófugo. Sirvió de intermediario entre Urvina y Mosquera en el crimen de invasión armada al Ecu-

dor que el primero meditaba constantemente con ayuda de Colombia y Perú. Y no regresó al país sino a pedido de Mosquera en los primeros días de 1864. Apenas llegado a Quito, volvió a conspirar, y esta vez, con Maldonado. Descubierta la conspiración, huyó el Dr. Juan Borja y al hacerlo se arrojó a una profundidad, de donde le sacaron herido en la garganta para conducirlo a prisión. Cuatro meses de encierro guardó a contar desde aquel día. La herida se le ulceró gravemente, y algunos afirman que en la úlcera se le presentó un cáncer, sin que por eso hubiera compasión para el prisionero, quien siguió con grillos en el calabozo más frío y tétrico.

El martirio del Dr. Juan Borja y Lizarzaburo que terminó en la madrugada del 6 de octubre de 1864, ha dado motivo a cientos de comentarios y apologías. Pero, indudablemente, a pesar del ensañamiento de García Moreno, esta víctima no fué condenada sin causas justas.

° ° °

—¿Qué pena merecen los traidores a la Patria y los conspiradores contra la seguridad del Estado?

—Pena de muerte, Exmo. Señor.

—Está bien, Dr. Viola, acaba Ud. mismo de dictar su sentencia.

El Dr. Santiago Viola era Argentino. Persona distinguida también. Merecía muchas consideraciones y gozaba de prestigio entre los elementos intelectuales de Guayaquil. Pero el Dr. Viola era un intruso. Sin olvidar su condición de extranjero se inmiscuía, bajo pretextos ideológicos, en la política nacional y, más aún, conspiró contra el Ecuador cuando la deslayada invasión capitaneada por el piratismo de Urvina. De entre las víctimas del capítulo garciano intitulado Jambelí, Viola es la más distinguida, pero habría dejado de serlo si Urvina o sus camaradas, en vez de apelar a la fuga, hubiesen afrontado varonilmente a García Moreno.

A bordo de uno de los barcos tomados en el combate de Jambelí, se encontraron documentos fehacientes de la complicidad criminal del extranjero Viola. García Moreno, una vez terminada la acción, llamó al intruso a su presencia y le enseñó los documentos que el otro se apresuró a reconocerlos con valentía.

El final, lo saben todos los ecuatorianos. Por encima de las súplicas, de las intervenciones, de miles de obstáculos, García Moreno mantuvo firme la sentencia que pro-

nunciara el mismo Viola. E hizo pagar en cabeza del extranjero los delitos del urvinismo extranjero.

La escena funesta del ajusticiamiento de Viola, cierra el capítulo de Jambelí. Sobre la pirámide escarlata de treinta y más fusilados se yergue la faz del extranjero conspirador. Nadie pudo salvarle. El cuerpo consular y las colonias de otras nacionalidades. El Obispo de Guayaquil. La madre de García Moreno. Nadie consiguió torcer la voluntad del vencedor del Golfo.

Ni el momento era oportuno. Acababa de romperse el nudo de la conspiración mayúscula que, con auxilio del Perú, preparó Urvina en mucho tiempo.

El pirata, declarado así por la ley, una vez adueñado del Golfo con una escuadra de cinco barcos, amenazaba de manera definitiva al Ecuador y al régimen garciano. García Moreno había estado enfermo, pero con la rapidez que le caracterizaba, llegó a Guayaquil como una tempestad y organizó la defensa. El único barco de guerra se lo había robado Urvina, luego de asesinar al capitán y algunos tripulantes. García Moreno no tenía un solo barco. El pirata tenía cinco.

Pero hay algo que vale mucho más que los recursos materiales. La voluntad garciana era la de hacerse de siquiera un barco. Lo compró. En seguida convirtió la nave

mercante en nave de guerra y, armada con cuatro cañones, tripulada por el mismo García Moreno y doscientos cincuenta soldados, salió en busca de la flota urvinista en la mañana del 26 de junio de 1865. La nave es recibida con fuego por todos lados. Pero el que comanda sabe hacer las cosas. Un choque, abordajes y, media hora más tarde la nave capitada de la expedición contra el Ecuador se va a pique. Los otros barcos son perseguidos en seguida. Urvina y Robles se dan a la fuga y hallan salvación en el agua de los esteros. Los héroes de la conspiración jamás supieron que, sin marinos ni generales, García Moreno podía dirigir una batalla naval con tanto acierto y celeridad. Más asustados que vencidos se dieron a la fuga y el vencedor del Golfo pudo exclamar con todo el pecho: "dejé al Vicepresidente el ejercicio del poder ejecutivo; tomé el mando del ejército; armé en cuatro días el vapor mercante Talca; me embarqué el 25 de junio por la noche; y el 26 fué tomada al abordaje toda la escuadrilla enemiga, castigados de muerte los más culpables y libertada la República de la irrupción, del crimen y de la barbarie".

Pero algo más terrible había exclamado García Moreno en aquella ocasión. Una de sus frases incisivas, lacerantes, violentas cayó a modo de epitafio sobre la tumba de

Viola: "De hoy en adelante, el patíbulo del malvado será la garantía del hombre de bien". Y no solamente sobre la tumba de Viola se desplomó la tremenda sentencia. Más de treinta prisioneros de los cuarenta tomados en el combate fueron pasados por las armas sin trámite alguno.

La victoria casi inverosímil tuvo epílogo nefasto. No era el momento de reparar en las leyes, es cierto. Pero García Moreno se excedió de sus propias dimensiones. El crimen de Urvina y sus secuaces mereció el galardón de la derrota. Noble y bello espectáculo. Una batalla bien ganada satisface moral y mentalmente como una prueba matemática o un teorema demostrado con esplendidez. Pero el corolario de ajusticiados ya no se impone de manera tan definitiva. Muchos apelan a la necesidad del momento o a la ceguera del triunfo para explicar el caso.

Por mi parte, creo con sinceridad que sin el corolario de ajusticiados, el triunfo de Jambelí se hubiera convertido en una burla.

Como siento, además, que el traicionero ejemplar no recibiera entonces el castigo también ejemplar. Qué bien aleccionado hubiera sido todo el militarismo con la muerte de Urvina: Veintimilla y otros quizás no hubieran manchado la Historia.

Y ciertamente que Jambelí, el patíbulo

colectivo de Jambelí, sirvió de garantía a la paz. Esta es la penúltima escena del drama escarlata que, sobre el Ecuador, desencadenó la voluntad ardiente de un programa de limpieza a sangre y muerte. Después de este acápite, García Moreno, ya no será el violento inflexible. Sobre todo, después del espectáculo monstruoso, el falso Ecuador silenció la conspiración y la saña extranjera.

El segundo período garciano, y el que va 1869 a 1875, no se manchará con sangre. Las víctimas serán entonces capítulos del pasado, escenas representadas que, sin embargo, prepararán el cuadro final.

° ° °

Después de la segunda administración garciana, cuando a favor de la Carta Política de 1869 se impuso el Ejecutivo fuerte sobre la turbulencia parlamentarista, el Ecuador unánime reconoció la superioridad del sistema introducido por el innovador implacable.

Las revoluciones quedaron desterradas. Los antiecuadorianos, nacionales o extranjeros, se vieron reducidos al silencio. La administración realizaba prodigios, y parecía

mentira que un país tan pequeño y tan nuevo — apenas nacido a la integridad soberana en 1861— fuese tan próspero. La educación pública alcanzó desarrollo estupendo, como pocos países alcanzaron décadas más tarde en Sudamérica, tanto que el mayor crimen de los que sucedieron a García Moreno es el de haber dejado perecer la obra del Presidente intelectual. Las obras públicas contaban novedades a diario y, hasta por el símbolo de la extensión vial, parecía vuelta realidad absoluta la unión de todo el territorio. El escándalo del régimen detentado por seis años, según la Carta llamada de la tiranía, se tradujo en eficacia y en servicio.

Las premisas del progreso nacional ejecutado por la voluntad de García Moreno, determinaron la reelección del mismo para un tercer período de mando. El Ecuador laborioso, el Ecuador honrado quería a toda costa ver acabada la tarea del mandatario cuyo sino era el sino nacional.

Entonces, viendo nuevamente realizado el anhelo nacional, la chusma agitó las aguas del pantano. Sólo que esta vez no relucieron fulgores revolucionarios, porque llegó la hora de la oscuridad conspiradora. En tinieblas se preparó la muerte de quien obró siempre con la complacencia de la luz.

El contraste es más significativo de lo

que parece a primera vista. García Moreno es un personaje muy claro. Fuerte, violento, audaz, agresivo, orgulloso, implacable: pero con luz, en él no hay doble fondo ni segunda intención. Quiso el orden y juró imponerlo por todos los medios. Comprendió en esencia el problema de la paz social y no anduvo por la tangente de los compromisos o los balanceos diplomáticos. La Historia le enseñó que la paz se impone a sangre y fuego, y la impuso con el brazo inflexible.

García Moreno, además, es claro en el otro lado de su vida: puritano, honrado, sincero, firme, creyente, idealista y práctico a un tiempo, ideólogo y técnico sin contradicciones.

Sus enemigos, en cambio, son mediocres en la acción, bajos de intento y muy demócratas, es decir, harto utilitarios. Ninguno de los adversarios políticos de García Moreno es ejemplar de desprendimiento o de independencia. Sí los hay honrados, leales, pero viciados de segmentaciones odiosas.

Y, sobre todo, los héroes de la jornada de agosto, apenas marcan las dimensiones de la delincuencia vulgar. En la sombra conspiraron, en la sombra asecharon, en la sombra engendraron sus espíritus en las podredumbres del mal. Afirmo con toda energía: ni uno solo de los asesinos de García Moreno fué capaz de cometer delito políti-

co: Mataron por odio personal, por rencor, por rusticidad. Por rusticidad incompatible con la aristocracia espiritual de la víctima. Fueron delincuentes vulgares.

El delito político se amamanta en ideales, es el doloroso medio que se agita por un fin supremo. Extirpar el vandalaje en cabeza de conocidos revolucionarios, suprimir a los monstruos del poder injusto, reducir al silencio al hombre sin rango y elevación, pero todo con sentido extraindividual, se denomina delito político.

Vengarse de la cancelación de un empleo, dar gusto a un furibundo mulato impotente para la acción política, hallar en la supresión del adversario complacencia de caníbal, todo esto se denomina delincuencia común.

Los verdaderos enemigos de García Moreno, los de talla, los capaces de eliminarlo por amor de un nuevo orden político, estaban o reconciliados con el antiguo adversario o deslumbrados por la reciente administración caudalosa de prodigios.

Los que conspiraron en 1875 no fueron los capaces de realizar el nuevo Ecuador, el de las libertades, el de la paz y la tranquilidad, ni siquiera el del liberalismo integralmente devoto de los derechos del hombre. Una decena de fanáticos del odio, no son idealistas. Pueden acumularse sobre ellos las apologías

que se quiera, las defensas más brillantes que se imaginen los defensores con o sin rimbombancias científicas —como es el deslizado caso de un ignorante integral de la Historia, el cubano Roberto Agramonte. Siempre los asesinos quedarán de asesinos. De lo contrario, que se demuestre si alguno de ellos, después de perpetrado el crimen, hizo algo en beneficio directo o indirecto del país. A menos que se quiera probar que el militarismo de Veintimilla significa la bendición sobre el régimen garciano o de la execración, lo cual lleva implícita la tarea de escribir a la inversa la historia de América.

Los conspiradores prepararon el final con mucho tiempo. En 1873, cuando García Moreno se encontraba en la hacienda de Guachalá, erraron el golpe. Pero no se apresuraron a desmentir la noticia que, anticipadamente enviaron a Colombia y Perú, en donde, dándose por realizado el asesinato, se publicaron reseñas de suceso tan interesante.

Mas en agosto de 1875 no erraron el golpe. Dos grupos, uno de sedicentes "ideólogos" caldeados al rescoldo del odio mulatto de Montalvo, y otro de ejecutores ciegos, impulsados por el odio de Faustino Lemus Rayo, llegaron a coordinar el ataque. Los detalles son harto conocidos para que se narren aquí por extenso. Basta saber que los

“ideólogos” del odio y los sabuesos de Rayo, coincidieron en aspiraciones, para deducir que el hecho a más de común es vulgar. Porque el idealista no se amalgama con el criminal. Está fuera de duda la convergencia de los dos grupos.

Por un lado Polanco, Moncayo, Andrade y Cornejo, pusieron el cerebro. Por otro, Faustino Lemus Rayo y los suyos, sujetos a pésima catadura moral, pusieron el machete.

También los “ideólogos” son sujetos de mala catadura moral. Dos de ellos desenfrailados: Moncayo y Polanco asesinaron su estado religioso de Jesuítas, antes de asesinar al Presidente del Ecuador. Curiosa manera de saldar cuentas: García Moreno el escritor de la Defensa de los Jesuítas, pagó su audacia a manos de dos escritores ex—jesuítas.

Ambos grupos, confundidos en solo odio mulato, en el odio mulato del que muy pronto hubo de escribir “mi pluma lo mató”, atacaron al Presidente en la tarde del seis de agosto de 1875, mientras el Presidente subía las gradas de palacio llevando en sus manos el Mensaje en que públicamente perdonaba a sus enemigos y pedía perdón a cuantos había causado daño de una u otra manera.

“Muere tirano”. “Viva la libertad”.

Cómo sonarían a burla los gritos de los verdugos. ¿Para qué mataban a García Moreno? ¿Esperaron que el Ejército, enseñado ahora a respetar la Constitución, se amotinaría proclamando otro caudillo, uno de tantos caudillos desmirriados de la realidad ecuatoriana? Sin duda jamás pasó por la mente de los asesinos la idea de responsabilidad. Fruto eminentemente racionalista, la irresponsabilidad les amparaba, les prestaba fuero invulnerable según la creencia de ellos. ¿Qué les importaba el Ecuador?

La obra magistral del Mulato, "La Dictadura Perpetua", les ha enseñado que García Moreno vendió cien y mil veces el país a los extranjeros, para que ellos se preocupen un ápice con la salvación del cadáver devorado por la hueste de sotana. Lo que les interesaba era nada más que cubrir un cadáver con otro cadáver.

Pero en realidad hicieron dos víctimas y cubrieron el cadáver de García Moreno con el cadáver del Ecuador. Hermosa tumba para el hermoso déspota.

Los asesinos no supieron de la estética necesaria para dar apariencia de político a su delito vulgar. Cobardes, huyeron en seguida. No dijeron su voz altiva al país que, sin duda, esperaba la palabra de los furiosos "libertadores". Pero nada dijeron. Apenas la vociferación nefasta: Muere tirano.

Sobre la escena de fuego y acero, desfilaron las víctimas de García Moreno. La galería reclamaba el último cuadro. Y allí lo tenía: responsable de grandes responsabilidades, García Moreno, no rehuyó el sacrificio final, como la ofrenda más alta a su doctrina de Hombre.

Rescató al país con tributo de sangre. Y se rescató de la vida con tributo de sangre. Solamente que el Ecuador no pagó la recompensa debida. El Mandatario cabal, sí supo cancelarla con puntualidad exacta. Nada debe ya al Ecuador. Mas la Patria no se librará jamás de esta cuenta.

Mucha sangre hay en la senda de García Moreno. Pero toda ella no lavará en mínima parte la que ensucia aún el cadáver del Ecuador, caído en aquella tarde del seis de agosto.

El aristócrata es perpetua ofrenda al sacrificio. No rehuye la conclusión de los principios. Es de caballeros mantener la palabra braem peñada. Ante el destino, García Moreno empeñó la suya. Y mientras los ejecutores de la sentencia se daban a la fuga, el aristócrata cumplía con su palabra de honor.

Capítulo Undécimo

Entonces fue el Ecuador

EL ECUADOR llegó a la plenitud por obra de una sola voluntad. Adquirió sér definitivo en 1861 y, desde entonces, desde el seis de agosto de 1875, cómo parece que ha ido disminuyendo en fisonomía moral y material. Sin duda alguna porque Rayo y sus cofrades derrocaron al Ecuador y no al Tirano, que desde aquella fecha lleva encendido de epopeya su nombre entre los grandes nombres.

El grito de Montalvo declara la impotencia de hacer futuro. "Mi pluma lo mató", exclama en la última etapa del duelo, como confesando que ya nada quedaba por hacer, mientras la más descarada inmoralidad palpitaba de jactancia en esta frase de consue-

lo, pronunciada por quien se adjudica la paternidad nefanda del crimen no cometido. Montalvo creyó personificar el antigarcianismo, hasta el extremo de identificarse con el machete de Rayo.

La moral, en cualquiera de sus grados, implica sentido finalista en el hombre y en las sociedades. Y cuando falta la moral se hace el vacío de la finalidad: las cosas suceden sin motivo; los actos no tienen trayectoria; la bastardía convierte las bajezas en ideales. Los hombres se hacen grandes o pequeños sobre el pedestal de estos fines o sobre la dimensión de las tareas que son posibles ejecutar. El fin justifica a los hombres.

En el episodio antigarciano de agosto es urgente buscar finalidad. Solamente que los sucesos se callan, porque del cadáver no pasaron los "libertadores" sitiados por el último despojo del gobernante.

Los héroes de la conspiración no tuvieron suficiente audacia para saltar sobre el derribado, ellos que intentaron redimir al país de la tiranía horrenda. Al fin, García Moreno, ya no era más que un caído, es decir un cadáver como explica el sentido estricto del concepto. El cadáver no es más que un hacinamiento de ruinas, el montículo de materia del edificio venido a tierra, el perfil de lo destruído que borra el perfil de

una magnitud pretérita.

Parece que los asesinos no comprendieron la escasa significación del cadáver en cuanto tal. Pero sintieron con el espanto de sus sentidos dilatados por la hazaña demolidora, que García Moreno no estaba difunto, que el espíritu de él no se había difundido todavía, pues juró eternidad al caer sobre el peso de su propia materia. "Dios no muere" exclamó desafiando al asesino. Y el eco repetía en los oídos del verdugo: harán de mí un cadáver pero no un difunto.

¿En qué quedaba la superioridad de los vencedores? Amurallados de impotencia, tuvieron, sin embargo, tiempo para entregarse a la fuga, reacción muy inferior como que no expresaba otra cosa que el instinto de conservarse. Los vencedores no supieron que los ideales se nutren de sacrificio, sin duda porque les faltaba aquella dosis de estética indispensable en el delito político.

Los ideales montalvinos, romanticismos individuales sin contenido sustancial trascendente, fracasaron mucho antes que el Ecuador dejara de llorar por la víctima. Las clarinadas de Montalvo habían sido muy poca cosa: palabras sonoras a tempestad, pero vaciadas de alma. Palabras bellas que en vano trataron de esconder la impotencia política y la ineficacia de los principios defendidos en teoría y sin menor ayuda de

la acción. La palabra deslumbrante y a sí misma deslumbrada por el odio, apenas consiguió legar unos cuantos prejuicios al futuro que, ciego también, los aceptó sin beneficio de inventario.

o ° o

En cambio, la tarea del Tirano destila finalidad por todos los flancos. Es una montaña que tiene objeto definido: hacer el Ecuador. En la geografía histórica de nuestras almas, es la cumbre más levantada. Por tanto, tiene sentido perdurable. Perdurable, no a guisa de simple retórica apologética, sino por valencia filosófica e histórica.

Los actos entran en el mundo moral de los aconteceres —que son enteramente distintos de los meros fenómenos de orden causalista, porque llevan en sí la semilla de la finalidad— y si llevan finalidad humana sellada con aliento de duración, ingresan en el haber inagotable de los inmortales.

Está fuera de duda la existencia de valores cuya esencia traspasa la misma realidad, franquea el lindero de lo limitado y expresa vigor perdurable o supremo. Cuando actúan o se realizan dichos valores, los hombres que los transportan, como Prometeo el

fuego, no son hechura de su tiempo, no se dejan llevar por lo que es, sino, al contrario, son ellos quienes hacen el tiempo y lo modifican en medida de los valores que transportan o están llamados a ejecutar. No son regresivos, no son conservadores, no son juguetes de la corriente. Van delante de las corrientes, van a redropelo del estacionarismo, destruyen a fin de edificar cosas nuevas.

En el siglo de los individuos, García Moreno, representa la responsabilidad, es decir la Persona. En hechos, es el adelanto de la filosofía nueva que recientemente se elabora: el integralismo. Ya que no otra voz que integralismo pregona toda filosofía que a la simple razón superpone la vida, el amor, el dolor, el destino que cada cual está llamado a crear, los valores morales, los valores ideales. . .

Bajo este aspecto se puede hablar de la filosofía garciana: García Moreno sintió el destino del Ecuador y, creyéndose llamado a ejecutarlo, pasó de la teoría al acto. Realizó actos de elevado rango. Realizó lo que en filosofía moderna se llaman valores. Y por eso él es filósofo de la verdad ecuatoriana. Solamente que como personalidad completa, García Moreno, hizo un Ecuador a imagen y semejanza propia, mientras los opositores pretendían un país según las di-

mensionen en boga. Estos últimos, muchos de ellos segmentados de individualismo, pretendían un Ecuador de dimensiones racionalistas. El Gran Tirano, por el contrario, fabricó Gobierno, Estado e Historia de medida personal.

La esencia del hombre está en su realización, se entiende del hombre tomado en realidad singular y obrando en un punto del tiempo y de la conciencia responsable. Todos tienen finalidades que cumplir, porque el Universo u ordenación suprema no existe porque sí. Existe para algo y este algo que se realiza en la Historia o en la Moral, es el mundo de los fines, olvidado por el conjunto de las causas y los fenómenos de la filosofía racional y crítica en todos sus grados: criticismo, positivismo, agnosticismo, idealismo. . . La esencia del hombre singular y colocado en la Historia y la Moral, está pues, en los fines hacia los que se siente llamado, en los destinos que cree poder realizar, en una palabra, en los valores que sea capaz de actualizar.

Esto no es determinismo ni fatalismo. La añeja filosofía católica definió la expresión del libre acto realizable, como fuerza electiva de los medios guardado el orden del fin. Con lo que no hizo otra cosa que anticiparse a la nueva concepción integralista del humanismo trascendental ahora en au-

ge. Tomo textualmente de Recaséns, glossador de Ortega y Gasset, Hartman y Sheler, las siguientes frases: "No hay un vivir abstracto. Vida significa forzosidad de realizar el proyecto que es cada cual. Nuestra voluntad es libre o no para realizar dicho proyecto vital que últimamente somos, pero no puede corregirlo, cambiarlo, prescindir de él o sustituirlo. Somos indeleblemente ese personaje programático que necesita realizarse".

Ahora bien, la realización ética, estética, histórica o vital del gran programa, constituye la persona: ya como sujeto que responde a la perspectiva entrevista —destino; o ya como figura modelada con las manos del vigor— carácter. Lo cual significa que se es persona en dos sentidos: como presente de responsabilidad y como futuro de ideales. Toda existencia finalista es un curso de filosofía, de la más espléndida de todas, de aquella que rompe los moldes teorizantes y alumbraba en la mirada de los esforzados. Los valores abren cuenca en la roca de la realidad.

Pero los valores aceptan jerarquía. Los hay unos que valen más que otros, si se permite la expresión. Así como existen valores positivos y negativos. El rango de la persona depende, entonces, de la categoría de valor que actualiza. Y en el caso del valor

elevado, la persona se convierte en personaje.

A lo largo de estas páginas no he pretendido sino manifestar el rango del Tirano: aristócrata, responsable, gigantesco. Lo he llamado tirano según el sentido íntimo del vocablo: el uno solo, el que arrebató el poder al gobernante, en este caso, a la bastardía. En el sentido más antiguo, según enseñan los que saben, en la época de los poetas épicos, **Turanos y Basielus**, es decir tirano y rey se confundían en sinonimia notable. Como si en nuestro ejemplo, aplicando la etimología política del Ecuador, el epíteto de tirano antepuesto a García Moreno, se confundiera con el de Aristócrata desesperado en medio de una democracia degenerada entre libertinos.

García Moreno entrevió el programa de su vida. Lo actualizó fielmente: desde la sangre ajena hasta la sangre propia —camino de combatiente que muere en el combate. Pero dió más categoría a su existencia, injertando su vida en la del Ecuador, mezclándola en programas extrapersonales. Y si ya es un valor o conjunto de valores la tarea vital propia, realizarla modificando el contorno material o causal es deber más alto. Son los sabios los que pertenecen a esta escala muy encumbrada, o los artistas cuya escala es la de Jacob.

Pero no solamente se modifican el medio material o el contorno causal. Sucede, a veces, que existen llamamientos capaces de imponer transformaciones en el mundo ético y en el mundo histórico. Y sucede, a veces, que hay hombres capaces de ejecutar estos destinos. Si realizar el programa existencial con transformación del contorno causal o material es inmenso, actualizar lo existencial con cambio de lo existencial, es supremo. Dar vida real a los fines, es dar valor a los valores. Pero realizar valores agitando al contorno racional y transformando los fines, constituye el más elevado destino a que merecen ser llamados los hombres.

No sé si me he explicado bien. Pero siento que, acaso, no haya varón más excelso en la jerarquía histórica y moral, como el que pertenece al último género, casi exorbitante de lo humano, porque implica creación del hombre dentro del medio de los mismos hombres. Cuando pienso en el sentido de la frase "yo tengo que hacer la historia" me imagino a García Moreno como uno de los mortales más audaces y más ahitos de futuro. Entre las audacias garcianas, ésta es la mayor, simplemente porque expresa el límite de su voluntad incontenible. Sólo pudo limitarle la tarea de reconstruir a los hombres mental, moral y políticamente. El mismo García Moreno se circunscribió den-

tro de la tarea de creador de valores, en la conciencia de miles de hombres desvalorizados por exceso ideológico e ineptitud política.

Obligó al país a detenerse en la carrera del desenfreno revolucionario. Las correrías de propios y extraños llegaron a término ante la muralla de la impertérrita voluntad garciana. Violento, García Moreno, obligó al Ecuador a hacerse violencia.

Curó radicalmente el mal militarista, reduciéndolo a la impotencia bajo la dictadura de la casaca negra. Contra el militarismo rompió las peores lanzas el mandatario de tipo civil. Las víctimas más destacadas se cuentan entre los revolucionarios del espécimen militar.

Contuvo al clero y levantó a nivel de dignidad la sotana. Intervino definitivamente en la fundación de diócesis, seminarios y establecimientos de enseñanza religiosa. El clerical García Moreno fué un tremendo reformador y durante el predominio de él, clérigos, frailes y monjas tuvieron defensa y amparo, pero anduvieron por la línea recta.

En donde más ejerció influencia el Constructor fué en la enseñanza. García Moreno era intelectual de gran calibre, de pensamiento y realización técnica. Las capacidades de él se movían en el mundo libre de

las imaginaciones artísticas, como el rígido planeta de las deducciones religiosas. De la poesía a la matemática, de la imaginación a la química, de la música a la economía fiscal, del humanismo a los planes de combate, del Derecho a los planes de batalla. El pensamiento garciano se desplazaba con soltura prodigiosa, y su inmenso espíritu llevaba el anhelo de hacer cultura. Bien intuyó que nada habría conseguido sin fundamento de escuela. Creó la escuela en toda la latitud de las demandas: urbanas, rurales, indígenas normales, de artes y oficios. Poco después el grado inmediato superior: la enseñanza secundaria. Sobre la secundaria la profesional y doctoral. Y campeando más allá de todo: la escuela tipo del cerebro de García Moreno, la Escuela Politécnica.

Pero la reconstrucción más importante radica en el hombre mismo. Dos siglos de filosofía segmentada acabaron con la persona humana. La persona desvirtuada en mero individuo, apenas era el índice de la irresponsabilidad. Irresponsabilidad política creada por el supremo derecho de las revoluciones y los cuartelazos, por la inepticia de los llamados a gobernar en nombre del mayor número o de la mayor fuerza bruta, por el principio de irresponsabilidad estatuido en los códigos fundamentales del sis-

tema democrático. Irresponsabilidad moral creada al fuego del abuso, del abuso consentido, tolerado o permitido, cuando no impulsado. Irresponsabilidad penal, fomentada por los mismos principios de igualdad que muy lejos andan de dignificar a los hombres sumidos en niveles de bajeza, niveles que al delincuente disminuyen a la categoría de no persona, de no responsable. Irresponsabilidad de vida y sentido nacional, determinada por los levantamientos de cada día, por los pronunciamientos de cada capataz, por la traición de multitud de patricidas empeñados en la obra de donar el territorio al extranjero, a cambio de un título de caporal, como en el caso del tratado de Mapasingue.

La más importante reconstrucción garciana representa el florecimiento de valores humanos y políticos, allí en el mismo caos de antaño. Edificó, García Moreno, pero más que al Ecuador material, al Ecuador íntimo en la conciencia de cada uno de los nacionales de su tiempo. Maestro de la nacionalidad, nadie ha hecho lo que él en bien del país más debilitado de América. Debilitado por su situación de cosa abandonada al primer ocupante, por su falta de unión interna, por la ausencia de combinación orgánica, por la falta de raza y pobladores. No tuvo miedo de enfren-

tarse con estos cánceres. Los vió de hito en hito y, creyéndose más poderoso que ellos, se propuso eliminarlos para llenar el vacío con otros factores de índole positiva. La falta de unidad, de comunicación, de conocimiento, todo quedó debidamente residenciado. Ni un solo problema nacional quedó sin respuesta rápida y adecuada. Solamente así se explica el asombroso fenómeno de la segunda administración garciana, que muy lejos estuvo de suscitar enemigos y que, por el contrario, reconcilió a casi todos los enemigos de la víspera: se entiende a los enemigos de valencia política, es decir a los políticos con haber de acción y abnegación.

García Moreno creó el hombre tipo del Ecuador. Antes de él no existió otra cosa que él conglomerado de hombres, como herencia de la Gran Colombia, con los militares dejados como saldo del pasado glorioso de ella, militares que enseñaron a reunirse entre hermanos que, propiamente, aún no habían encontrado motivo para llamarse hermanos entre sí. El sentido trascendental que a todos sus actos daba García Moreno, fué haciendo comprender a todos la realidad nacional, una, indivisible e igualmente igual para todos, desde el norte hasta el sur, desde el bajío hasta la sierra, desde el páramo hasta el trópico.

Hasta 1861 cualquiera se creyó capacitado para venir con ayuda de extranjeros, en son de conquista: Flores, Urvina y más.. Hasta 1861 cualquiera que comandaba un centenar de forajidos, confundía el haber nacional con las ambiciones más rastroseras. Hasta 1861, cualquiera sabía lo que eran los derechos, pero no se respetaba el Derecho, sencillamente por ausencia del Deber. El ganapán se las echaba de igual al comandante del ejército, y este se suponía igual, cuando no superior al gobernante. Fué indispensable que la cuchilla garciana viniera a partir diferencias entre las ambiciones y los deberes. Viniera a establecer las desigualdades naturales inviolables, pese a todas las declaraciones de dos siglos: desigualdad entre deber y ambición, desigualdad entre derecho y petulancia, desigualdad entre gobernante legítimo y gobernante ilegítimo, desigualdad entre pueblo y populacho, desigualdad entre imposición de la nacionalidad y simple azonada callejera. Sobre todo, García Moreno, enseñó la fundamental desigualdad entre cualidad y cantidad, entre número y valor, entre masa y superioridad, entre materia y espíritu. García Moreno enseñó que Persona es infinitamente más que individuo, que responsabilidad es término de valía histórica inconmensurable, al lado del simple

enunciado de la libertad como tal.

En una palabra: García Moreno enseñó y demostró su enseñanza con hechos de alta categoría. Enseñó aquello que aún nos queda de ecuatorianos, en medio del océano turbio que pugna tantos años por borrar de nuestra conciencia las últimas letras de la nacionalidad creada por el gesto incomparable de un hombre con destino de cometa.

El Ecuador nace en la conciencia garciana. Allí vive todavía. Vive porque García Moreno no es difunto. Su espíritu conserva la misma esencia, aunque derramada en la conciencia de cuantos sienten el Ecuador. Por justicia histórica el Ecuador vive de García Moreno y el creador existe en el alma de los ecuatorianos. Uno y otros se complementan.

García Moreno es el recuerdo inmenso. Es la mirada que recibe nuestras miradas de desconsuelo. Es el primer y último recurso de nuestra nacionalidad, cada vez que rueda por tierra estropeada por manos propias o extrañas. Parece que el sino de nuestra historia es el ultraje. Y el sino de la satisfacción, el simple nombre de García Moreno. El alma ecuatoriana, cada vez que se halla reducida a la impotencia, se encamina a solución del conformismo con el recuerdo clavado en la mirada inextin-

guible del tirano.

“Si él resucitara”. “Si él volviera”. “Si tuviéramos otro García Moreno”. La conciencia ecuatoriana así expresa la inmortalidad de este hombre cuyo cadáver cubre el de la Patria.

El Ecuador llegó a la plenitud por obra de una sola voluntad. Adquirió ser definitivo en 1861. Y, desde entonces, desde aquella tarde de agosto de 1875, cómo parece que ha ido disminuyendo la fisonomía moral y material del Ecuador.

Si él resucitara. Si él volviera. Si él oyera en carne y sangre este latido de la conciencia nacional.

Quiera Dios que éste no sea el último latido. Porque García Moreno no está solamente en la memoria inerte por sí misma. Sino en el recuerdo que es vida o intento de vivir.

INDICE

	págs.
Contra Erranza Violencia.....	7
García Moreno, Conservador?.....	35
El Ecuador Nació en 1861.....	51
Teocracia y Clerocracia.....	69
Constitución y Realidad.....	103
Militarismo y Antimilitarismo.....	135
Id y Enseñad a Todas las Gentes.....	157
Panfletismo y Finalidad.....	185
La Contradicción, un Valor.....	205
Galería en Escarlata.....	219
Entonces fué el Ecuador.....	261

Se acabó de imprimir este
libro, el 20 de Julio de 1942
en los Talleres Gráficos de
Editorial Austral

Queneza, Ecuador. - Calle
Presidente Borrero. 164

Apartado de Correos. 208

